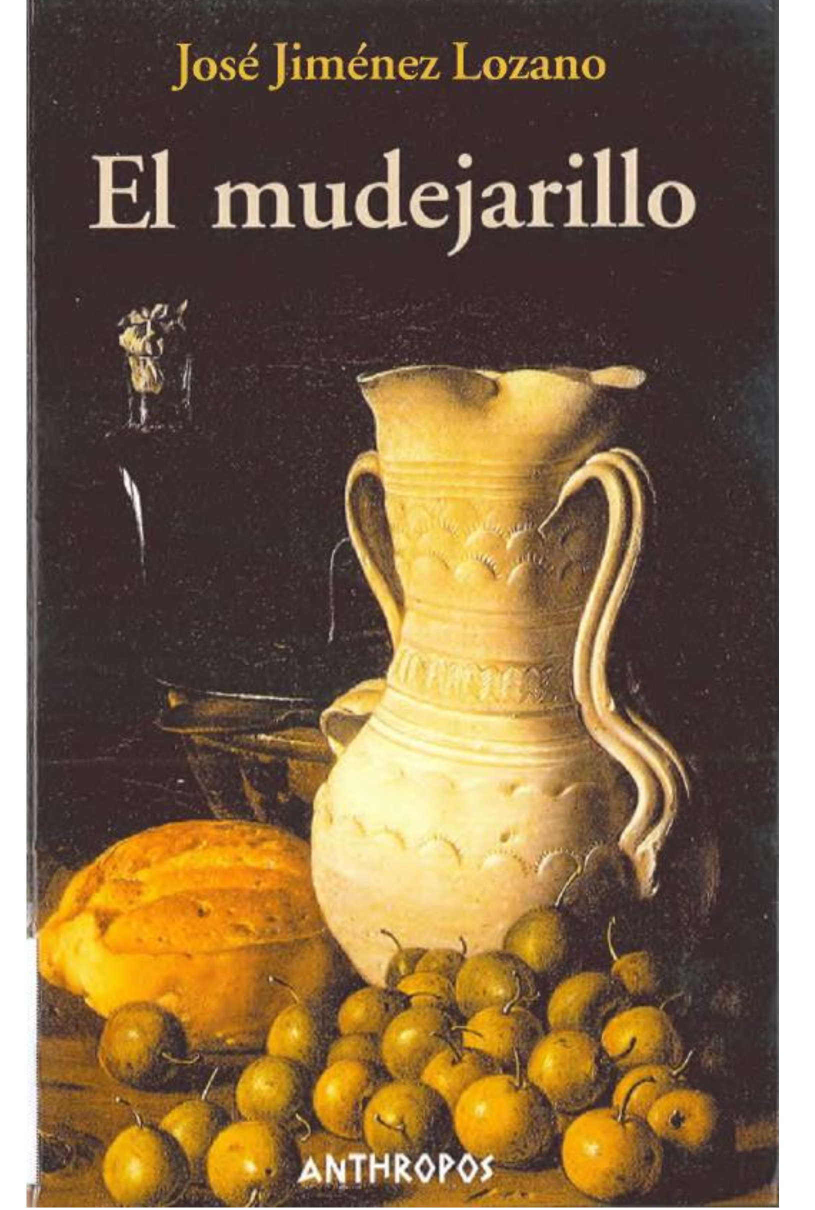
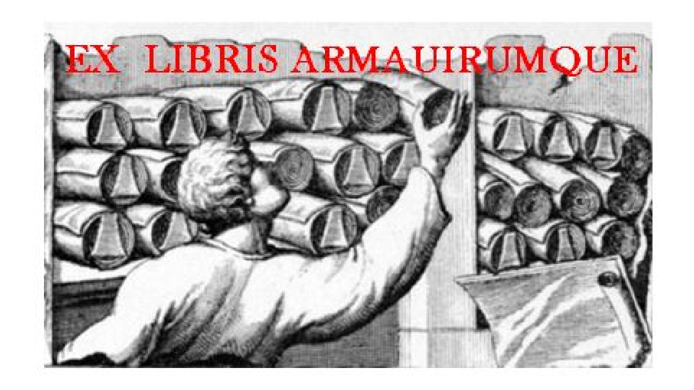

José Jiménez Lozano
El mudejarillo
ANTHROPOS

José Jiménez Lozano

El mudejarillo

2002

Imagen CUBIERTA: *Bodegón*,
de Luis Meléndez (1716-1780)



José Jiménez Lozano (Langa, Ávila, 1930), escritor. Premio Nacional de la Crítica de Narrativa 1989 por su obra *El grano de maíz rojo* (1988). Premio Castilla y León de las Letras 1989. Premio Nacional de las Letras Españolas 1992. Premio Cervantes 2002. De su extensa, variada y rica obra destacamos: *Duelo en la Casa Grande* (1982); *Parábolas y circunloquios de Rabí Isaac Ben Yehuda (1325- 1402)* (1985); *Sara de Ur* (1989); *Los grandes relatos* (1991); *Segundo abecedario* (1992); *El mudejarillo* (1992); *Relación topográfica* (1993); *El cogedor de acianos* (1993); *La luz de una candela* (1996); *Una estancia holandesa. Conversación,* con Gurutze Galparsoro (1998) y *Maestro Huidobro* (1999), todos ellos publicados en esta Editorial, así como el estudio *La imaginación agónica de Jiménez Lozano* (1991), de Francisco Javier Higuero.

El mudejarillo es una narración en torno a Juan de La Cruz, o desde los adentros de éste: un paisaje y una mirada, un lenguaje y unos gestos, la casa y el pan y el agua diarios, la cárcel y un pañuelo con hebras o el encalado de una pared, y la poesía y los silencios. Esto es, nada de una reconstrucción histórica, sino de una convivencia; y el distanciamiento y la ironía, el ver y el no ver místicos. Y la propia peripecia del narrador.

Se trata entonces de un libro de cosas y memorias de Juan de la Cruz y nuestras, de un viaje a su vivir o de su acompañamiento a nuestra vida, de modo silencioso y como un mudejarillo, ahí mismo.

Índice

El milagro
El italiano
La carta
La partida
Los espárragos
La rosa
Las piedras preciosas
El pitajuelo
El señor Miguel
El manuscrito

Para Isabel

Somos pobres en historias memorables.
WALTER BENJAMÍN

¿Quieres que te lo cuente otra vez?
(Estribillo de algunas narraciones populares)

La visita

Había entrado en el pueblo sobre una muía engualdrapada y con montura de seda azul, envuelto en su capa negra sobre la roja vestidura, y guantes rojos, sombrero rojo; abriéndose camino con su cortejo de clérigos —sotanas negras, azules o rojas; sobrepellices, hábitos blancos, negros y marrones— por entre dos filas de gentes a uno y otro lado de la calle, que gritaban de júbilo y se ponían de rodillas a su paso. Cabezas llenas de greñas casi todas; bocas desdentadas y negras que reían, mientras los niños asidos de las manos de las personas adultas o a sus ropas miraban con pasmo y seriedad. O hambre.

Unos músicos tocando chirimías y un tambor iban delante de los clérigos y de la cabalgadura de su señoría, que conducían los palafreneros; y un pertiguero con sotana verde y morada y una alta vara o cetro de plata que hincaba en el suelo al dar un paso, o con el que golpeaba a las gentes suavemente, mantenía el orden y concierto del cortejo. Y junto a la iglesia del pueblo, en un estrado

adornado con reposteros, estaban los hidalgos y los nobles, vestidos de negro, con sus golas blancas, barbas canosas, altos sombreros de copa redonda, manos en el pecho acariciando las cadenas de oro que pendían de sus cuellos, o descansando sobre el pomo de la espada envainada, las más jóvenes; relucientes calvas, rostros gordezuelos o enjutos, ojos humillados o llenos de vida, azules, garzos, negros. Y también estaban allí las damas, con sus verdugados y blondas, sus cabellos peinados en moños y trenzas, sus collares y sortijas, sus guantes oliendo a ámbar, sus velos, sus sombreros; y asistidas por algunas dueñas y criados, esclavillos o esclavillas moriscos o negros, vestidos de terciopelo y damascos verdes y rojos con botones de plata, y con cirios en las manos, o bandejas con monedas de oro.

Descabalgó allí su señoría, el enviado de nuestro señor el obispo de Ávila, sobre una silla con un cojín de seda que le acercaron, brilló la plata del estribo y la de la botonadura de los zapatos, se cruzaron saludos de inclinación, gestos graves, medias sonrisas. Lavó el enviado sus manos levemente en una jofaina de Talavera que un esclavillo le acercó, y tomó la toalla blanquísima de manos de otro y,

luego, volvió a enguantarse sus manos y tomó el báculo en ellas. Entraron todos en el templo por el gran arco de herradura, bajo el artesonado pintado de azul y rojo, bajo los blancos arcos de sus naves, y decenas de ojos encendidos que asomaban por las salamillas que cubrían los rostros de las mujeres, o los otros ojos de los hombres y los niños que se volvían para mirar, relumbraban como las velas y las hachas encendidas. El sonido del órgano espantaba en lo alto de las vigas a las palomas allí cobijadas y, al levantar el vuelo, parecían relámpagos y viento.

El echó a andar por la alfombra roja que iba serpenteando desde la puerta de la iglesia al presbiterio, y tenía que bordear a veces tierra removida y losas levantadas para enterramientos; e iba lento y solemne. El incienso se quemaba en seis incensarios que los clérigos agitaban en el presbiterio, y también en un gran brasero de cobre que ardía en el coro y cuyas brasas enrojecían los muros.

Se sentó, por fin, en el trono que tenía preparado y habló al pueblo con voz muy clara y firme sobre los tiempos de desolación que se padecían por doquier y tanto se asemejaban al día de la ira, y las gentes

lanzaron algunos ¡ay!, se oyó algún llanto, y se cantó luego una salve muy triste. Y cuando acabó aquel lamento, se levantó y entró con los nobles e hidalgos en la sacristía de la iglesia. Se acomodó allí sobre cojines de damasco ante una gran mesa, mientras le eran presentados libros de cuentas y más cuentas, de fábrica, de tazmías, de visitas; y su dedo enguantado seguía las líneas de escritura o números. Hasta que se paraba de repente, alzaba sus ojos, los clavaba en los circunstantes, y preguntaba. Y, cuando él preguntaba, los nobles hidalgos hacían cálculo con sus dedos y como subiendo a registrar su memoria con los ojos cerrados. Se hacía silencio, los rostros se tomaban pálidos, se removían los señores en sus asientos, miraban de reojo, temblaban los papeles en sus manos, repetían una cifra, una palabra; los sacristanes espabilaban las velas de los candelabros, y él movía la cabeza, plegando sus finos labios en una mueca de disgusto. Y silencio, impaciencia en los dedos enguantados del enviado que saltaban de arriba a abajo de la hoja de un libro, y luego de otra, y otra. Y silencio.

Y en silencio también continuaban allí, en la iglesia, los hombres enlutados, las mujeres enlutadas,

sentadas sobre sus piernas, con niños en los brazos o a su alrededor, dormidos o lloriqueando. Oían como un rosario la plática de la. sacristía, y era el secretario de su señoría que iba leyendo y enunciando y, a cada enunciación, decía el enviado con voz imperativa:

—Que se venda.

—Véndase igualmente.

—Que se empeñe.

—Que se venda.

Luego salieron los señores de la sacristía, y él se dirigió al altar, abrió el sagrario, consumió la eucaristía, limpió aquel cáliz con un paño y, entregándoselo a su secretario, dijo:

—Que se venda.

Y encarándose luego con los nobles e hidalgos y clérigos repitió las palabras de admonición que les había hecho en la sacristía como despedida:

—Hago a vuesas mercedes cargo de esta pobreza.

Hizo un silencio, y añadió en un tono amenazante:

—O el Juez del último día se lo demandará estrechamente.

Luego se dispuso a salir de nuevo por la alfombrilla roja, y el pertiguero tuvo que tocar con su vara de plata a una pobre mujer joven, un poco

adelantada en la fila, que tenía un niño en brazos y otros dos dormidos sobre su halda.

El Visitador se enfureció, e hizo un repelús en el pelo al niño de pecho, y volviéndose a su cortejo gritó de nuevo la conminación mientras señalaba a aquella mujer enlutada:

—Hago cargo a vuesas mercedes de esta pobreza.

Y luego extrajo de su bolsillo un maravilloso libro en griego, y dijo:

—Que se venda también.

Montó ceñudo en su muía, rechazando carruajes que se le ofrecieron, y comenzó a espolearla porque quería llegar pronto a negociar la venta de las cosas de iglesia con plateros y sederos. Y no habló palabra apenas con sus acompañantes, pero ya cerca de Arévalo, preguntó de repente:

—¿Y luego? ¿Y luego, cuando se lo hayan comido?

—¿Y luego? —seguía repitiendo.

Cinco monedas de plata pequeñas correspondieron a Catalina, la de Yepes, para el invierno, porque eran cuatro bocas que mantener y ella apenas si tenía ya leche con que contentar al niño de pecho al que había hecho un repelús aquel príncipe. Y en la iglesia de Fontiveros ya no brillaban

el oro ni la plata, los reposteros y colgaduras, las casullas de seda, las crismeras de plata; y algunos de los clérigos y de los nobles e hidalgos criticaron aquel expolio que había hecho el Visitador y que era tanto, que había habido que cubrir los retablos con los lienzos negros de la Semana Santa porque estaban sin las imágenes y tallas que el Visitador había ordenado vender. Pero otros enfermaron del cargo y conminación que el visitador les había hecho y, como no encontraron consuelo en aquella iglesia devastada y sin arrimo de nada, algunos también murieron del pesar de su conciencia. Y sólo una campana pudo tocar en su entierro, sólo la cruz de madera del entierro de los pobres presidirlo.

El otro invierno

Las lagunas, labajos y torrenteras, helados; la sábana de escarcha sobre el pueblo y el campo, los árboles acristalados por el rigor de la noche, grajos y gorriones solitarios y pensativos con el pico al cierzo, y correteando como niños pobres sobre los aleros, palomas sobre las tapias de adobe o en los hierros de los balcones de los señores; hombres y mujeres silenciosos e inmóviles, con las manos sobre las rodillas, al sol del mediodía; tañido de una campana, niños muertos, viejos muertos, doncellas muertas; un noble vestido de negro andando encorvado por la calle larga empedrada de guijarros y envuelto en una capa vieja, un sombrero antiguo en su cabeza.

Una larga fila de hombrecillos y mujeres flacas, niños muy serios y quietecitos a la puerta del hospital de San Cebrián del pueblo. Llevan un pucherillo de barro en las manos y un pañizuelo sobre él, y otra fila de otros hombres, mujeres y niños salen ligeros de allí, como saltando; o también, los más viejos, llevando su puchero junto al pecho y la

otra mano sobre el pañizuelo que tapa al pucherillo, como los curas llevan el viático. Pero luego todos aceleran su paso, apenas entrevén sus casitas de adobe, para socorrer el hambre de los que esperan allí dentro y, si queda algo todavía, el suyo.

Unos hidalgos a caballo, que vuelven de caza con sus galgos y que ven aquello, comentan:

—Se están comiendo el copón y las campanas. ¿Y luego?

Pero que luego volvería el Visitador con su vestido rojo, y volvería a vender lo que quedaba y a cargar sus conciencias; o que traería monedas de plata en sus talegas, algunos carros de trigo, vestidos viejos.

—¿Y luego?

La Catalina buscó hierbas en las yertas cunetas del camino junto al que vivía, contó hasta veinte garbanzos para cada hijo, y lo echó todo en el caldo que en el hospital la habían dado.

—¿Y luego?

Pues luego, si se quedaban sin amparo, qué sé yo. Pero ella decía en seguida a los niños:

—Pero, luego ya, cuando llegue la primavera y haya espárragos y berros, ¿eh?

Y los niños se ponían muy contentos.

Las averiguaciones

Un salón con estrado de damas: una rueca, una caja de labores, un libro de novelerías, una imagen, alcatifas verdes, cojines y almohadones, pequeños bancos, sillas pequeñas, un espejo. Una gran mesa junto a la chimenea revestida de un tapete de damasco, luego un mantel de hilo sobre éste, candelabros y bandejas de plata con pequeñas jícaras de chocolate servidas por esclavillas negras. Damas sentadas en sillones rectos, los hombres más ancianos junto a ellas; los jóvenes junto a la chimenea o revisando los platos, los reposteros, las espadas, para sacar de allí conversación discreta. Dueñas vigilando el servicio, agua pura en maravillosas copas talladas. Pero no se acordaban:

—¿Qué Catalina? ¿Cuál?

Pero luego llegó el procurador con dos secretarios: sotanas negras, hebillas de plata en los zapatos, latines en la boca; y se sentaron sus señorías en el lugar de honor. Tomaron el chocolate con rebanadas de pan frito en manteca, y hablaron; rieron a veces,

susurraron. Se levantó el mantel, y allí se trajeron útiles y recado de escribir, y la arenilla roja en salvaderas de plata; y los secretarios comenzaron a tomar declaración a los comensales despaciosamente.

—Que la dicha Catalina Álvarez era mujer de gran continente y hermosura, y de las principales señoras de la villa —dijeron.

—Que era viuda de Gonzalo de Yepes, que era de familia noble y de sangre limpia por los cuatro costados.

—Que los dichos Gonzalo y Catalina habían sido de las personas más notables y de mayor autoridad en el pueblo.

—Que el dicho Gonzalo había muerto pronto, así como un hijo suyo de corta edad, y que la dicha Catalina Álvarez habíase ido luego a vivir a la villa de Arévalo para la ejecución de sus negocios.

—Que no sabían qué había sido de la dicha Catalina, salvo que murió en Medina del Campo como principal señora entre las de allí.

Una dama joven quiso hablar, pero un anciano la miró fijamente y, poniendo un dedo en los labios, la hizo seña y la ordenó silencio. Y luego se presentó un labrador vestido de domingo que, avisado de la

necesidad de su testimonio, vino a declarar cómo estando él un día arando con sus bueyes habrá quince o veinte años le dijo su padre cómo el padre de éste y abuelo del declarante estando un día arando con sus bueyes oyó gritos de niños que jugaban en la orilla de la laguna de Polo, y cómo llegando allí vio cómo uno de aquellos niños se había caído al agua y, no haciendo pie, se estaba yendo a lo profundo, de manera que entonces le alargó su ijada y así aquel muchacho que era el hijo menor de la dicha doña Catalina salió del agua a flote y, andando sobre el haz de las aguas como sobre tierra firme, se llegó adonde los demás estaban porque dijeron, y así se decía, que una herniosa y resplandeciente señora lo llevaba de la mano.

—Y que esto es lo que sabe sobre la pregunta.

—¡Certifiqúese! —dijo el procurador.

Extendieron los secretarios las actas, firmaron los presentes, secaron lo escrito con la arenilla, cerraron los cartapacios, tomaron otro chocolate sus señorías y los acompañantes platicaron mientras llegaba el coche, y luego los averiguadores partieron.

—La Catalina sirvió en nuestra casa y fue mi ama de cría. ¿Por qué no podía decirlo? —preguntó la

doncella que había querido hablar.

—¡Tal bajeza! —respondió el anciano que se lo había impedido.

Y la muchacha fue desmentida por todos, o nadie se acordaba de tal cosa. Ni fijamente de la Catalina.

—¿Qué Catalina?

La casa

La casa de la viuda de Yepes y sus hijos, que estaba en la calle nueva, no era suya y, cuando ellos se fueron a Arévalo a buscarse el pan, la ocupó una mujer pobre de Albornos, una aldehuela cercana, que andaba aquí ganándose la vida como fregadora y encendedora de lumbre por las casas.

La encontró toda limpia como la plata, y que habían dejado allí una mesa y un trasportín de madera de pino sin pintar, así que ella ya no necesitaba más ajuar y como si hubiese entrado en un palacio, porque la señora Catalina, la de Yepes, también la había dejado un cacharro de barro con negro para el humero, una orza con cal, y otro pucherillo con añil; con lo que tenía ya para mucho tiempo para enjalbegar las paredes y dar el azul en el zócalo. Así que sólo tuvo que repasar el suelo un poco con bosta de vaca, que recogió en la calle cuando las vacas pasaron por allí camino del pasto.

En la alcoba, la ventanita tenía también su pañizuelo blanco para que no entrase frío y el sol del

verano se matizase cuando por las mañanas era poderoso. Y estaba así muy agradecida a los Yepes la mujer de Albornos.

—¡Qué será ahora de ellos: de la señora Catalina y el mozo, y el otro, pequeñín, tan delgadillo! —decía.

Los antepasados

Lo que digo es que la señora Catalina y Gonzalo, su marido, los padres del niño, eran de Toledo y este Gonzalo se llamaba Yepes, que por eso a ella la decían «la de Yepes» y que el apellido éste venía del pueblo de allí de Toledo que se llama Yepes, y era familia muy larga según dicen y nada tiene de extraño porque en los pueblos, aunque sean un poco grandes, todos son parientes como los hidalgos y los nobles, que en esto son iguales y en algo tenían que serlo, y lo seremos todos. Así que, a lo mejor, también serían hidalgos o nobles los antepasados de los que venía este Gonzalo, o qué sé yo; que torres más altas han caído y caen todos los días. Porque, a lo mejor, hay en tu propia familia y parentela un converso o marrano que ni tú mismo sabías, y un día te lo descubren en el árbol que te hacen de tus abuelos, bisabuelos y tatarabuelos y mucho más arriba por las ramas, y te preguntan:

—¿Y este fulano o esta fulana de tal?

Porque han encontrado que se había nombrado

Abram o Raquel, o que encendían candiles los sábados, o que cuando murió una hija suya en la flor de la edad se llegó a la cantarera de su casa y, cogiendo de allí los cántaros, derramó en el suelo el agua como se derrama nuestra vida, que ya no puede recogerse. O también si eran muy morenos, o hacían ascos al tocino, o tenían ajorcas y caireles en sus baúles. Y entonces, ya puedes ser lo que seas, y aunque sea el mismo arzobispo de Toledo, estás perdido; y luego los hijos de éstos pues se las arreglan como pueden, o pidiendo por Dios incluso por esos mundos, como yo mismo he conocido. Que qué sé yo si eso les ocurriría a los de Yepes, aunque conocidos suyos decían que se dedicaban a las mercaderías de telas y sombreros, y que el bisabuelo de este Gonzalo se había colocado como hombre de armas del rey en su pueblo, pero que los padres de Gonzalo éstos sí que tuvieron que ver con el Tribunal y se tuvieron que reconciliar, dicen. Y a lo mejor, que fue por esto por lo que entonces este Gonzalo se vino a Fontiveros poniendo tierra por medio y buscando aire de respirar donde no le conocían. O que, a lo mejor no, y a lo mejor sólo vino por aquí por circunstancias, como tratante y mercader de telas de

sus tíos, dicen. Y no se lo iba a preguntar a la señora Catalina, ¿no?, que bastantes heridas hay en carne viva, bastantes simulaciones y papeles hay que hacer y bastantes miedos tienen que pasar los que no se aúpan al carro de los señores, que qué sé yo qué harán o dejarán de hacer los que se aúpan para subirse a él. Porque aquí, en el mismo Fontiveros, ¿es que no conocían bien todos, como la palma de su mano, de dónde venía el doctor Pero Rodríguez que vivía allí, en la misma calle que la señora Catalina y sus hijos? Pero dineros llenan simas, y todo se allana con ellos. Lo que pasa es que, cuando se es pobre, ¿qué se hace? Pues callar. ¿Y qué otra cosa la pasaba a la señora Catalina, sino que era pobre? Lo peor que podía pasarla a la pobre. Porque ¿de dónde viene el pobre? Que no es que te encuentren ya en tus abuelos o bisabuelos o tatarabuelos o más arriba un judío o un moro, que a lo mejor lo encuentran, sino que encuentran todos los otros menesteres y oficios que tienen que hacer los pobres para comer, y que de ordinario son servir y trabajos viles, o andar al descuido de los demás para llevarse algo antes de que se lo lleve otro, o si te pillan vas en una cuerda o a galeras por un pan o un canastillo o qué sé yo. Y de

las mujeres que a lo mejor han sido tus abuelas, si eres pobre, dicen y no dejan de decir que si tuvieron que ver con éste o con el otro, o si cantoneras, o si correnderas, o si ventaneras, o si deshonradas. ¿Y para qué lo averiguarán, salvo para amargar el corazón de sus nietos, que sin que nadie se lo investigue saben de sobra que esa es la estirpe de los pobres, o así se la presentan siempre, y todos están sin honra, que por ventura y extrañeza habrá pobre que sea honrado aunque lo sea?

Y no por otra cosa, a lo mejor, no querían los Yepes tenderos y mercaderes o buhoneros que se casase este Gonzalo con la Catalina, como dicen; que ¿quién era? Una pobre. Y, si era una pobre, ¿quién era? Nunca se sabe quién es, ni de dónde viene un pobre; así que la parentela de este Gonzalo le diría:

—¿Es que no tenías en donde poner los ojos más que en una pobre?

Porque mala negociación era para ellos ese negocio, aunque la chica fuese buena, que eso no quita. Y buena era, como el pan bendito, la señora Catalina, y dicen que tenía hermosura de rostro y proporciones, pero los parientes dirían:

—Tú te lo quieres, tú te lo ten. Y, si te casas con

ella, allá.

Y así se lo tuvieron, los pobres. Y luego ella sola con las criaturas, y el día y la noche, «mañana será otro día» y «Dios dirá».

—¿Y si Dios no dice nada?

—Pues nada.

Esto es lo que hay que responder.

La botica

En la calle, allí, en la calle de Cantiveros, a la izquierda según se va a este pueblo y pared con pared del monasterio de Madre de Dios, tenían el telarcillo y, sobre todo en las mañanas de invierno, de esas en que levanta la niebla y queda un día soleado y con un aire como azulenco y que son tan silenciosas que hasta se oyen las pisadas de los que pasan por la calle, como en las noches de hielo, se sentía el telarcillo: trac-trac-trac, trac-trac- trac; y los vecinos o los que iban por allí decían:

—Desde que amanece Dios, está ahí dándole la Catalina.

Pero otros días había más agitación en la calle, porque, es un suponer, vivía allí un hombre de armas que se llamaba Juan Arias, el mozo, y muchas veces le iban a llamar y había algo de algarabía y ruido de metales, porque estos hombres de milicia y armas siempre son ruidosos y metálicos, y también voceones y absolutos, cuando mandan, para que les obedezcan mejor. O cuando iban a llamar al médico,

el doctor Pero Rodríguez, que éste es el que digo que venía de donde venía y se había aupado y colocado bien, y luego mucho más sus nietos, como decía la gente. Porque el padre de este Pero Rodríguez había sido don Yaque, el de los peces, que así le llamaban porque vendía algunas tencas y barbos o así y también sardinas arenques y, como se ve, era bien judío de su nombre mismo. Pero su hijo se llamó ya Pero Rodríguez, y el hijo de éste Juan Rodríguez, y luego el hijo de este último don García Rodríguez de Vergara, casado con doña Beatriz de la Caba, que ya era hidalgo y apellido tenía ya de hidalgo y vivía donde los Salazares, Guineas, Bemáldez, Rubertes, Cogollos, Velas, Pamos y Altamiranos, y gente así de gola y sombrero en sus palacios. Como también los Mirueña, que la señora Catalina fue ama de leche de una de las niñas de ellos, cuando se estaba criando el más pequeño suyo, por ganar algo, un poco más, e iba allí a dar el pecho a la niña a la Casa Grande de ellos. Pero el doctor Pero Rodríguez dicen que ya se acompañaba bien de estos hidalgos y nobles, que armaban muchos días ceremonias de despedida de allí de casa del doctor Pero Rodríguez sobre quien saldría primero, y fórmulas inacabables para que un

hidalgo o noble pusiese a otro a los pies de mi señora doña Mencía; o cuando iban a llamar al doctor Pero Rodríguez para un enfermo y el criado o mozo de cuadra hacían también alboroto o vocerío de día o de noche.

Pero lo más bonito de recordación que queda en la memoria de los que allí vivían en aquella calle fue el año que vinieron los doctores de Salamanca a hacer una visita a las boticas de Fontiveros, que eran tres y la primera era la del licenciado Pero Sánchez que estaba en esta misma calle nueva de Cantiveros. Eran dos doctores y un secretario con su bargueño de papeles, que venían en un coche de tres muías, vestidos de negro, y uno de ellos, el más alto y que tenía bigotes, llevaba puestas unas antiparras, aunque se las ponía y se las quitaba continuamente en cuanto acababa de mirar o leer una cosa, o los frascos y botes que el licenciado Pero Sánchez iba poniendo allí en una mesa grande, que tenía en la botica, para que ellos los examinasen. El licenciado Pero Sánchez ponía un frasco o un bote, y entonces un doctor lo miraba primero o hasta lo pesaba en una balanza con unos pesos pequeñitos que había allí, y luego se lo pasaba al doctor de las antiparras que se

paraba un poco y luego hacía una señal con la cabeza o con la mano, como cuando decimos con un ademán: que corra el agua. Y el otro doctor decía en seguida el nombre de la medicina y el secretario iba escribiendo en unos pliegos de papel grandes:

—Acíbar.

Se paraba un poco hasta que el de las antiparras consentía, y añadía:

—Que está bueno.

—Coloquíntida.

—Que se halló buena.

—Cálamo aromático.

—Bueno.

—Áloe.

—Que se encuentra admirable —dijo el de las antiparras, quitándoselas y haciendo muchas muecas y expresiones con los ojos.

Y luego ya, como de carretilla que cogieron, fueron diciendo lo mismo sobre la raíz de alcaparra, la sal de fruta, el diacatholicón, el ruibarbo, las píldoras de agárico, el jarabe de granada, el de borrajas, el de membrillo, el ámbar, el azúcar rosado, la conserva de yerbabuena, el cártamo y otras muchas conservas y jarabes que daban aromas

maravillosos que salían por la puerta y la ventana de la botica y las de toda la casa y llenaban la calle entera, que parecía que había llegado una galera con especias de las Indias: el clavo, la canela y el azafrán, y la gente salía a la puerta de la calle a respirar aquella gloria de olores y aromas.

—¿Y saldría el niño?

—¿Y cómo no iba a salir a aspirar el aire y a ver las golondrinas y los vencejos que planeaban allí alrededor, a la caída de la tarde?

Y también la señora Catalina y su hijo mayor, Francisco, saldrían un momento siquiera a la puerta de casa, y que descansase también un poco el telarcillo de su trac- trac-trac, trac-trac-trac, ¿no?

Las endechas

En la iglesia, la señora Catalina tenía su sepultura en la parte de atrás de ella, como todos los pobres; y allí estaban enterrados su marido, Gonzalo, y su segundo hijo, Luis, que se había muerto tan sin sentir, tan delgadillo, como apagándose. Y allí, en las sepulturas, todo era ¡ay! y endechas, y ¡ay!: el ruido de una lamentación que era casi la misma pero no igual que la que se oía cuando esos pobres estaban con el plato o el pucherillo en la mano, esperando delante del hospital a que les diesen algo caliente. Porque el dolor de ausencia y el hambre son desgarros del alma y del estómago y hacen que la boca se lamente con un ¡ay!, y a veces no puede distinguirse. Aunque siempre los bramidos por el dolor del alma salen de los adentros y producen lamentaciones y endechas, y no hay endechas de hambre, sino sólo ¡ay! y otro ¡ay! Y las endechas allí en la iglesia eran muchos días como salmo o miserere tristísimo, que no dejaba oír a los curas en la misa, y entonces éstos tenían que aplacar ese

dolor; o tenían que decir también a las mujeres que la usaban que se abajasen la salamilla de los ojos para que, al alzar la hostia, pudieran ver a Dios y consolarse, que por eso también el visitador las había dado licencia de ponerse adelante o donde quisieran, sin que ningún hombre pudiera impedírselo. Porque la iglesia, además, era muy grande. Y aquellos arcos blancos y la techumbre alta de madera y las ventanas estrechas daban refrigerio en verano, y en invierno acogimiento, cuando encendían los braseros en el coro, de manera que era mucho alivio y sustentación para los pobres el estarse allí. Aunque de algunos bien se sabía que no podían allegarse por su ley, que llevaban en sus adentros, y los domingos siempre encontraban ocasión y pretexto para no ir, o se ponían de camino; y, cuando se lo prohibieron, decían con dolor que era injusticia porque, por el cuerpo, bien se encontrarían ellos frescos en el verano y en invierno abrigados en aquella mezquita o sinagoga cristiana, pero que, por el ánima y su salvación, era por lo que tenían que irse a pasar fríos o calores e incomodidad por esos mundo y andurriales.

Salvo que en la iglesia hubiese teatro o carnaval,

como el que se hacía, vestidos de judíos, el día de Reyes, que todo el pueblo se vestía con túnicas y sábanas e iba allí a la iglesia a armar algarabía y desconcierto que a todos gustaba mucho.

—¿E iba el niño allí?

—Pues a la iglesia iría con su madre, ¿no? Eso ni se pregunta.

Y se pondría triste el niño, sentado allí junto a la señora Catalina sobre el ruedo de esparto, y oyendo los ¡ay! y las endechas de las mujeres enlutadas o algunas vestidas de blanco a las que sólo se les veía los ojos. O las manos, cuando las alzaban implorando.

Paisaje

Y cuando se fueron a vivir a Arévalo, pues era igual pero no era lo mismo, y le preguntaban los muchachos de Arévalo que cómo era su pueblo del niño: Fontiveros.

—Pues un pueblo —decía el niño.

Pero que estaba lleno de cosas y tenía la torre y la iglesia, las campanas y la cigüeña, la plaza y las calles, los palacios, las casas y las nagüelas; los corrales, los cobertizos, los establos, los zaguanes, los portales, las puertas, los portones, las portadas, las puertas traseras, los portillos, las portezuelas, los canceles, las ventanas, las claraboyas, las gateras, los miradores, las celosías, los balcones, las buhardillas, los ojos de buey; las verjas, las rejas, las vallas, los aleros, las chimeneas, los salientes, los colgadizos, los huertos, las huertas, las bardas, los cigüeñales, los arrabales, las cijas, las ovejas, los perros, los asnos, las muías, los bueyes, los caballos, las vacas, las terneras, los corderos, las cabras, los cabritillos, las gallinas, los gallos, los pollitos, los conejos, las

palomas, las torcaces, los dormileros, los mochuelos, los aguiluchos, las alondras, los tordos, las perdices, las codornices, las garzas, las avutardas, los topos, los erizos, los grillos, los sapos, los lagartos, las lagartijas, las ranas, los renacuajos, las culebras, los escarabajos, los saltamontes, las aceiteras, las lombrices, las orugas, las mariposas, las rosas, los lirios, los geranios, los pensamientos, las azucenas, los acianos, los escaramujos, las zarzas, las retamas, el hinojo, el tomillo, el romero, la menta, la hierbabuena, el yantel, las acederas, el espliego, el cantueso, los berros, los espárragos, las coles, las lechugas, los judigüelos, los ajos, las cebollas, los manzanos, los perales, los guindos, las higueras, los membrillos, los álamos, los chopos, las parras, las vides, las encinas, los robles, la luna, las estrellas, el carro triunfante, las Tres Marías, el lucero del alba, la estrella del pastor, el sol de agua, la solanilla, la sombra, la lluvia, la primavera de mayo, el aire austro, el verano, la otoñada, la siembra, el cierzo, el ventisquero, la nieve, el ventarrón, los truenos, los relámpagos, los rayos, las exhalaciones, los trabajadores, los gañanes, los truhanes, los trujimanes, los alarifes, los albañiles, los maestros de

obras, los carpinteros, los ebanistas, los tallistas, los pedreros, los peones, los caleros, los yeseros, los ladrilleros, los baldoseros, los ensoladores, los aguadores, los carreteros, los odreros, los taberneros, los mieleros, los melcocheros, los queseros, los aceiteros, los molineros, los horneros, los anacalos, los panaderos, los amasadores, los pasteleros, los recaderos, los veredero, los propios, los correos, los mayorales, los pastores, los rabadanes, los zagales, los esquiladores, los pelaires, los zurradores, los pelliteros, los tejedores, los burateros, los sastres, los buhoneros, los plateros, los sombrereros, los zapateros, los chapineros, los remendones, los herreros, los cerrajeros, los guadañeros, los joyeros, los boneteros, los labradores, los hortelanos, los maestros de niños, los dómines, los latinistas, los médicos, los boticarios, los cirujanos, los sangradores, los curas, los hidalgos, los nobles, los frailes. Las monjas, las beatas, las damas, las dueñas, las señoras, las criadas, las esclavas, las fregadoras, las recaderas, las amas, las ayas, las cereras, las amortajadoras, las lloradoras, las curanderas, las mondongueras, las lavanderas, las costureras, las bordadoras, las que dan hierro, las enamoradas. Las

torrenteras, el río, los regatos, las lagunas, los labajos, los manantiales, las fuentes, los caños, los pinares, las alamedas, los almendrales, las olmedas, las choperas, las povedas, los encinares, los robledales, los trigales, los cebadales, los centenos, los garrobales, los barbechos, los guisantales, los garbanzales, los senderos, los puentes, los pasos, los vados, los zanjones, lo llano, la niebla, el rocío, la montaña que se ve lejos y hace así alabeando. Y los cristianos y los moriscos, y muchas cosas y muchos oficios más.

—¿Y cómo se llama tu pueblo?

—Fontiveros.

—¿Y cómo va a haber tantas cosas en tu pueblo, si es más pequeño que Arévalo?

Y el niño respondía:

—No sé.

El señor Ahmed

La casita que les habían dejado en Arévalo estaba cerca de los huertos de los arrabales, con norias y albercas; y era de las últimas casas por aquella parte del pueblo. Y allí también tenían el telarcillo, que estaba junto a la cocina, en el cuarto de adentro, que así era muy calentito y era lo que más la gustaba a la novia de Francisco, el hijo mayor de la señora Catalina, porque tan calentita que estaría ella allí, trabajando, cuando se casase; después de haber pasado tantos fríos, lavando en el río, que a veces tenían que romper las lavanderas el hielo y las manos se hinchaban y se ponían azules, de tanto tener que refregar con agua cruda la ropa de los señores y la propia.

Algunos días, la novia de Francisco, que se llamaba Ana, le ponía allí cerca al hermanillo de éste para que vigilara las canastas, o para que la ayudase a tender y luego a doblar, cuando la ropa estaba seca, que en invierno se secaba mal y se quedaba algo tiesa con el hielo, como si la hubieran dado almidón; y

entonces el niño se quedaba mirando aquella blancura, o cuando ella daba el añil y el niño miraba y miraba, como ensimismado.

—¡Espabila, hijo! —decía Ana.

Y que atendiese, que cogiese bien la sábana de los cabos, y primero por la mitad, luego otra vez la mitad, y luego ya ella haría las otras dobleces hasta que ya la sábana cabía en la canasta. Pero que tenía que espabilarse, como en el telarcillo, cuando él se quedaba escuchando, acurrucado, el trac-trac-trac, trac-trac-trac.

—¡Espabila, hijo! —le decía también su madre, la señora Catalina, porque tenían mucho que hacer todavía, si querían ganarlo; pero

—¡Pobrecillo! —decían también ellas.

Así que le daban suelta y que se fuese a jugar por ahí, a la plaza de la villa bajo los soportales, si hacía mucho frío o un recio sol, o si llovía. O, por ahí, por donde fuera; que a veces el niño se iba al río, o a una huerta de por allí a ver sacar el agua con los cangilones de la noria, o a acercarse a las albercas despacio, despacio, a ver si las ranas no le sentían acercarse, o con los otros chicos a ver regar y hacer eses a un hortelano.

Tenían un vecino que era pocero, y hacía unos pozos muy buenos, hondos y frescos, con el agua muy mansa, que casi se dejaba coger con la mano de lo que subía. Y él mismo tenía uno de esos pozos, en su corral, con un brocal muy blanco, debajo de una higuera. El suelo estaba empedrado de guijarros, y las paredes enjalbegadas tenían algunos alabeos muy bonitos, cuando daba el sol allí y hacía sombras y figuras de sombra con los granillos de la cal en algunas partes. En la pared que daba a la casa y tenía allí una puerta verde con un arco señalado sólo con la paleta con una línea' encima de la puerta, había una parra con hojas muy grandes, casi como las de la higuera, aunque de un verde más claro y jugoso, y debajo de ella era donde ponía su vecino el señor Ahmed tres tiestos que tenía: uno de geranios rojos, otro de albahaca, y otro de pensamientos.

Y a veces se sentaba allí a la sombra con su gata, que era muy lista y conocía a los amigos del señor Ahmed desde lejos, en cuanto los veía venir por el camino a la puerta del corral, que daba a las huertas y estaba siempre un poco entornada.

—¡Buenos días, señor Ahmed! —decía el niño.

Y contestaba el señor Ahmed:

—¿Qué dice el perillán?

Y allí se estaban un rato en silencio, viendo lavarse la cara a la gata o mirando a algún gorrioncillo, o las sombras que hacían los alabeos de la cal en la pared; y luego ya decía el niño:

—¡Hasta luego, señor Ahmed!

—¡Hasta luego, perillán!

Y se iba tan contento el niño; pero otras veces se encontraba al señor Ahmed haciendo oración, de rodillas sobre una estera y con la frente humillada, tocando en ella. Y entonces no se atrevía a entrar, y se quedaba mirando por el resquicio de la puerta entornada las babuchas del señor Ahmed, tan blancas y con un bordecillo azul en el empeine. Se esperaba un poco a que el señor Ahmed terminase de orar y, en seguida, empujaba la puerta, abriéndola del todo, cuando el señor Ahmed se estaba poniendo las babuchas.

—¡Qué bonitas! —decía el niño.

—¡Anda, pruébatelas un poco!

Y le venían muy grandes al niño, y apenas podía dar media vuelta al corralillo sin que se le salieran. Así que decía:

—Pero ¿y cuando yo crezca, señor Ahmed?

—Tú no vas a crecer nunca, y nunca crezcas, perillán.

—¡Bueno! —decía el niño.

De manera que él, el señor Ahmed, le iba a encargar unas babuchas a su medida, y luego sacaba el señor Ahmed un cestillo de brevas, las abrían para comerse aquellos granos rojos como arenilla dulce, y al niño le gustaba mucho hacerla roznar entre los dientes.

El candil

Bajo los soportales, tenía la tienducha el señor Juan González, el candilero, que hacía candiles y candelas, palmatorias y velones o capuchinas, y el niño y los otros muchachos se quedaban muchas veces mirando allí los que tenía ya terminados puestos a la puerta de la tienda y que, cuando daba allí el reflejo de los cristales de una ventana alta que había enfrente, relucían como un espejo. Eran unos candiles muy bonitos, y los chicos iban también algunas veces a ver cómo los hacía el señor Juan González.

—¿Alguno quiere aprender el oficio? —preguntaba el señor Juan.

Y decían los niños:

—Sí.

Porque les gustaban mucho las láminas de hojalata o cobre, o el azófar, sobre todo al oscurecer, cuando daba en ellos la llama del homo del señor Juan, o aunque sólo fuera el resplandor de las ascuas. Y entonces hacía él las cosas despacio para que se

fijasen cómo se cortaba la hojalata, dándola formas, y haciendo bien la cazoleta para el aceite, y el espejuelo o los espejuelos para que se reflejara bien la llama y extendiera más la luz. Pero además tenía que ser un espejuelo bonito.

En él ponía, a veces, el señor Juan un adorno de unas estrellas, o un sol, y preguntaba a los chicos que qué querían que pusiera.

—Un gallo —decían.

—Una flor.

—Una luna.

—¿Y tú qué dices, tocayo? —le preguntaba al hijo de la Catalina, que siempre estaba allí mirando muy silencioso.

—Nada —decía el niño.

—Pues nada, ¡hale! No ponemos nada —decía también el señor Juan González.

Y que de esta manera, entonces, reflejaría mejor la llama. Pero que lo que había que hacer para tener un buen candil, que alumbrase bien, era tenerle bien limpio, que se viera bien el color rubio del aceite en la cazoleta y luego, poner allí una buena mecha de algodón o de lana, que tenían que tener buena querencia el aceite y la mecha y la llama, a la vez,

para que el candil alumbrase bien, como un lucero.

—¿Qué creéis vosotros que son las estrellas, sino candiles encendidos? —preguntaba el señor Juan.

Que estaban ahí para acompañamos a los hombres por la noche, como cuando ellos estaban malos con calentura y la madre les dejaba un candil o una vela encendidos toda la noche, allí colgado de la pared de la alcoba o en la mesita de noche la vela en su palmatoria o en un platillo de cobre. Y entonces, les enseñaba una palmatoria que estaba haciendo para una señora que se llamaba Isabel, que luego ponía allí ella una vela de cera que hacían las abejas, la encendía y se quedaba pensando en su estancia, porque la vela acompaña mucho a los santos de las iglesias y a los muertos y también a los hombres y a las mujeres, y a los niños, que todos se acuerdan de muchas cosas tristes o alegres, cuando la ven encendida, o leen los libros y las cartas de los ausentes y les parece que los que escribieron esos libros y cartas están allí con ellos. Y luego, las sombras que hace la llama con todas las cosas, que las hace bailar y ser grandes o pequeñas, o alargarse o encogerse, que es muy bonito ¿no? O las otras sombras que se pueden hacer con las manos y son el

perro, el asno, el conejo, el burro o las caras de los hombres o mujeres, que hacen reír.

—¿Veis? —decía el señor Juan González, el candilero, haciendo todas esas sombras en una pared con una vela.

—¿Y cuál os gusta más?

Los niños gritaban sus preferencias, que eran casi siempre el burro y una sombra de cara que parecía propiamente la de un corchete con la nariz muy larga, que siempre les andaba persiguiendo de un lado para otro y se llamaba Nicolás.

—¡Hala! ¡Hala! ¡Hala! —decían los chicos riéndose.

—¿Y a ti, tocayo? —le preguntaba el señor Juan González al niño.

El niño se retorcía un poco las manos, y se callaba. Pero, como el señor Juan le volvía a preguntar, el niño decía muy bajito que lo que más le gustaba era la llama de la vela.

—¡Bueno! ¡Bien! —decía el señor Juan.

Pero que ya sabían que, cuando la llama comenzaba a dudar y, en vez de ir hacia arriba como una lanza, empezaba a arder yendo de un lado para otro, había que echar aceite en el candil y despabilar

un poco la mecha con las tenacillas, y les enseñaba las que estaba haciendo para esa principal señora, que se llamaba Isabel, para que despabilase con ellas su vela; y eran muy bonitas: de cobre muy viejo y muy bueno, y el clavillo del eje era de oro y tenía en medio una piedrecilla muy pequeña que era azul y se llamaba lapizlázuli. Y a los niños se les trababa un poco la lengua, repitiendo la palabra porque era muy difícil, y se reían mucho. Hasta que el señor Juan González, el candilero, se ponía entonces serio, y decía que despabilar una llama era una ciencia muy difícil, no se fueran a creer otra cosa ellos, porque era una cosa muy delicada, que había que tocar en la llama muy delicadamente.

—Como cuando tenéis sabañones abiertos en las manos, o una herida en carne viva —decía el señor Juan.

Los niños se callaban entonces un poco, y luego decía el tocayo del señor Juan González:

—Sí.

El viaje

Y luego ya fue cuando se tenían que ir también de Arévalo porque, aunque trabajaban mucho, a la señora Catalina, a sus hijos y a su nuera no les llegaba muchas veces para comer y vestir el dinero que ganaban. Y se iban a ir a Medina del Campo porque el señor Juan de Perea, que era sombrerero de sombreros de paja para los segadores y ganapanes, la había dicho a la señora Catalina que allí en aquella villa había una barahúnda de proporciones y encontrarían trabajo.

—Allí es una bendición de oficios y servidumbres la que hay —dijo.

Y que había más disposición y acomodo de ganarse el pan que en estos pueblos, porque Medina era una ciudad tan grande, que si uno se levantaba bien temprano y echaba a andar por las calles aunque sólo fuera guiándose por según se veían el castillo y las torres de las iglesias, y aunque sólo fuese ver las fachadas de los palacios y de las casas grandes, o las tiendas de telas y guantes o de barro y

loza y las de cueros o libros pintados, le cogería a uno el *Angelus* de la tarde sin haber visto la mitad.

Y allí, en Medina, había también muchos clérigos y frailes de todos los hábitos, monjas y beatas, mercaderes, soldados y escuderos, médicos y boticarios o especieros, pero sobre todo muchas damas e hidalgos y nobles y banqueros, de manera que en habiendo estos últimos señores también había mucha servidumbre en que emplearse.

—¿Y pozos y norias y huertos? —preguntó el señor Áhmed.

—Y también aljibes y alfaguaras —dijo el señor Juan Perea.

Y que había igualmente fiestas de bodas y entierros, y cabalgatas de deporte y ostentación, y contiendas de lujos y aparentamientos entre las casas principales, o de unos con otros los señores de Medina mismo o los que venían de fuera: italianos, milaneses, genoveses, flamencos, francos o tudescos, que tenían tiendas de dineros con balanzas en las que pesaban las monedas y los copos de lana de las ovejas, que era una gloria verlo y hasta los mismos pobres de por Dios y los mendigos se ponían allí a mirar, y siempre les daban algo o también podían

consolarse de su necesidad oliendo la carne asada de tantos mesones y tabernas que había, o comiendo las rebañaduras o un poco de sangre y menudillos de puerco.

Y entonces el señor Ahmed torció un poco la boca, y dijo que entonces él no iba, que

—¡Abrenuncio a Satanás!

Pero ¿y ellos?, ¿qué podían hacer ellos, la señora Catalina, sus hijos y su nuera? Por mucho que lo dudasen ¿qué podían hacer? Así que se pusieron en camino. La señora Catalina y su nuera Ana iban en el carro del señor Juan, con los sombreros que todavía le habían sobrado, aunque eran pocos porque eran sombreros muy buenos que daban mucho refrigerio contra el sol, y los tres hombres iban a pie. Aunque al pequeño le subían también de vez en cuando al carro, cuando andando, andando, ya se iba quedando atrás un poco y tenía que echar una carrerilla para alcanzarlos. O porque tenía mucho sueño, de lo pronto que se había levantado, antes de salir el sol.

—¡Espabila, chico, que te estás quedando atrás! —decía el señor Juan Perea.

Y andando, andando, Arévalo se iba haciendo

pequeño, pequeño hasta que sólo era como una mancha blanca con una línea roja encima, que eran los tejados, y otras rayitas o manchas verdes: los pinares; y con las íes de las torres de las iglesias, que el niño sabía que eran íes porque ya había aprendido a leer bien de corrido. Y luego ya sólo se veía el campo, y así mucho tiempo hasta que casi se veía ya Medina, también muy pequeñita; y según se la veía a lo lejos parecía una sombra, y que sería muy fresquita, les parecía a todos, y también al señor Juan Perea, el sombrerero, del calor que llevaban y del desasosiego que les daba el polvo del camino. Así que pararon un ratillo a descansar y a consolarse un poco con la sombra y el agua de un pequeño soto que había allí con cinco a seis chopos muy altos y frondosos junto al río. Y que las caballerías también holgasen un poco y se rehiciesen, abrevando y con un pienso fresco.

El niño se metió en el río, que era sólo un regato y venía medio seco en invierno y completamente seco, ahora, en verano: sólo había un hilillo de agua de un manantial pequeño que había allí cerca; pero de repente se vio venir río abajo como un animal que no se sabía lo que era, pero era grande, más grande que

un buey, aunque también de andares lentos, y cuando estuvo cerca vieron que era un monstruo terrible con una boca abierta y colmillos descomunales, y el monstruo fue derecho al niño pero éste echó a correr y corría más que el monstruo, y así pudo salvarse de él, como los demás, que sin embargo no habían podido moverse del sitio porque las piernas no les obedecían del miedo que habían pasado. Así que montaron en el carro todos, que las muías no debían de haber visto al monstruo y no se habían espantado e iban tan ligeras y se dieron prisa.

Pero luego allí mismo, mientras hacían camino y ya habían comenzado a hablar otra vez, el señor Juan Pe- rea, comenzó a rascarse la cabeza y, al final, dijo que el monstruo que habían visto tenía que ser una ballena como la que se tragó a Jonás, o qué sé yo; que también podría ser un toro grande desmandado. Pero habían pasado mucho miedo, que el niño estaba solo junto al manantial y por eso se iría el monstruo a por él; qué sé yo qué monstruo sería.

—¡A saber! —dijo el señor Juan Perea.

—¡A saber! —dijo también el niño.

El empleo

¡A saber dónde podrá colocarse ahora este hijo aquí en Medina! Porque tenía que ganárselo, pero ¡era tan pequeño!

Vueltas y vueltas daba la señora Catalina en su cabeza, y también vueltas y vueltas daban su hijo y su nuera preguntando a unos y a otros dónde podría colocarse el niño hasta que, por fin, le pusieron con unos clérigos que enseñaban la doctrina a los niños pobres y les tenían a éstos como monaguillos y niños de coro y acompañamiento para las fiestas, o las bodas, los bautizos y los entierros de los señores, y allí les daban de comer y algún aguinaldo. Y estaban bien así los niños, aunque la señora Catalina le preguntaba siempre:

—¿Y qué has comido?

—Bien —decía el niño.

Pero ella le dejaba siempre algo de lo que habían comido ellos, si a lo mejor eran unas manzanas que les habían regalado, o pan frito picatoste, que le gustaba mucho al niño, y los espárragos trigueros o

los berros. Y así se iba espabilando el mocito, y le llevaron de monaguillo y recadero de monjas, y estaba más contento todavía; pero, como iba creciendo un poco y ya tenía que pensar para cuando fuese un hombre y se pudiera casar, tenía que aprender un oficio porque, además, tenía buenas manos y disposición para todo en la casa o para echar una mano en lo que fuese a los vecinos: llevar adobes, cuidar el homo, recoger leña o clavar unos palos para hacer una escalera de gallinero o palomar, o hasta remendarse la chamarreta si se terciaba. Así que podía ser un buen sastre incluso, si comenzaba pronto a adiestrarse, les dijo una amistad que la señora Catalina y Ana tenían con un sastre y entallador, y con él le acomodaron de aprendiz. Y ya, tan ricamente: que lo que tenía que hacer era fijarse bien, le decía el maestro, cómo se medían las personas y cómo se cortaba luego en la tela la figuración de los cuerpos; cómo se hacían las señales, los hilvanes, las vueltas, los frunces, los dobladillos, las sisas, los rellenos, los ojales, los bies, los pespuntes, las puntadas pequeñitas, y las pruebas.

—¡Así y así! —decía el maestro—. Sobre todo el talle.

Y el niño contestaba:

—Sí señor.

Y se fijaba, pero no adelantaba mucho, y a lo mejor es que no le tiraba lo de ser sastre, le decía el maestro a la señora Catalina. Y que disposición tenía, pero que le faltaba un aquel y que a lo mejor tenía otras intenciones, porque se quedaba parado y en un ser muchas veces. De manera que, dando vueltas y vueltas, se llegaron a preguntar si con un pintor se aclimataría el niño, y su madre, la señora Catalina le decía:

—Tú aprende, hijo; para que seas un hombre.

Y el maestro pintor le decía, ahora:

—¡Muele el azul! ¡Muele el rojo! ¡Muele el malva!

El niño molía los colores, y lo hacía muy bien, pero se manchaba mucho las manos y el mandil con todos ellos y luego, se quedaba mirándolos como ensimismado.

—¡Espabila, hijo! ¡No te quedes ahí parado! —le decía el maestro.

Y tampoco pudo hacer vida de él, porque disposición y querencia sí que tenía el mocito, pero es que se quedaba allí parado y embelesado sobre todo con los azules y los blancos, y no había modo de

que atendiese bien, y que a lo mejor era que le tiraba otro oficio o qué sé yo. No sabía la señora Catalina lo que iba a ser de él: tan delgadillo, tan moreno, con unas manos tan delicadas y, sobre todo, con esas ensoñaciones o ausencias. Y entonces fue cuando se les ocurrió, por lo mandible y cariñoso que era especialmente también, que de lo que haría muy bien era de enfermero y acompañador de enfermos en el hospital; y, cuando se lo dijeron, es cuando se puso más contento que las otras veces con los otros oficios, y dijo:

—¡Bueno! ¡Bien!

Y se le veía lo dispuesto que estaba.

El hospital

—¿Y tú qué sabes hacer? —le preguntó al mocito el que mandaba y era la persona de respeto del hospital.

—Nada —contestó el mocito.

Así que al clérigo, director del hospital, le pareció muy bien este mocito, y le mandó a ayudar en la cocina, a llevar agua, y a repartir la ropa limpia. Y, al principio, no quería el clérigo, que se llamaba don Alonso, que el mocito viese muy de cerca a aquellos enfermos de bubas, muchos de ellos ya podridos en vida y silenciosos como en el sepulcro, y otros con el rostro como una máscara horrible de carnaval, que se iba ennegreciendo; o calvos y sin cejas, ojos entumecidos, labios colgantes, manos trémulas. Ni quería el director que el mocito escuchase los quejidos continuos, o las palabras malas y sucias y blasfemias que les hacía pronunciar el desespero; o las historias de sus aventuras de otros enfermos que andaban muy orgullosos de sus bubas y pústulas de las que decían que eran un regalo de una cortesana

de Nápoles o Francia en un lecho de plumas con dosel carmesí. Y se reían como los locos mostrando aquellos postemas. No quería el director que el mocito envejeciese tan pronto como él había envejecido con estos ayes y esas risas, las visiones que veían y los temores de la muerte que, cuando se presentaban, dejaban sin habla a todos, aunque el mal de bubas no les hubiera engordado todavía la lengua, que no la podían contener en la boca y parecía lengua de buey o gigantones haciendo muecas, los enfermos.

Pero el mocito no se asustaba, sino que andaba allí tan tranquilo entre las camas, llevando las comidas, las almohadas, los purgantes, las sanguijuelas, los servicios; sosteniendo a los médicos y a los cirujanos sus pinzas y sus sondas, o lancetas o sierras; recogiendo en jofainas y vasijas la sangre, el vómito, y también los ayes, las palabras, las manos flacas, las miradas; llevando candelas, acompañando a un cuerpo muerto hasta que venían a recogerlo. Y dando también de comer a unos, cantando a otros, sacando sonrisas para todos. Y así no daba abasto, porque todos le nombraban su mayordomo o criadillo, urgiéndole, ordenándole, pidiéndole,

amenazándole, e implorando al fin aquellos señores al mocito, si sabían que iban a morir, que les cogiese las manos para el trance; y tenían que intervenir don Alonso o los médicos para que se retirase, algunos días: cuando la muerte se cebaba en muchos.

Pero los mismos cirujanos y médicos le pedían su ayuda, y para que aprendiese; porque le veían atento y pensativo ante la llaga abierta y el cauterio que quemaba, y ante el discurso que el médico hacía sobre Galeno o Aristóteles, y los latines que confortaban al enfermo. Y luego el mocito vendaba el cauterio con mano blanda, como si no tocase; aunque sus manos estaban ásperas por el frío y las aguas, los sabañones y el trabajo.

Le ponían, otras veces, a asistir por las noches, y el director le daba un libro, o tenía permiso para tomarlo entonces. Se sentaba en el suelo, junto a una candela y estudiaba. Y su madre le decía, entonces, cuando lo supo:

—¡Qué duermas bien, y no te estés leyendo por las noches, hijo!

Y el mocito se reía y contestaba:

—¡Bueno!

Pero siempre echaba una ojeada, cuando los

enfermos se dormían un poco, hasta que ya un día el clérigo don Alonso le dijo que tenía que ir a estudiar latín a un Estudio, y luego el mismo don Alonso y los médicos la dijeron a su madre, la señora Catalina, que qué sé yo lo que podría llegar a ser este mocito. Por las conversaciones que tenían con él, cuando le nombraban en latín la llaga, el fuego, el cauterio, los humores, la fiebre, el vómito, y la muerte que decían ellos que subía como un ladrón por las ventanas. Y el mocito miraba, entonces, con los ojos muy abiertos hacia los cristales de la sala por donde entraba el sol rojo de primera mañana, que era el que más alegraba a todos porque les parecía imposible morir ya con esa claridad tan grande.

De manera que, cuando estaba luego en el Estudio de los jesuitas para aprender latín, se acordaba de los dormitorios del hospital que eran grandes salas con hileras de camas y trasportines o colchones echados en el suelo; aunque había también otras salas o estancias más pequeñas donde estaban los enfermos que retiraban porque los médicos sabían que iban a morir, porque aquellos comenzaban con sus recordaciones de cuando eran niños y veían el rostro de su madre y la llamaban. Y aquí en el Estudio había hileras de pupitres sobre los que los estudiantes tenían que afanarse y desde donde escuchaban las clases de los maestros, que algunos eran italianos y hablaban de su tierra en la que había muchos pintores de pared o de tallas y poetas, y más mercaderes que en la misma Medina del Campo. Y la señora Catalina le decía al mocito, cuándo le veía con aquellos cartapacios que llevaba al Estudio.

—¡Que comas y duermas bien! ¡Y que te abrigues bien!

Porque la contaban a la señora Catalina, su madre, que el mocito no soltaba los libros de la mano en el mismo hospital, después de volver del Estudio, y que a veces se había quedado dormido, estudiando, hasta en la leñera que estaba junto a la cocina y era bien calentita: acurrucado con el libro entre los brazos le encontraban. Y lo primero que le enseñaron en el Estudio fue a sentarse en el pupitre bien derecho, y a dejar allí sobre él abiertos los libros o el cartapacio, si iba a escribir en él; y, como el mocito estaba acostumbrado a sentarse en el suelo a leer y a escribir, poniendo el libro o los pliegos de papel sobre sus rodillas o en el suelo mismo, pues se tenía que acostumbrar poco a poco, según iba aprendiendo cómo se llamaban las cosas en latín y cómo estaba hecho el mundo que era de modo que los hombres siempre habían estado buscando oro y guerreando unos contra otros las Potestades y las Dominaciones de los Imperios, que decía un maestro italiano, que eran a la manera de caimanes o cocodrilos gigantes y temerosos, con el cuerpo cubierto de una armadura de escamas. Y cuando los estudiantes preguntaban que cómo eran los cocodrilos y caimanes, el maestro italiano decía que

esas Potestades y Dominaciones de los Imperios eran también como grandes ballenas o Leviathanes sanguinarios que había en los Océanos, y entonces les enseñaba los dibujos de las historias de Plinio y sobre todo los que habían traído de las Indias; y entonces el mocito no se atrevía a decir que él había visto una ballena o Leviathán en el río Zapardiel, viniendo de Arévalo, que ya ni se acordaba siquiera, pero que un monstruo como éstos sí le habían dicho que era. Y menos mal que había también allí otros dibujos de animales pacíficos y de colores, y de plantas muy bonitas que crecían muy humildes y pobres y, sin embargo, servían para curar muchas enfermedades; y de aves que podían hablar, y de ríos como el mar de grandes de los que decían los enfermos del hospital que los habían cruzado muchas veces a sus anchas, conquistando y destruyendo, y sentándose en tronos de oro sobre almohadones de seda, y ahora, no acertaban a tener postura quieta en la cama.

Pero, con mucho, lo que más le gustaba al mocito era cuando tenía que aprender versos sobre las abejas o los bueyes, la estrella de la noche y las sombras de los árboles; y sobre todo cuando

aprendía lo de la tórtola: que cuando se moría o estaba ausente su compañero o socio, ni bebía en fuente fría, ni se posaba en ramo verde, sino que se estaba en su tristeza a solas y, cuando veía reflejada su figura en el agua de un charco o de una alberca, se acordaba mucho del ausente.

—¡Una toalla! —gritaba entonces, a lo mejor, un médico, mientras él estaba copiando en su cartapacio ese dolor de la tórtola.

El mocito cerraba de golpe sus papeles, que a veces se hacían así borrones porque la tinta no estaba seca, y corría por la toalla y a llevarla donde la necesitaban, o la bacinilla para el vómito de un enfermo, que entonces le sostenía la cabeza mientras vomitaba, que es la mayor ayuda del mundo, y luego le mullía bien la almohada, o le hacía la cama otra vez para que descansase, y que todos aquellos hombres que habían corrido tanto mundo, luchando en tantas guerras, atesorando tanto oro y dormido entre holandesas encontrasen ahora algún reposo en estos lechos. Porque siempre se quejaban de que no podían hallarlo en ninguna postura:

—Ni así, ni así, ni así —decían.

Y siempre querían un espejo para verse la cara;

aunque el mocito nunca se lo daba, por caridad: para que no viesen su figura y su cara, ¡pobrecillos! Y entonces, se acordaba de la tórtola sola mirándose en el agua. ¡Pobrecilla también! ¿No?

La huida

Los torreones del castillo de Medina le parecían muy altos al mocito, demasiado altos y altísimos, cuando oía contar siempre que de allí, de uno de ellos, se había descolgado un príncipe hacía muchos años. Y le preguntaba a un enanillo que estaba sirviendo a los señores de aquella fortaleza:

—¿Descolgándose cómo?

Y el enanillo respondía:

—Pues descolgándose con una soga larga, atada allá arriba a los barrotes de la reja de la ventana del calabozo donde estaba preso.

—¡No puede ser! —decía el mocito.

—¡Sí puede ser! —contestaba el enanillo.

Y le explicaba a su amigo que era un príncipe italiano muy poderoso, y que tenía una gran fuerza, aunque había padecido las bubas en su propio país y le habían dejado la cara marcada como de señales de patas de sapos y sabandijas, y con pústulas que brillaban mientras se pudrían, y el príncipe tenía que llevar un velo delante de la cara para que nadie se la

viese.

—¡Pobrecillo! —dijo el mozo.

Y que la soga tendría que tener peldaños para bajar por ellos, como cuando el señor Abmed bajaba por la escala a limpiar un pozo o una noria.

—¡A lo mejor! —contestaba el enanillo.

Porque, además, había bajado disfrazado como si fuese un criado del castillo, aunque era de noche cuando se escapó, como hacen los enamorados que se escapan cuando tienen dificultades sus amores. Como otro enanillo amigo suyo, que conocía él, y se había escapado de la casa de su señor con una esclavilla negra: que tuvieron que poner escala para saltar la tapia de la huerta, aunque luego les cogieron y a la esclavilla la dieron azotes y al enanillo le mantearon para divertirse, aunque pasaba mucho miedo el enanillo, cuando estaba en el aire, como si volase, y los que le manteaban decían:

—¡Quitar la manta!

Y no la quitaban, pero el enanillo creía que la iban a quitar y temblaba. Pero para eso era un enanillo: para que se rieran de él, porque un enanillo es siempre la irrisión de todos, ¿no?

—No —decía el mozo.

Pero recordaba, entonces, cuando le decía su madre a veces:

—¡Que comas bien! Que tienes que comer para crecer y no quedarte como un enano, hijo; que luego se ríen todos de ti.

Y sin embargo, el señor Ahmed de Arévalo le había dicho a él que no creciera nunca, nunca, y que así ellos bajarían bien deprisa, por una escala, de una torre o un torreón hasta el pozo más hondo, porque no pesarían nada, ¿no?

—Eso sí —contestaba el enanillo.

Y añadía:

—Porque los príncipes pesan mucho de suyo, porque son hombres grandes de cuerpo.

Pero luego, le llegó un tiempo al mozalbete en que dio un estironcillo. No mucho, pero se le notaba; sobre todo porque se le veían las piernas por encima del tobillo cuando iba o venía con las hopalandas y el manteo al Estudio del latín. Y si le ponían en la cabeza, por jugar, un birrete del doctor que daba la clase a él y a los otros chicos, se apersonaba ya el mozo, y entonces, para hacerle enrabiar le empezaban a llamar «el doctor Yepes», porque además se sabía siempre muy bien las lecciones.

Y también le recordaban, jugando, lo que él no quería que le recordasen y que le daba mucha rabia; y era lo que ellos habían descubierto en su cartapacio.

Bien escondido y reservado que lo tenía el mozo de Fontiveros que estaba en el hospital, pero ellos le habían leído los versos que había estado haciendo sobre un pastor y vina pastora, y el río y los árboles, y el penar y la ausencia, o qué sé yo, porque a ellos tampoco les había dado mucho tiempo el verlos, que

él les había sorprendido fisgando allí en su pupitre y les había arrebatado los papeles de las manos. Que por algo sería que no quería que los leyesen, que andaría enamorado y por eso había dado en poeta o qué sé yo. Y andaba pensativo y ausente, y un día de esos, de ese tiempo, rompió un plato en el hospital: que se le cayó de las manos cuando iba a llevar una pera asada a un enfermo, porque sabe Dios en qué estaría pensando. Y el plato era bien bonito, todo blanco, con una flor azul en el centro, que qué sé yo en qué iría cavilando cuando llevaba el plato.

—¡A ver! —decían los otros muchachos del Estudio.

—Por algo sería, ¿no?

Y se reían un poco cuando le veían pasar al de Fontiveros con su cartapacio, un poco ausente y melancólico. Hasta que un día el mozo no fue a clase, y al otro tampoco, ni al otro; y en el hospital mismo todos se preguntaban, y comenzó a correrse que se había escapado de Medina o sabe Dios. Pero su madre, la señora Catalina, sí sabía dónde estaba, claro está. Y cuando él la dijo adónde iba, ella sólo le aconsejó:

—¡Tú abrígate bien, hijo!

Porque calorcillo sí tendría con esos paños gordos y fuertes de los frailes, y si se echaba la capucha. Aunque lo que tenía que hacer era tener cuidado de no mojarse, porque se tardaban en secar mucho esas telas. Y luego ya, pues Dios diría; así que cuando a la señora Catalina la preguntaban qué cómo era que su Juan se había ido a los frailes del Carmelo, que eran unos frailes de nada, contestaba:

—Para saber.

La recomendación

Como Juan estaba en Medina, aunque estuviese con los frailes en el convento, ella, la señora Catalina, estaba tan contenta; pero cuando ya se enteró de que iban a mandarle a estudiar a Salamanca se ponía algo triste, aunque también se contentaba mucho.

—Que es que tiene que hacerse un hombre y un buen fraile —le decían sus vecinas, cuando ella las contaba que su hijo se tenía que ir de allí.

Y ella contestaba:

—Sí.

Pero siempre preguntaba que cómo sería Salamanca, y el señor Juan Perea, el sombrerero, que había estado allí, la decía que una ciudad muy grande con muchas torres de iglesias y conventos, y un río, y una universidad de estudiantes con muchos estudiantes, y tiendas y mesones, y mucho ruido y algarabía, y que una vez que él había ido allí había visto en un corral una comedia que era una divinidad. Y ella decía que, sin embargo, como su hijo era fraile, que no iba a andar por ahí de la ceca a

la meca; y que lo que ella preguntaba era si hacía frío en la ciudad y donde estudiaban. Y entonces el señor Juan Perea dijo que quien estaba en Salamanca allí donde estudiaban los estudiantes y era mucho catedrático era uno de Cantalapiedra, o sea que, como ellos eran de Fontiveros, pues eran paisanos; y que éste de Cantalapiedra se llamaba Martínez e iba mucho a Medina a comprar libros a los flamencos y a los moros, de manera que, con decirle que ella tenía allí un hijo en Salamanca, que estaba allí estudiando, se le recomendaría porque los paisanos tiran mucho. Así que un día, ya de setiembre, que hacía un sol como doramembrillos casi, el señor Juan Perea la llevó a la señora Catalina a la plaza de Medina y, cuando anduvieron un poco por los soportales de junto al arco, la dijo que se fijase en aquel hombre alto, que era clérigo y estaba hablando con un boticario a la puerta de la botica.

—Ése es el de Cantalapiedra, que su padre también era boticario, y tendrán amistad.

De manera que se acercase ella, la señora Catalina, y se presentase. Pero ella se quedó como inmovilizada, y que no se atrevía, le dijo al señor Juan Perea, que qué iba a decir ella; y el señor Juan

Perea decía que entonces iría él, y ella le decía:

—¡No, no, no!

Y volvía el señor Juan Perea diciendo que él se acercaría, que había conocido a su hermano del de Cantalapiedra, yendo allí a vender; pero también se quedaba paralizado y se le trababan un poco las piernas, y estando en estos discutirnos vieron cómo el de Cantalapiedra se despidió del boticario y echó a andar muy arrogante, terciándose el manteo, y llevaba un libro en una mano, y venía como hacia ellos, así que pasaron mucho miedo; menos mal que pasó un poco de largo y luego se encontró con otro clérigo. Y menos mal que ellos se encontraron allí bajo los mismos soportales, con Gregorio Matilla, que era yesero y venía muy contento porque les dijo que su mujer, la Juliana, había tenido una niña. Y eso les dio mucha alegría a la Catalina y al señor Juan Perea, que eran amigos suyos, del señor Gregorio Matilla, el yesero, que entonces fue cuando dijo que precisamente era una proporción el haberles encontrado porque tenía que darles un recado y hacerles una recomendación, que era que el hijo de aquí, de la señora Catalina, que se va a ir a Salamanca, y la mujer del señor Juan Perea fuesen

padrinos de su hija; que él lo había pensado en seguida, y también lo había pensado su mujer en cuanto ésta dio a luz y se enteraron de que Juan iba a ir a estudiar a Salamanca, y que, como le tenía ley al fraile, se había dicho:

—Con que se va a ir a estudiar a Salamanca, ¿eh? Pues yo tengo que darle antes una molestia y vina recomendación.

—Que no es ninguna molestia, ni recomendación, que con mucho gusto —dijeron la señora Catalina y el señor Juan Perea.

Y que aceptaban la encomienda y la recomendación.

La librería

Y para que supiera más le mandaron, por fin, al frailecillo Juan a Salamanca, que era una ciudad como Roma o Constantinopla de grande por lo menos, y siempre estaba llena de gente de estudiantes por el día y hasta por las noches, cuando andaban de ronda o llevaban luminarias; y había tiendas de todas clases y librerías, que iban allí muchos a hojear los libros nuevos y a enterarse de las novedades que traían, y algunos de los que entraban y los hojeaban los compraban también, y otros vendían allí los libros viejos; o para jugarse a los naipes lo que les dieran por ellos, también otros. Aunque a todos les gustaban las novedades que allí se comentaban, o las que oían en las cátedras, cuando iban a la universidad, que había allí algunos Maestros que decían cosas nuevas y maravillosas y se amontonaban allí los estudiantes en sus cátedras sobre la Biblia y las cosas tan bonitas que decían las lenguas más antiguas que el latín sobre las estrellas o los almendros y las historias de Jacob o los versos

que se hacían en Italia. Sólo que el frailecillo Juan tenía que estudiar sus Artes, que le habían mandado, y tenía mucho que estudiar en los escolásticos, y luego tenía que rezar en su convento y servir a la mesa, o fregar y hacer los otros oficios. Aunque se le iban los ojos tras los libros y las poesías, y todas las novedades que oía de la Biblia y los caldeos, de manera que, si un día le mandaran estudiar eso, le gustaría mucho ese saber y, si se lo mandasen, iría él también a esas cátedras y vería los libros maravillosos. Pero sólo si se lo mandasen, que no se lo mandaban; y sólo le mandaron un día ir a acompañar a otro fraile de su convento a buscar un libro a una librería en la que estaban allí revolviendo libros algunos Maestros y estudiantes, y entonces el frailecillo Juan se dio cuenta con el rabillo del ojo que allí estaban ellos en un rincón: el Maestro Martínez el de Cantalapiedra, y el Maestro León, y estaban: tú-tú-tú, tú-tú-tú, cuchicheando y hablando muy bajito: tú-tú-tú, tú-tú-tú; y se callaban en seco y, de repente, cuando pasaba alguno cerca de ellos en la tienda, que no era muy grande y estaba algo oscura, y los que hojeaban los libros tenían que ponerse al lado de las ventanas o a la misma puerta, o pedir una candela al

librero. Pero ellos estaban, allí en la oscuridad, hablando: tú-tú-tú, tú-tú-tú, que no se les entendía nada, y luego de vez en cuando iba el Maestro León y hacía un chis-rris-chis-chis, con los labios puestos como para silbar, a una alondra que tenía por allí en su jaula colgada en la pared junto a un tragaluz, el librero. Y cuando el frailecillo Juan pasó con su compañero, que tenía que pasar por allí para pagar los libros que éste había comprado, fue el Maestro Martínez y le dijo;

—Que somos paisanos, ¿eh?

—Sí —contestó Juan, todo azorado.

Y entonces, fue el fraile agustino, que hacía versos, el Maestro León y, dejando de hacer chis-rris-chis-chis a la alondra, le sonrió. De manera que el frailecillo Juan iba a corresponder con otra sonrisa, pero se acordó de la regla de su orden y sólo pudo ofrecerle media sonrisa al Maestro León, y bajó la cabeza porque tenía que ir humildemente con los ojos bajos y cargando con los libros que había comprado el fraile, su compañero. Sólo que, entonces, la alondra fue la que comenzó a hacer chis-nis-chis- chis, chis-rris-chis-chis, a cantar muy alto y muy bonito, y todos los que estaban allí tuvieron que

volver la cabeza. Porque, al fin y al cabo, era lo más bonito que había en la librería, le pareció al frailecillo Juan, si no fuese porque la alondra estaba enjaulada y prisionera, y a lo mejor sólo cantaba de tristeza por su socio y compañero.

El poste

El Maestro León tenía un huerto que tenían allí los frailes agustinos en Salamanca, y se sentaba allí, en el verano, cuando se acababan las cátedras, a leer sus libros y a platicar también con otros amigos suyos a la sombra de los árboles, o andaba por él mirando el agua, de dónde venía el manantial y cómo iba corriendo luego por un arroyuelo entre la hierba, y curioseando las plantas y los pájaros. O mirando por las noches las estrellas, cuando las noches eran claras y el cielo muy negro y aquellas luminarias relucían como llamas, haciendo luego las figuras de las Pléyades y Perseo o el Toro y el ataúd de Job. Así que luego, algunas veces, de repente, cuando estaba dando la cátedra en el aula, decía algunas cosas sobre los ojos de las palomas y que no eran lo mismo las nuestras que las que vivían en la tierra de los hebreos, o sobre la estrella de la mañana, o las azucenas que había en el huerto de la Biblia, y los estudiantes querían entonces preguntarle aclaraciones. Así que, cuando acababa la lección de

cátedra en el aula, se ponía allí en un poste que había en la salida para que le preguntaran esas cuestiones o sobre la tórtola cuando estaba sola o sobre las abejas de Virgilio; y el Maestro León contestaba a todas las preguntas o decía:

—No sé, no sé. .

O que le preguntaran también al Maestro Martínez o al Maestro Grajal las historias de los caldeos y de Job o de Abram y Sara, o Salomón. Y entonces, el Maestro León veía allí cerca al frailecillo de Medina, que estaba con otros estudiantes y le miraba con la boca abierta, y que a lo mejor no se atrevía a preguntar y le decía:

—¿Y qué dice el estudiante de Medina?

Y el frailecillo Juan se aturullaba un poco, y contestaba:

—Nada.

De modo que el Maestro León se sonreía, y seguía luego contestando a otras preguntas de los estudiantes. Hasta que un día éstos le encontraron al Maestro León muy triste y melancólico, cuchicheando por el claustro con el Maestro Martínez, el de Cantalapiedra, que uno de ellos parecía que decía:

—¡Tú-tú-tú, tú-tú-tú!

Y el otro respondía:

—¡Tú-tú-tú, tú-tú-tú!

Y sólo se les entendió una vez claramente que dijo el Maestro Martínez:

—San Agustín.

Y que el Maestro León contestó:

—Ése nos hirió a todos.

Pero es que, como luego se enteraron los estudiantes, era que estando, un día el Maestro León en su huerto, vieron él y sus compañeros que estaban platicando allí, a una alondra que estaba saltando entre la hierba cerca del agua y se puso a cantar divinamente, que ellos se quedaron maravillados con el canto. Pero luego, de repente, vieron que la alondra comenzó a chillar y a espantarse, y divisaron a un gavilán en el aire que se lanzó sobre la alondra con el pico abierto, y la alondra fue volando a ampararse en ellos y se cobijó en el hábito del Maestro León, que vio entonces cerca los ojos encendidos del gavilán, como si fueran armas asesinas. Y también sus compañeros vieron esos ojos y esas garras abiertas del gavilán, y se pusieron en pie para defender a la alondra, que se estuvo allí

mucho tiempo hasta que la volvió la confianza y ya quería volar de nuevo. Aunque ¿y si volvía el gavilán? O que estando libre quizás, a lo mejor, uno u otro día el gavilán se la llevaría. Porque:

—¿De qué se alimentaría si no? —dijo entonces uno de los amigos que allí platicaban con el Maestro León.

Así que pasó como una sombra sobre el corazón de todos, y callaron un rato; y luego uno de ellos preguntó que qué era lo que había dicho san Agustín cuando murió aquel insecto en medio de tantos sufrimientos. Y fue a buscar el libro a la casa, lo trajo, y lo leyó; y cuando se lo pasaba al Maestro León para que éste lo leyese él mismo, fue cuando la alondra escapó y echó a volar tan contenta. Pero al Maestro León le duró mucho tiempo la melancolía del suceso, y no se curaba de ella; que entonces era cuando decía, cuando los estudiantes le preguntaban:

—No sé, no sé, no sé.

Y lo decía con una nube muy espesa de tristeza en los ojos y, reparando en el frailecillo como otros días, en que también estaba allí junto al poste, le preguntó:

—¿Y qué dice el estudiante de Medina, eh?

—Nada —contestó Juan, todo azorado.

Y se quedó entonces pensativo el Maestro León y ya iba a decir otra vez que no sabía contestar, pero dijo:

—Que hay que escuchar a la alondra en las mañanas.

Cuando el aire está húmedo de la noche todavía, y cuando la luz del cielo comienza a pintear sobre los rastrojos.

La fiesta

Cuando se le pasó ya el tiempo que tenía que estudiar y le ordenaron, el frailecillo Juan volvió a Medina del Campo a cantar la primera misa donde su madre ya había preparado todo para la fiesta, sobre todo una tarta y unos dulces amarguillos y otros con almendras y piñones, como los hacía siempre, o alguna vez cuando tenía aceite y harina para la Navidad, y el señor Ahmed de Arévalo los metía en el homo, luego, con leña de encina, que el niño se quedaba mirando y decía el señor Ahmed:

—¿Ves? Ya se le está poniendo la camisa blanca al madero, que ya está todo ardiendo por dentro, ¿ves?

—Sí —decía el niño.

—¿Te acuerdas? —le preguntaba su madre Catalina, mientras hacía las pastas.

Porque ella estaba muy contenta, aunque su hijo había venido un poco desmejorado y pálido de Salamanca, y ella le tenía que repetir:

—¡Que tienes que comer, hijo, que todavía eres muy mozo, y necesitas comer para el estudio!

—Sí —decía Juan.

Y cantó allí la primera misa, y los señores de Medina le besaron las manos, que parecía qué sé yo, y también cuando se ponía la capa blanca; cuando se la ponía en la iglesia y le veían.

Luego su madre y su hermano y su cuñada le preguntaban cosas de Salamanca y del río Tormes, sobre si se podía ir por él en barca, o sobre lo grande que Salamanca era, como había dicho el señor Juan Perea: siempre llena de gente y de ruidos de la mañana a la noche y de la noche a la mañana, siempre un runruneo como de moscas. Y Juan dijo que más ruido que en la Rúa Mayor de Medina, en tiempo de feria, y ellos no se lo querían creer; y también les dijo que así era el mundo entero, de manera que él estaba determinado a irse a una Cartuja que estaba más allá de Segovia, en medio de la sierra entre robles y un maravilloso silencio.

Se oían, entonces, las pisadas en la calle hasta de los que iban descalzos, cuando pasaban junto a la ventana de la salita donde estaban, y se los conocía a algunos, y a los que venían a dar parabién y enhorabuena al misacantano, antes de que llegasen a la puerta y llamasen. Y eran don Alonso, el que

mandaba en el hospital, y los compañeros de Juan en el Estudio de latín, y un doctor de allí y el señor Juan Perea y su mujer, y el señor Gregorio Matilla y la Juliana, su mujer, y un trajinero que venía de Arévalo y le traía a Juan unas babuchas de parte del señor Ahmed, que dijo que cualquier día se iba a presentar en Medina él mismo o qué sé yo. Y también vino el enanillo, que le habían vendido o regalado sus señores a un duque de Flandes y se tenía que ir allí, así que a lo mejor ya nunca se volvían a ver, ¿no?

Pero ahora estaban todos muy contentos, rezaron una oracioncilla y comieron los dulces que había hecho la Catalina, y bebieron un vaso de agua, que se podía jurar por ella de tan fina y limpia que era. De manera que todos brindaron con ella, haciendo votos y deseos al misacantano que a lo mejor tenía que volver a Salamanca para saber más, pero que a lo mejor se iba a la Cartuja, decía la Catalina.

—¡Qué sé yo! —decía Juan poniéndose muy serio.

Y la madre ya no decía nada ahora; pero tenía siempre miedo de no volver a verle, ahora que ya era un hombre hecho y derecho, y de barba cerrada que les gustaba tanto a los hijos de Ana y Francisco que

les pinchase con ella en la cara.

Los desiertos

A la monja Teresa la habían vuelto la cabeza con esto y con lo otro y con lo de más allá sobre aquel frailecillo: los denuestos y los encomios; pero, como ya tenía cincuenta y dos años, buenos cestos y talegas había visto llenar ella de alabanzas y murmuraciones, y la parecía cosa de risa aquel comercio tan ilustre. De manera que las prendas que la decían que tenía aquel frailecillo, bien deseaba ella que las tuviera porque tenía harta necesidad de encontrar a alguien con ellas, y andaba de arriba para abajo en el pequeño locutorio del convento, esperando que él apareciera. Sólo que cuando fray Juan llegó con su compañero, ella no acertaba a llamarle «Padre», como tenía que decir, porque la parecía casi un mozalbete, y tan delgadillo, tan poquita cosa, y no le llegaban los pies al suelo cuando se sentó allí en su silla frente a la reja. Pero, cuando comenzó a hablar, a la monja la pareció un Séneca, que fue lo que las dijo a las otras monjas, cuando las contó lo que habían hablado de los

desiertos y ermitillas, de los lugares donde no había nadie, ni nada, ni otra cosa que silencio. O donde sólo crecían palmitos que se iban pelando hoja a hoja y, al fin, estaba el cogollo, que era fuera de la sombra del mundo.

—Ni éste —decía el frailecillo.

—Ni éste —decía ella.

—Ni éste.

—Ni éste.

—Nada.

—Nada.

Y se callaban luego; y el otro fraile que acompañaba a fray Juan perdía de vista a éste y a la monjuela, cuando iban por aquel desierto del que estaban hablando, y siempre parecía que había más desierto, pero a fray Juan le parecía siempre poco. Y le parecían muy grandes las casas de eremitas que ella le iba diciendo: blancas, con una esterilla en el suelo, una cruz de madera en la pared y un cántaro.

—Y un ventanuco que entre luz; y para escribir.

—¿Escribir? —dijo Juan—. En la Cartuja no se escribe.

Pero es que era muy mozo este Padre, aunque fuese un Séneca, iba diciendo ella luego a las otras

monjas, cuando se acabó la entrevista, y se había enfadado un poco porque ella le había hablado de escribir.

—Pero es que es muy mozo —decía Teresa.

Y que a lo mejor le habían estragado los libros y escrituras de Salamanca o qué sé yo, porque ¿cómo no iba a escribir? Y se reía un poco, porque el frailecillo no llegaba con los pies al suelo, sentado como estaba en su silla.

Y lo que-pasó fue que, antes de volver al convento, fray Juan fue a ver a su madre a su casa, que estaba frente por frente casi del conventillo en el que había visitado a la monja, y la dijo:

—¡A lo mejor ya no me voy a la Cartuja!

Así que ella se puso muy contenta.

El robo

Hasta aquí y un poco más tenía yo en mi cartapacio escrito y anotado acerca de las averiguaciones hechas sobre la vida de fray Juan de Yepes, y bien escondido estaba en una bujeta pequeña que había oculta debajo de mi cama en la alcoba o mechinal que estaba dentro de otra estancia que yo había alquilado en la posada, y era el rincón más inadvertido que podría hallarse. Porque se entraba en aquella posada desde la calle, y había primero un zaguán con el suelo de cantos blancos y ladrillos, que los cantos hacían entre ellos un zig-zag como unas sierpes, y era todo blanco en las paredes sin más señal allí que una cantarera grande con seis cántaros arriba y seis abajo, y un cazo de barro colgado de la cantarera misma para probar el agua, que estaba muy fresca porque los cántaros rezumaban muy bien y estaban bajo la escalera que iba a las estancias de arriba; y el mechinal y estancia que yo tenía alquilados estaban en el piso bajo después de la puerta que había junto a la cantarera e

iba a un patio donde había un pozo, y allí otra puerta que daba a una sala grande donde encima de unas mesas se guardaban las luces de la casa para por la noche: los velones y candelabros y candiles, y también los cirios y las hachas, y el aceite de velar, y las antorchas para dar luz a la calle y a los patios, y las pajuelas para encender y las despabiladeras; y había allí una chimenea encendida con teas para encender las luminarias. Y de esta sala se pasaba a un corredor, y luego la tercera puerta daba a una sala toda vacía y dentro de ella era donde estaba la estancia y mechinal donde me aposentaba. Pero ¿adónde estaría seguro un hombre que escribe la vida de otros hombres y sabe sus misterios? ¿Adónde estará a cubierto de los registradores, y cómo adivinan éstos que alguien es un escritor de cosas, si él sólo las lleva en su ánima y en papeles ocultos?

¡Dios nos libre de estos inquisidores, y nos aparte de ellos como del dragón del infierno! Porque son hombres enseñados desde su juventud en el descubrimiento de los corazones, con clavijas y llaves falsas como los ladrones, y como éstos conocen de antemano las señales de lo que buscan: qué bolsas

llevan oro y plata, qué manos zafiros, qué arca los encierra, cuándo duerme el amo de ellos y quiénes le velan, y cuándo a éstos les llega el sueño o si pueden ser comprados y a qué precio. Porque, como digo, tienen universidad y estudio de estas cosas, y las experimentan; y así llegan a tener noticia de si alguien es escritor privado de las cosas de sus adentros o de memorias de otros, aunque las apunte en sus estancias más ocultas, que es maravilla este descubrimiento, aunque el escritor privado mismo da a veces señales de pistas descuidadas por la necesidad que tiene de andar mirando y preguntando nonadas o cosas que parecen migas de pájaro, que nadie repara en ellas. Y así levanta la liebre de su condición, sin quererlo, con esas interrogaciones de qué le dijo y qué le contestó, o si había pájaros o las hojas de las vides estaban rojas, o cómo eran las botas o babuchas y se oía el agua. O, en fin, si te ven con plumas, preparándolas, o con papeles pequeñitos.

—¡Date! ¡Aquí hay busillis! —dice entonces el inquisidor y el sabueso.

Y así, por alguna confianza mía debieran sospechar mi cartapacio y hallaron mi bujeta en

aquella posada, y me la secuestraron y robaron. ¿Y ahora cómo sé yo lo que había ido escribiendo en los cuadernillos y luego pasado a limpio en pliegos?

De manera que he tenido que volver a espulgar los recuerdos poco a poco, y confirmarlos de nuevo, porque aunque muchos testigos hacían esfuerzos por subir de nuevo al sobrado de su memoria no lo alcanzaban ya, otros sin embargo no sólo volvieron a bajar de aquel desván los recuerdos antiguos, sino también otros que habían olvidado allí arriba. Porque, además, yo nunca les dije que fueran inquisidores los que me habían secuestrado el cartapacio de mis escrituras, sino que había sido asaltado por ladrones que robaron mi dinero e hicieron trizas y quemaron mis anotaciones, porque no tuviesen miedo y el miedo les trabase a un mismo tiempo la memoria y la boca. Y así he podido luego reconstruir lo robado y construirlo con más noticias y más concordada- mente en este segundo cartapacio que daré a la imprenta cuando el tiempo sea propicio, siendo ya escritor público, que me propongo serlo, para vergüenza y confusión de la raza de los destructores del recordatorio de los pobrecillos y carne de pollo, que es raza de

poderosos que siempre temen que se escriban otras historias que las suyas, relucientes e ilustres, que luego publican con encuadernaciones de seda y dedican a los príncipes.

Sólo un pesar me queda de aquel registro y secuestro de mis papeles, porque quien guió a los inquisidores y sabuesos hasta mi bujeta fue un inocente: que los inquisidores, al registrar la posada con luces y en mi ausencia, vieron cómo en mi alcoba y estancia un ratoncillo huía debajo de la cama, y se dijeron:

—¡Date! ¡Aquí hay papeles!

¿Y cómo es, entonces, que un hermanillo nuestro, como un frailecillo de nada entre las bestezuelas y un roedor privado, hizo esta traición? ¿O cómo fue sorprendido, teniendo que estar avisado del peligro?

Pero echada de gato y voz de inquisidor atemorizan nuestros corazones y, al fin, sólo gracias debemos dar al cielo porque el ratoncillo no fue muerto, y este escritor privado pudo escapar de aquella noche toledana con la complicidad del posadero y sus criados, que eran muy cristianos y conocidos míos.

Así que, como fray Juan no se fue a la Cartuja, la monja Teresa anduvo visitando desiertos en su imaginación y preguntando luego a las gentes por dónde los había. Pero cuando la decían que en tal y tal lugar sólo había allí tres o cuatro casas arruinadas, y sólo monte pelado, o nada de nada, ella contestaba:

—¡Qué sé yo!

Porque a lo mejor le parecían esos lugares al frailecillo vergeles y palacios. Y así estuvo cavilando y preguntando, hasta que dio con aquel paraje de Duruelo, lugar sólo de agosteros y con aquella casa tan destartalada. Sólo había mieses y encinas en aquellos alcores y aquella casa que un señor de tierras de por allí tenía para los agosteros cabía en una sábana extendida; de manera que el frailecillo fray Juan la acomodase para convento.

—¿Y no quería Cartuja?

—Pues aquí tenía Cartuja de sobra.

Porque no podía haber celda, ni casa de cartujos

más estrecha que ésta, ni tampoco en Cartuja alguna encontraría soledades como ésta, de este lugar tan solitario que parecía en el que Cristo dio las tres voces, y nadie le oyó.

Y lo que pasó fue que a fray Juan le gustó el sitio y que encontró también la casa muy apropiada en cuanto la enjalbegaron un poco, la barrieron bien, sacaron brillo al suelo de madera del desván y dieron lustre al suelo de barro de la parte baja; que quedó bien bonita la casa con sus ventanas tan pequeñas bajo el alero mismo del tejado. Así que fray Juan se sintió muy a gusto allí en seguida, porque a lo mejor le recordaba su casa de Fontiveros. O seguro que se la recordaba, porque en seguida también mandó recado a su madre, Catalina, y a su hermano Francisco, y a su cuñada Ana, que vinieran a echar una mano en el conventillo para guisar y hacer las azanas de la casa, porque los frailes y él tenían que hacer oración y luego tenían que salir a pedir lo que fuera para comer; y, como aquellas buenas gentes les daban rebojos de pan y alguna recortadura de tocino, o algunas sobras de la comida, o dos o tres huevos o unas patas de pollo, que era lo único que podían darles aunque se lo quitaran de la boca porque eran

muy pobres, hacer con todo eso la cocina en el conventillo era muy difícil. Y entonces, dijo el prior un día:

—Aquí lo que se necesita es una mujer.

Porque lo que hacían ellos, dijo también, era estropear alimentos muy preciosos.

Pero cuando llegaron Catalina y su hijo y su nuera, y ésta y Catalina vieron aquellos arreglos de la casa que habían hecho fray Juan y los otros frailes, lo encontraron todo desastroso y desacondicionado, y a la buena de Dios, como casa de hombres solos o solteros que está desatendida y confusa; que ni cantarera tenían para poner allí unos cántaros en vilo y que el agua rezumase bien, y los barridos y fregados que eran de por encima solamente.

—¡Que es que estos frailes, que es que estos frailes, hay que ver cómo son! —decía Ana a sus hijos pequeños.

—Son viejos y tontos —dijo uno de los niños.

Y a fray Juan le hacía gracia y se reía, pero los otros frailes, arinque eran hombres de mucha oración y recogimiento, se amostazaban un poco, fruncían un poco las cejas y los labios, y el prior dijo:

—¡Niños, niños!

Y así, hasta que entre Catalina y Ana dejaron la casa como los chorros del oro, que resplandecía como un palacio en su pobreza. Y Francisco apilaba la leña cortada, bien igualita, contra la pared, iba por agua, y comenzó a criar una gallina que les habían mandado de Peñaranda.

Y luego fue ya, cuando pasó por allí otra vez la Madre Teresa de Jesús, que siempre andaba viajando de acá para allá para hacer asentamientos; y la gustó mucho la casa y lo bien dispuesta que estaba. Pero los frailes no dijeron a esto ni chus ni mus, como si hubieran sido ellos los arquitectos y los disponedores del ajuar y el orden todo que había allí. Y a Ana la parecía muy mal y decía:

—¿Que es que hay que ver cómo son estos frailes, no? Que ya podían hablar.

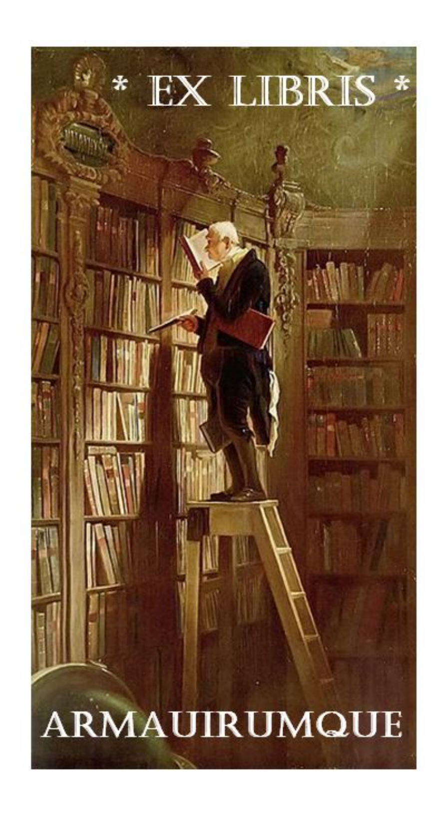
Pero Catalina la hacía consideraciones:

—¿Es que crees que no lo nota?

Porque, además, la señora Catalina sabía que otras mujeres de una aldea de allí cerca se lo habían oído a la monjuela, un día de esos que estaba allí sentada junto a la fuente del camino, descansando un poco, y habían, hablado con ella de lo dispuestas y relimpias que eran ellas: la Ana y la Catalina. Y que la

monjuela había dicho:

—¡Y lo arquitectas!



La letra

La mujeruca dijo que no sabía si fray Juan comía berros, aunque a veces sí se los había visto coger, pero que los comería en el conventillo, si los comía. Y también espárragos, y hacederas, y cogollos.

—¡A ver, si no! —dijo la mujeruca.

Y luego añadió que de lo que sí estaba segura era de que fray Juan, aquí en Duruelo, perdió una vez una letra, y ella se la encontró. Y que la cosa fue muy comentada naturalmente, porque aquí, entre las cinco o seis personas que había en la alquería, y tampoco entre los que venían a segar en el verano, o los que estaban en los otros pueblos de alrededor, nadie había perdido jamás nunca una letra. Y menos mal que ella se la había encontrado, y se la había devuelto en seguida, porque la había visto caer y sabía que era suya. Aunque no sabía qué letra era, ¡eso no!, porque ella no sabía leer; pero que era una letra.

Se sentaba algunos días fray Juan junto a la fuente del camino, o a la sombra de una encina, si hacía

calor; o a la solanilla de un tapial de barro o adobe, que son calentitos, cuando era invierno, y ella le veía que sacaba un papelín del bolsillo, y luego la tinta y la pluma, y que se quedaba así un rato largo con la pluma en la mano, y después de mucho rato se ponía a escribir en el papel, apoyándolo en las rodillas. Pero si sentía por allí algún ruido, en seguida se guardaba todo el recado de escribir en el bolsillo, que ella lo veía bien desde la ventana de su desván; que a lo mejor era que los frailes no le dejaban escribir, o qué sé yo. O estaría escribiendo una carta, o Dios sabe; y entonces, una vez que estaba escribiendo y se estaba dando mucha prisa, cuando acabó, se levantó y se fue. Pero ella vio que se había dejado allí un papel, y fue a ver en seguida porque se lo había visto caer del bolsillo; así que cogió ella el papel y lo abrió, y allí estaba la letra que se le había perdido a fray Juan, así que echó a correr un poco detrás de él y le llamó:

—¡Fray Juan! ¡Fray Juan! ¡Que se le ha caído una letra!

Y cuando le alcanzó, se la dio, y él la cogió, y se la guardó en el pecho, y la dio las gracias y la sonrió.

—Era la letra más importante —dijo.

—Pero, ¿qué letra era?

—No sé —repitió la mujeruca.

Porque no sabía leer, aunque también se puso muy contenta porque la letra que se había encontrado era la más importante; y se lo contó luego a los frailes compañeros de fray Juan que se encontró, y venían en silencio de alguna labor muy puntual que tendrían que hacer, porque uno de los frailes llevaba cinco relojes atados a la cintura. Y, en cuanto la mujeruca se lo contó, dijo el otro fraile al de los relojes.

—¡Date, que éste escribe!

Y que qué letra era, preguntaron también los frailes.

—No sé, no sé leer —dijo la mujeruca.

Y ya se despidió de ellos, pero el fraile que no llevaba los relojes, sino un cayado, dijo otra vez:

—¡Date, que éste escribe!

Entonces, un día que estaban de recreación, el prior dijo a fray Juan, que puesto que era escritor y todos lo sabían en el conventillo, que les leyese lo que había escrito por obediencia. De manera que fray Juan tuvo que ir por sus papeles, y los puso allí en el poyo de una ventana para que los viesen todos, y los

leyesen. Y eran unos papeles que tenían escrita la letra a muchas veces, en renglones seguidos, menos en el último, que el papel se había roto y la última *a* se había caído, de modo que, cuando la mujeruca se la encontró y se la dio, la había tenido que pegar con engrudo.

Y luego, dijo fray Juan con la cabeza baja que estos eran un verso del profeta Isaías, que había dicho: *a, a, a,* y que, pensando en él, no le había salido de suyo más que esas *aes.*

—¡Es muy bonito! —dijo el prior.

Y también lo dijeron los demás frailes, y en adelante, cuando estaban a lo mejor paseando un poco, o en el fregadero, le decían luego a fray Juan que qué tal iban los versos de las *aes,* y que qué pasaba porque se hubiera caído una *a.*

Y fray Juan decía:

—¿Cómo se va a dejar una *a* caída en el suelo?

Y ellos respondían:

—¡Ah! Pues es verdad.

Porque ¿cómo iban a estar entonces completos los versos?

La noria de Mancera

Lo primero fue que el señor Ahmed, al que fray Juan había enviado recado para que viniese a Mancera para hacer un pozo, al verle a éste vestido con el hábito de fraile y con el cerquillo de fraile en el pelo, ya no se atrevió a decirle:

—¿Qué hay, perillán?

Ni tampoco se atrevió a hacerle un repelús en el pelo, aunque seguía siendo pequeñajo y alegre como cuando era un muchacho en Arévalo. Pero, aunque ahora era un alfaquí cristiano, tampoco se atrevió a hacerle una reverencia. Ni falta que hizo porque, cuando se encontraron, fue como si se hubieran visto la víspera de ese día, la última vez.

—El agua, ¿eh? —dijo el señor Ahmed.

—El agua —dijo Juan.

—El agua es así de esquiva y absoluta y, como diga que no sube, no sube. Hay que entenderla —explicó el señor Ahmed.

Porque lo que había ocurrido en aquel conventillo de Mancera en el que ahora estaba fray Juan era que

al principio no había tenido agua, pero luego una noche tuvieron un presentimiento de que en un sitio había agua y, con tocar allí con un bordón, brotó un manantial que no cesaba nunca, ni cuando lo limpiaban; y estaban tan contentos. Y lo que pasó fue que entonces les regaló un noble o hidalgo a los frailes un gran espacio de la tierra donde estaba el manantial, y los frailes se dijeron:

—Pues lo cercamos, y ya tenemos huerta y agua para regarla.

—Lo peor que pudieron decir y hacer —dijo el señor Ahmed.

Y así había sido porque, en cuanto cercaron la huerta, se acabó el agua y, aunque habían ahondado el pozo, no habían podido hallarla.

—¡Natural! —dijo el señor Ahmed.

Y dijo también que le dejaran solo con fray Juan y que le trajeran a éste una botas de pocero como las suyas, y que se fueran. Y entonces comenzó el señor Ahmed a hablar del agua, y a recordar a Juan todas las cosas que le había enseñado de pequeño acerca de ella: sobre las aguas oscuras, las aguas claras, las aguas turbias, las aguas azules, las aguas transparentes, las aguas dulces, las aguas salobres,

las aguas recias, las aguas flojas, frías, tibias, con tempero, amorosas, esquivas, desabridas, puras, mezcladas, huidizas, mansas, alegres, melancólicas, cantarinas, susurradoras, profundas, juguetonas, correnderas, serpeadoras, de hililllo o de chorro, borboteadoras, bravas, absolutas, humildes y mandaderas o mandibles; y que había que tener una conversación y un trato con ellas antes de tomar una determinación.

De manera que hicieron una escala con dos sogas y unos travesaños y bajaron a lo profundo del pozo, al que ya habían puesto la cimbra los frailes con una bóveda muy grande y que estaban muy bien puestos los ladrillos, con su pata de cabra y bien encintados, dijo el señor

Ahmed. Sólo tenía el pozo, arriba, una especie de claraboya, que era el hueco que habían dejado para poner el artilugio de la noria; y así todo el pozo era como una cámara en la que había mucho silencio. De modo que tenían que hablar muy despacito, y oían de vez en cuando un ruidillo en el agua, como si se le saltase un punto a una tela de seda o se desatase un lazo.

—¡Está tranquila! —dijo el señor Ahmed.

Se puso a comprobar luego si los manantiales estaban bien aconsejados de por dónde tenían que brotar y discurrir y, a la luz de una antorcha que encendieron, vieron la poza limpia como un espejo, que parecía que había allí unos ojos enamorados y llenos de compasión, y se quedaron mucho tiempo mirándolos. Luego subieron ya por la escala despacito para no perturbar nada, y el señor Ahmed dijo que estaba todo bien y ya podían poner los arcaduces para sacar el agua, y que nada de tapias y aprisionamientos porque un agua como ésta lo que requería era anchura y libertad, cuando llegase arriba.

Así que le dieron los frailes al señor Ahmed unas sandalias muy buenas por lo buen pocero que era, y luego se puso a hablar con fray Juan de todas las cosas de Arévalo y de los pozos y las higueras y todo lo demás que sabían; y también de la oración que hacían, porque estaban mucho tiempo en silencio.

—¡Y qué sé yo ya, si nos veremos en este mundo! —dijo el señor Ahmed.

—¡Qué sé yo! —dijo Juan.

Y entonces, éste fue andando un trecho grande con el señor Ahmed cuando éste ya se despidió para

volverse a su casa, o qué sé yo adonde iría para ir a revisar otro pozo o hacerlo nuevo.

Las calenturas

Un día, cuando ya estaba en Ávila, tuvo fray Juan unas calenturillas, y un médico, que vivía allí cerca del convento de la Encarnación y tenía su casa en medio de las huertas, se las curó. Y siguieron hablando luego de muchas cosas de medicina y otras, y la conversación vino a caer en que él, el médico, había estudiado un poco de tiempo en Salamanca, y fray Juan le dijo que él también.

—¿Y qué habéis estudiado allí? —le preguntó el médico.

—Artes —contestó Juan.

—¡Menos mal! ¡Porque si no...!

Y entonces el médico le preguntó que si podía hablar sin que oyeran las paredes, porque estaban en un corralillo de la Encarnación, que tenía fray Juan allí delante de su celda, con unos cuantos tiestos a la solanilla protegidos con una esterilla, porque todavía era marzo y corría el cierzo y podía caer la helada todavía. De modo que fray Juan le hizo seña al médico de que entrase en su celdilla y que se sentase

en un trasportín que le servía de cama, y tenía allí puesta una manta de muchos dibujos que parecía mora. Y, en la cabecera del trasportín, en la pared tenía pintada una cruz; y luego había allí un candil: no había más ajuar, ni alhajas en la estancia.

Cerró fray Juan la puerta de ésta, y sólo entraba un poco de luz del atardecer por el ventanillo. Y no se oía nada, sino silencio; pero el médico miraba todavía un poco a los lados, como si le fuesen a oír.

—Es que los han secuestrado a todos en sus personas y papeles —dijo al fin.

Y añadió muy desasosegado:

—Y los tienen en la cárcel de Valladolid.

Hubo otro poco de silencio, y aquel hombre no encontraba postura de estar bien sentado en el trasportín, se acariciaba la barba, o se retorcía las manos una contra otra, y así ya fray Juan se atrevió a preguntarle que quienes eran a los que se había secuestrado, y el médico dijo de corrido que el Maestro León, y el Maestro Martínez y el Maestro Grajal, y que qué sé yo, que toda Salamanca estaba temblando: los que eran sus amigos y habían ido a sus cátedras.

—¿Y por qué los han secuestrado? —preguntó

también fray Juan.

Pero el médico no contestó. Estaba pálido y no podía hablar, porque entonces, de repente, se había percatado de que fray Juan tenía allí en un anaquel pequeño que tenía o saliente del trasportín un libro que era una Biblia en romance; y haciendo un esfuerzo le dijo a fray Juan que por los Cantares y por Job les habían secuestrado.

—Aunque menos mal que no habéis estudiado teología-dijo.

Pero como si fuera ahora él, el que tuviese calenturas, porque temblaba y, cuando fray Juan le puso una mano en el hombro, se tranquilizó un poco y comenzó a confesarse con fray Juan de su ascendencia y abuelos que habían sido de los del Corrillo de Valladolid, y médicos y boticarios, y qué sé yo lo que sería de él, y tendría que quemar su Biblia de Arragel. De manera que a fray Juan le dio mucha pena por tan buen cristiano y médico y caritativo que era, y entonces le prestó un hábito suyo que tenía allí para que fuese a su casa en medio de la noche, y luego a Portugal o a un puerto seguro.

—¡Pobrecillo!

La ballena

Y a poco de esto fue cuando a fray Juan se le tragó la ballena.

Descendió luego ésta a las aguas que están debajo del mar y a las raíces y fundamentos de la tierra que van a dar allí, y no quedó rastro de Juan en el invierno.

Ni rastro de hombre.

Ni rastro de pájaro.

Ni rastro de grillo.

Ni rastro de alondra.

Ni rastro de aciano.

Ni rastro de rosa.

Ni rastro de pie en el sendero.

Ni rastro de gorrión en la escarcha.

Ni rastro de papeles.

Ni rastro de *aes*

Ni rastro de ¡ay!, ni nada.

Ni rastro de nada.

Ni rastro de sombra de nada.

Ni rastro de sonido de nada.

Nada.
Ni rastro de *n*.
Ni rastro de *a.*
Ni rastro de *d.*
Ni rastro de *a*.
Nada.

Ni rastro de nada

Lima sorda

Lo que menos entendían y más les encolerizaba era que, siendo tan poco viento el frailecillo, levantase tal tempestad; y les enfurecía que callase cuando ellos levantaban aquella máquina de amenazas y castigos sobre su cabeza, y que no parecía sentir cuando le perfumaban y espoleaban con halagos. Porque era un frailecillo de nada y les traía a todos desasosegados.

Le ponían allí, en medio del refectorio, arrodillado en el suelo, para que comiese y bebiese el pan y el agua de su penitencia; pero a él debía de parecerle un festín o que le hacían algún honor y, cuando le ordenaban ponerse en pie, estaba allí como presidiendo ante su tribunal de mesas sobre una tarima bajo las que asomaban los zapatos relucientes de sus jueces, de dos en dos, como ratoncillos que no podían estarse quietos, porque mientras comían estaban llenos de reconcomio contra él.

Sonaban los platos, sonaban los cazos, sonaban los vidrios, sonaba el agua, sonaba el vino, sonaban las

cucharas y cuchillos, sonaban las perolas y cazuelas, sonaba su jarrita y su plato de barro, cuando los dejaba sobre el suelo, sonaba un rezo, sonaba una lectura, sonaba la campana. Sonaban las voces de ellos y su ¡guay! de conminación, sus resuellos, sus medias risas, sus iras e insultos; sonaba la sílaba «sí» de sus promesas para si hacía esto o lo otro y era dócil. Pero volvía el silencio. Porque él no decía ni palabra, y entonces, cuando se quedaba sin voces ni ruidos el recinto, se veían sobre los manteles blancos, los platos blancos, las jarritas blancas con su escudo azul, las servilletas blancas, las manos blancas, el agua en unos vidrios, el vino rojo en otros, las paredes blancas, los cuadros oscuros, las baldosas rojas, el techo de azulina, los hábitos marrones, los candiles brillantes, las candelas doradas, una cruz negra, el sol en un rayo, la claridad como una lámpara, su hábito roto, sus manos macilentas, sus ojos bajos. Pero presidía.

Le zarandeaban entonces con preguntas como a un manzano joven, y como si trepasen a sus ramas a arrancarle los frutos. Pero él callaba.

—¡Lima sorda! ¡Lima sorda! —decían ellos.

Y, como si la lima con sus dientecillos les comiera

por dentro, sus rostros se iban encendiendo y demudando: rostros pálidos, rostros congestionados, rostros fofos, rostros angulosos, rostros llenos como lunas llenas, rostros iracundos, rostros dulces, rostros impenetrables, rostros lisos, rostros rugosos, rostros amojamados, rostros viejos, rostros de niño; labios fruncidos, labios salientes, labios tranquilos, labios como puñales, labios tímidos; ojos saltones, ojos sanguinolentos, hundidos, cerrados, compasivos, azules, verdes, negros, garzos, sin color, ciegos. Cabezas seguras, dubitativas, altaneras, humilladas; cerquillos de pelos canos, castaños, rubios, negros, plateados; aires orgullosos, abatidos, soberbios, desconsolados. Y en medio de la asamblea y de la estancia, él callaba.

Olía la sopa, olía la carne asada, olía el pescado arenque, olía la fruta, y la nariz de ellos se contraía; abrían los ojos, los cerraban. Y entonces le arrojaban al suelo una sardina o sólo media.

—Sólo media —sentenciaba el prior.

Y se la salaban antes con teologías y recriminaciones amargas; pero al frailecillo le resultaba un manjar. Y se callaba. Así que le retomaban en seguida a la cárcel, encerrándole con

mucho estrépito de aldabas y cadenas: la aldaba de arriba y la aldaba de abajo, la cadena de arriba y la cadena de abajo. Y el cerrojo, que pasaba chillando por sus arillas como un perrillo herido. Y chillaba la llave en la cerradura como si la diesen dos vueltas de tortura, y luego, ya libre, tintineaba alegre con las otras llaves que el carcelero llevaba atadas en un manojo a la cintura. Y así caían la noche, y el silencio: ni rastro de hombre de día, ni rastro de hombre de noche; sólo aquella puerta de sepulcro bien cerrada.

Dormían allí cerca, y no le oían. Vigilaban con el oído junto a esa losa, y no acertaban a sentirle bullir; y entonces, miraban por la cerradura, y allí estaba, como un gorrioncillo, como un silbo, como nada. Pero presidiendo.

—¿Y si se les muriera? —dijo el carcelero.

Pues, si se les muriese, le respondieron secamente, poco hoyo había que hacer y poca tierra había que echarle encima. Era como nada, salvo que tenía ojos y una dulce sonrisa; y entonces, ellos apagaban el candil para no verle, ni oírle, ni sentirle, ni imaginarle. Pero allí estaba.

—¿Y si se les muriese?

El enamorado

En el mesón estaban dos corchetes con la guardia de ronda de aquel barrio. Sus antorchas y espadas se apoyaban en un rincón de la estancia y, a esta hora de la prima mañana de agosto, con el sol recién salido, bebían aguardiente y comentaban los sucesos de la noche, tan corta, que en este tiempo dijo un corchete:

—Ni los enamorados.

Pero los de la ronda decían que éstos sí se amparaban igualmente en noches cortas como en largas y sólo debían darse más prisa en saltar tapias, abrir puertas, descolgarse de ventanas, embozarse deprisa, tener puntual la cita y no andar con esquiveces la dama. Y que esa noche misma había visto un galán disfrazado de fraile por la calle, que se les había escapado porque era menudito y ligero y se había colado por entre una contienda de rufianes que la ronda había tenido que zanjar. Y que llevaba prisa el amador.

—¡Como que salía de corral de monjas!

—¡Date, date! ¡Amor de monja!

Pero que se apostarían a la noche siguiente, porque si amor de monja había intentado, volvería.

Y se rieron, contando obscenidades; pero dijo entonces el mesonero;

—Si no se mata antes, como Calixto.

Y les señaló allí un hombre silencioso que estaba sentado en una mesa a lo oscuro, junto a la chimenea, como si tuviese frío. Y que había sido farandulero y ahora había venido aquí, a Toledo, a buscar unos amores.

—Señor Calixto —dijo entonces un corchete.

El hombre estaba ensimismado y calló, y el mesonero dijo que no es que se llamase Calixto, sino Juan Norabuena y había hecho el papel y figura de Calixto en los teatros y ahí se había enamorado, andando ahora pobre.

—¡Mala cosa y mal casan pobreza con amores!

El farandulero suspiró profundamente, y ellos volvieron a reírse, y luego callaron. Y fue entonces cuando se dieron cuenta de que iba vestido de pastor y tenía su zurrón sobre el banco en el que estaba sentado. Sacó un librejo de él, y se puso como a leer allí en lo oscuro, y suspirando. Pero ellos vieron que

no podía ser el galán que se les había escapado, porque éste era hombre alto, aunque enjuto, y el galán de monjas un mocico.

Y volvieron a reír, y dijo uno:

—Por la noche no se ve.

Pero entonces se levantó aquel hombre.

—Es que hay noches y noches, ¡vil canalla!

Y echando mano de una espada se enfrentó a ellos, y los hizo huir, mientras quedaba repitiendo:

—¡Noches y noches! ¡Noches y noches! ¡Amor y amores!

Y cuando la ballena le vomitó, el frailecillo sólo dijo que él creía que se muriera, atrapado en aquel corral de monjas, y que se diesen prisa en abrirle en el conventillo de las descalzas de Toledo, porque venían tras él para secuestrarle de nuevo, que se había escapado de la cárcel por un corredor, descolgándose.

No acertaban las descalzas con los cánones, ni con los cerrojos, y él pasó mucho miedo ante la reja del locutorio hasta que se abrió el portillo, y vieron que era fray Juan; pero era puro hueso y andrajos, y venía transido por el hambre. Le dieron de comer unas peras con canela, que aquello era sólo lo que podía aguantar su estómago, y un poco pudo descansar de su tristeza y empavorecimiento en aquella umbría de iglesia, un día de agosto.

Y a la iglesia daba la reja del coro donde estaban las monjas esperando a que le volviesen el resuello y la palabra, y las hablase.

—¡Que pensaba que me muriera, hermanas!

Y nada más. Pero luego, en seguida, lo que hizo fue sacar unos papelillos viejos de dentro de su pecho, y ponerse a leerlos. Aunque no acertaba muy bien porque el papel estaba tazado en algunas partes, y la escritura deslucida. Y su propio miedo estaba con su garra en su garganta, porque sabía que le buscaban y que, aunque la puerta de la iglesia estaba cerrada y en clausura el convento, los poderes de la ballena eran bastantes para abrirlos. Así que tenía mucha prisa en decir lo que había visto y oído en poder de este monstruo el tiempo que le había estado paseando por su vientre, que era un laberinto de muchas y maravillosas cosas y de versos de amor y de una fuente, un jardín, una noche.

—¡Más despacio! —decía la monja secretaria que iba escribiendo los versos.

Porque él los decía muy deprisa, o porque la monja amanuense se quedaba embobada, escuchándole, con la pluma en la mano, suspendida en el aire, y otra monja que la alumbraba con la candela se olvidaba despabilarla; o porque él mismo hacía silencios, y en los silencios se oía el rasgueo de la pluma.

Más, al fin, concluyó el frailecillo de dictar y la

monja secretaria, echando un poco de arenilla roja sobre el pliego, dijo:

—¡Ya está!

Ya estaba escrito: ya no podía pasar nada, aunque vinieran por él. No parecía importarle y, ahora, se estaba registrando despacio los bolsillos del hábito por si se le había descuidado alguna letra, algún verso. Pero todo estaba escrito: todo lo que había visto y oído en el vientre del Leviathán, cuando sus carceleros creían que lo sepultaban con cadenas, llaves y cerrojos; y la monja amanuense, antes de cerrar el cartapacio, puso en la primera hoja como título: «Canciones».

Tal y como él había dicho, y dos o tres veces lo tuvo que decir, porque hablaba muy bajito, de lo débil que estaba. O de la alegría que ellas sentían en los adentros y no las dejaba oír bien lo que él decía, o qué sé yo.

Como cuando su madre Catalina le mullía la almohada, como cuando él mullía la almohada a los enfermos de bubas del hospital, como cuando estaba calenturiento y le movían el cojín de la cátedra al Maestro León en Salamanca sus discípulos, como cuando mullían la montura de los caballos a los señores, como cuando mullían el cojín del trono del obispo, como cuando mullían las almohadas, cojines y alcatifas del estrado de las damas, como se mulle la carroza de un príncipe o se ponen algodones y paja para transportar el vidrio de Cadalso, así subieron a Juan a la carroza: como si fuera un hombre de cristal. Y esas fueron las órdenes: tratarle como si lo fuera, que a lo mejor lo era, y todavía más frágil que le habían vuelto los tratos con los hombres oscuros.

—¿Quién va en la carroza? —preguntaban alguaciles y corchetes.

—Un frailecillo enfermo y de cristal —contestaban los que la conducían.

Y tales eran las órdenes: que la carroza no tenía

que dar un bamboleo, ni tropiezo; ni las muías asombrarse de nada en el camino: de un lagarto, de una rana, de un perro, de otra carroza, de los hombres con quienes se encontraran, por coche de príncipe que fuera. Y allí iba dentro el frailecillo, que no debía ni hablar, de lo débil que estaba: tales eran las órdenes; y cuando quería hablar, cuando quería levantarse, cuando preguntaba, le decían «Su Merced», y así le hacían callar siempre. Y en las posadas, le servían de comer en un aposento, y le parecía que soñaba. Porque calentura llevaba, a lo mejor.

Cuando llegaron a Beas de Segura, le bajaron de la carroza con sumo cuidado, pero casi no se tenía en pie, que se le habían entumecido las piernas, y andaba despacio, delgadillo, y como preguntando:

—¿Y ahora qué hago?

Como si en cárcel estuviera de nuevo, hasta que despertó como del sueño y dijo que no era ángel, ni cristal y no le miraran así:

—Fray Juan soy, y vengo para servirlas.

Le acercaron entonces una silla de enea a la verja, y ya consintió que le pusieran almohada.

Junto a las paredes blancas, había tiestos con

albahaca, geranios o azucenas, y por una puertecilla entreabierta se veía un jardín pequeño con un pozo, y una cruz. Así que se sonrió, porque ya estaba en casa, y volvía a ser de carne y hueso.

Historia de una guinda

La casa del clérigo Correnzuela, que era todo el conventillo que se llamaba El Calvario, era blanca y muy pequeña: casi como la de Duruelo; salvo que aquí estaba como en medio de un jardín y no de una estepa, como aquel, y fray Juan andaba ensimismado por aquel paraíso. De manera que, cuando se quedaba así parado y ausente, decían los otros frailes y los que le conocían:

—¡Dejarle!

Porque sabían que entonces él estaba caminando por los senderos de adentro del alma y pasando los engaños de ésta, que son muchos y bien disimulados; y así tenía que avisar muchas veces:

—¡Ojo con esto, que no es sino viento!

—¡Ojo con lo otro, que es no-nada!

—Engaño.

—Trampa.

—Ilusión.

—Espejuelo.

—Red.

—Apariencia y figuración.

—¿Y entonces? —le preguntaban.

—Entonces, nada; camino derecho —contestaba.

Que ésta era la conversación muchos días, cuando estaban descansando bajo un árbol de las faenas del día; y tenía que ser capataz de ellas porque entendía mucho de garbanzos, cuando los recogían. Y de guindas, cuando era el tiempo; y de rebojillos de pan, cuando se los daban; y de agua, y de sombras, y de estrellas, y de plantas y de hierbas, y de ayunos y de penitencia, y de alegrarse y de padecer, y de leños y de espesor, y de libros y de consolar, y de amanecer y anochecer, y de versos y de pájaros, de regar huerta y de podar, de la sed de oro y del orgullo, de irrisiones y de humillación, de empinamientos y llanezas, de montañas y ejidos; y de iglesias y lugares de orar, de pintar y tallar, dibujar y coser, remendar y zurcir; y de ánimas y cuerpos, de engaño y desengaño, de miedo y de valor, de cárcel y ballenas, de amor y desamor, de decir y callar, de medio decir y balbucir, de cocinar y hacer guiso para enfermo, del sueño y la vigilia, de Imperios y demonios, de amparo y desamparo, ausencia, soledad, abandono, vacío y nada; y así podía hacer todos los oficios en el

conventillo.

—¿Y cuando no había nada que comer en él?

—Pues no se comía nada, ni hacía falta comer.

Y que fray Juan les hacía una plática, ¡y tan contentos!; aunque los estómagos hacían rún-rún, rún-rún, pero se aplacaban en seguida con un mendruguillo. Y una vez le tocaron a fray Juan en su escudilla tres garbanzos y se los comió; pero otro día, estando cogiendo guindas fue un fraile y se comió una, y, como él era quien mandaba entonces y no era hora de yantar, le tuvo que corregir al fraile.

—Que ¡hay que ver, hermano, comerse una guinda!

Y le costaba mucho decírselo, porque los tres garbanzos que él se había comido, aunque fuera a la hora de la comida, protestaban dentro de su estómago; y entonces, fray Juan le llamó al hermano a su celda y le habló mucho de garbanzos y de guindas; y al principio les sabía muy bien la boca, pero luego ya les comenzaban a dar bascas tantas arrobas de garbanzos y tantas arrobas de guindas. Y fray Juan siguió hablando y hablando de guindas y garbanzos hasta que no les supo la boca a nada, ni el pensamiento a nada, ni la imaginación a nada, y los

ojos como si no vieran nada, y el olfato como si no oliera nada, y las manos como si no sintieran nada, y ya no querían nada, ni se acordaban de nada, ni esperaban nada.

—Nada —decía fray Juan.

—Nada —decía el otro frailecillo.

—Nada.

—Nada.

—Nada.

—Nada.

Y nada de nada hasta que se pusieron muy contentos, y luego también hasta que no estaban contentos, ni tristes, ni nada de nada, y tampoco podían decir nada.

—Ni la *n*.

—Ni la a.

—Ni la *d*.

—Ni la *a*.

Así se estaban solamente.

El arriero

Llegó entonces un arriero de Andalucía a Medina del Campo y, en cuanto se aposentó en la posada, preguntó al mesonero:

—¿Y dónde vive la señora Catalina? Que es que

traigo un recado para ella.

Y como el posadero no entendía, aclaró:

—Que tiene un hijo fraile.

—Que es pequeño de su cuerpo y delgaducho.

—Que es muy moreno.

—Que tiene la barba muy cerrada.

—Que está muy morriñoso de esta Castilla.

—Pues no caigo —contestó el posadero rascándose la cabeza.

—Que ella es viuda —continuó diciendo el arriero.

—Que es pobre.

—Que tiene otro hijo que se llama... ¡que ya no me acuerdo cómo se llama!

—Que es también pobre.

Y entonces, dijo el posadero:

—Pues si son pobres, ¡vaya a buscar vuesa merced, buen hombre!

Y al arriero le extrañó mucho que le llamara «vuesa merced» el del mesón, y que también se lo llamaran otros con quienes habló y a los que preguntó, dándoles la misma retahíla de señas:

—Y que es pobre —decía siempre a lo último.

—Pues vaya vuesa merced a buscar, siendo pobre

—le contestaban.

Porque al arriero también se le había olvidado en qué calle vivía la señora Catalina, pero que no se iba a ir como había venido sin darla el recado de su hijo y un envuelto que traía para ella. Así que, cuando iba negociando con lo que había traído de Andalucía y lo que tenía que comprar aquí, preguntaba y nunca dejaba de hacerlo. Hasta que le dijeron un día:

—¿Ve usted esta calle? Pues todo derecho y, al llegar a un convento de monjas, pues un poco más adelante, a la otra parte de la calle, allí es.

Y le dijo también esta persona, que era un hortelano que iba con sus hortalizas en una cesta:

—Pregunte por «la de Yepes».

—Que es pobre —dijo el arriero de todos modos.

Y el hortelano contestó:

—¡A ver! No iba a ser rica la señora Catalina, ¿no?

Entonces tiró por allí el arriero, por donde le había señalado el buen hombre de las hortalizas y, poniendo mucho cuidado, vio una casa pequeña, y pensó que tenía que ser esa, pero todavía preguntó a un muchacho que por allí había:

—¿Vive aquí la señora Catalina, la de Yepes?

—Sí —dijo el muchacho—. Y está en casa.

Así que el arriero se acercó a la puerta, llamó un poco con el llamador y dijo:

—¡Ave María Purísima!

—¡Sin pecado concebida! —contestó una voz desde dentro; y luego se oyó una badila que daba contra el rostral del hogar o que había caído al suelo, y la voz añadió:

—¡Ya voooy!

Tenía un portalillo muy pequeño la casa, y había allí una mesita de pino arrimada a la pared y, sobre ella, un pañizuelo blanco y, sobre el pañizuelo, un membrillo; y había también en otro rincón un cántaro sobre un espartillo. Y no debía de haber más, aunque el portal era oscuro y no se veía bien porque estaba anocheciendo; y entonces, por una puerta vana que iba a los adentros de la casa apareció una mujeruca pequeña con una palmatoria en la mano, que la daba la luz en la cara y se la encendía y ponía roja un poco, y el pelo la plateaba en lo que salía del pañuelo que llevaba a la cabeza.

—¿Qué quiere vuesa merced, buen hombre? —dijo la mujer con una voz muy tímida.

—¿Es vuesa merced la señora Catalina de Yepes?

—Sí, soy la Catalina de Yepes para servir a Dios y

a usted —contestó ella.

—Pues que le traigo un recado de su Juan, el fraile —dijo el arriero.

—¡Ay Dios! ¡Ay Dios! ¿Y qué tal está este hijo?

Y el arriero iba a empezar a contarla las cosas, pero la mujeruca le decía que pasase y no estuviese en la puerta; y así, desde el portal, fueron un trecho pequeño por un pasillo, y ya estaban en la cocina que daba gloria de caliente que estaba, y él se sentó junto a la lumbre, y la mujer le acercó una mesa pequeña que había allí, y le puso un plato con dos o tres rosquillas, y un vaso de agua que escanció de un cántaro que fue a buscar fuera de allí. Pero él no se atrevía a tocar los dulces, ni a beber el agua, antes de darla el recado de fray Juan, que la mandaba a ella un recuerdo.

Y a ella se la saltaron las lágrimas, y dijo:

—¡Ay Dios! ¡Ay Dios! ¡Ay este hijo!

Y luego le fue preguntando al amero que cómo era Andalucía y la condición de las personas, y qué cómo eran las casas y, sobre todo, si allí también hacía estos inviernos rigurosos. Y que cómo se llamaba el pueblo donde estaba su Juan.

—El Calvario le llamamos al paraje —dijo el

arriero.

Así que ella se quedó un rato silenciosa y pensativa, y dijo:

—¡Bendito Dios! ¿Y está contento allí?

—Como unas santas pascuas —contestó el arriero.

Y luego la contó que fray Juan y los otros frailes estaban buenos de salud y de talante, y que a su hijo se le encontraba él a veces cogiendo berros, o espárragos o hacederas, y qué sé yo qué hierbas más; y así se acordó de que, además, tenía un presente para ella que se lo había dado su hijo, y a ella la brillaban los ojos a la luz de la candela, mientras el arriero buscaba en los bolsillos de la chamarreta que había colgado de la silla donde estaba sentado porque en la cocina hacía muy bueno, y cuando lo encontró dijo:

—Esto.

Entonces ella no acertaba a desenvolverlo, porque estaba muy azorada y dijo:

—¡Ay Dios! ¿Qué se le ocurrirá a este hijo?

Pero, al fin, lo desenvolvió, y eran unas hierbas que olían maravillosamente, mejor que el tomillo y el romero, el cantueso y la mejorana, la menta y la canela, o el clavo y todas las especias juntas. Y como

el olor comenzó a esparcirse, se quedaron un momento ensimismados, en silencio; y ella se secó una lágrima con un pañizuelo que se sacó de la manga. Y luego preguntó:

—¿Y no le ha hablado de venir?

No, no le había hablado de eso pero se veía lo que le tiraban su madre y esta tierra.

—¿Y cómo no iba a querer venir, si pudiese?

—¡Y qué sé yo ya, si le veré! —dijo Catalina.

—¡Pues luego! —contestó el arriero.

Y ella que si pasaría frío este hijo, allí en El Calvario; y el arriero dijo que no.

—¡Qué va a pasar frío!

Que se fijase en las hierbas que la había mandado, si con estos fríos de Castilla iban allí a crecer estas hierbas.

—¡Claro! —dijo ella, aspirando aquel aroma.

La tentación

Entonces fue, un día, cuando fray Juan tuvo una tentación que le duró una semana. Porque siempre le tentaban con que fuera a comer con tal señor hidalgo o noble, o fuera a su palacio. O que predicase en los días de campanillas y en las fiestas, o en las cuaresmas, cuando había misereres muy tristes; y él decía:

—No.

Y le andaban tentando con que fuera catedrático como los de Salamanca allí en Baeza, y él decía:

—No.

Pero le doctoraban ellos, los doctores; y le hacían, por obediencia, visitar a las gentes principales para pedir sepulcros y fundaciones en iglesias, aunque él no sabía hacerlo bien y prefería siempre pedir dos monedas de nada o un rebojillo de pan en la calle. O irse a coger las hierbas de los prados y regatos, y siempre estaba muy a gusto con estas criaturas. Sólo que un día, por mandato de santa obediencia, le enviaron a pedir adonde acudía mucha gente a un

mercado que era de una feria de la ciudad de Baeza, y allí acudían caballeros y señores. Y entonces, vio allí en una plaza un hombre con un látigo sobre un tablado que decía:

—¿Alguien da más? ¿Alguien da más por esta moza?

Porque no se había fijado bien, pero allí había una niña morisquilla junto al hombre del látigo, y entonces subió un caballero al tablado y estuvo viendo la boca de la niña, y jugando con su pelo y palpando su fortaleza y se rió. Luego sacó unos dineros de una bolsa, se los dio al hombre del látigo y se llevó a la morisquilla con él, y el hombre del látigo llamó a otro morisco, que era un mozo, y pidió veinte ducados por él.

—¿Hay quién dé más? —volvía a gritar.

Y fue entonces, después de mirar un rato, cuando le vino la tentación a fray Juan, porque apartándose de allí con su compañero, le decía:

—Que qué tal me sostendría en un caballo.

—Que bien —le contestaba el otro fraile.

—Que qué tal podría ponerse él un peto y las otras piezas de armadura.

—Que bien.

—Que qué tal sostendría un yelmo en su cabeza.

—Que bien.

—Que qué tal manejaría una lanza para...

—¡Hermano Juan, hermano Juan! ¿Qué es lo que vais a hacer?

Y entonces, despertó el frailecillo que había soñado esto de fray Juan, porque era el hermano enfermero que le estaba cuidando desde aquel día en que los dos habían visto la subasta, y a fray Juan le habían dado bascas y vueltas de estómago, y melancolía, y calentura; y deliraba. Y decía en el delirio que vendría el Vengador. De manera que, aunque lo había soñado, el hermano enfermero le fue a decir al Prior que, a lo mejor, cuando a fray Juan se le pasase la calentura, se iba a ir del convento para hacerse soldado y vengador. Porque no lo podía resistirlo de la subasta, y no tenía acomodo en la cama, mientras le duraba la fiebre, y cuando deliraba decía que le vendiesen a él, que él valía para servir y ser esclavo, y que a lo mejor se iría del convento a serlo.

Así que tomaron con fray Juan muchas precauciones.

El hombre blanco

Estando por el campo fray Juan, una vez que ya casi estaba anocheciendo, se encontró en un huertecillo a un hombre viejo que estaba abriendo eses, mientras una mocita sacaba agua del pozo con un cigüeñal. Y luego, estaban descansando un rato, cuando llegó fray Juan, y preguntó:

—¿Se puede beber?

Y el viejecillo le dijo que sí, que era buena agua y un pozo muy bueno; y estuvieron hablando un poco de pozos y norias, y también de una tórtola, que se moriría de tristeza, dijo el hombre viejo, porque ni bebía en agua fría, ni se posaba en ramo verde. Y preguntó entonces la mocita:

—¿Y por qué?

—Porque está sola —dijo el viejo.

—Porque se acuerda de su enamorado —dijo fray Juan.

—¡Ah! —dijo la muchacha.

Y el viejo le contó a fray Juan que aquí la mocita, que era su nieta, tenía diecisiete años y se iba a casar,

pero que quería darse a la oración, cuando se casase, y todavía no tenía hecho el contrato con Dios, como él lo había hecho cuando también era un mozo aunque ya tenía mujer y tres hijos, y entonces le tuvo que plantear a Dios las cosas. Porque todos los días le decía Dios que cuándo se iba a dedicar él a la oración, y él contestaba:

—Y esta mujer y estos hijos, ¿qué? ¿Quién los mantiene?

Y Dios tenía que callarse con este inconveniente, hasta que un día hizo los cálculos de los costales de higos que necesitaba su familia para vivir, y le dijo a Dios que si él se comprometía a proporcionárselos, él se dedicaría a la oración. Y Dios dijo en seguida:

—Sí.

Y le cogió la palabra y firmó el trato, como les había cogido la palabra a su padre y a su abuelo y a su bisabuelo, y también a su único hijo, el padre de esta moza, que ahora estaba muerto; porque todos habían sido y eran hombres blancos, aunque ahora no podían vestir de blanco, ni decir lo que eran, porque los desterrarían a Castilla, o los harían esclavos.

Así que fray Juan entonces también tuvo que

contar su vida, y les dijo la buena tierra que era Castilla, y cómo vivía en Arévalo el señor Ahmed, que era pocero y también hombre blanco. Y luego, hablaron de la oración y el silencio, y fray Juan leyó unos versos que llevaba, y así se quedaron quietos.

—¡Qué hermosos! —dijo la muchacha.

Pero entonces comenzó a cantar un grillo, y el viejo y fray Juan, a la vez, se pusieron un dedo en los labios para indicar silencio, porque un grillo salió de su madriguera y, creyéndose solo, comenzó a hacer crí-crí, crí-crí, alabando a Dios y bendiciéndole.

—Pero ¿la tórtola? —preguntó la mocita.

El catarro

Ese año del catarro universal anduvieron sueltos por toda España los vientos de la enfermedad y los caballos del hambre y de la muerte. Tanto el austro como el ábrego, el aquilón o el cierzo llegaban inficionados y corrompían los humores de animales y hombres y, cuando llegaron la carestía y la miseria, quitaron el pan de la boca de los pobres, la leche de los pechos que amamantaban a sus hijos, la fuerza de los brazos que trabajaban, la luz de los ojos, la vida de los rostros; y las gentes se acostaban en un rincón, volvían la cara a la pared, y se morían.

El trigo valía lo que el oro, y el salvado y las hierbas se lo disputaban los hombres a los animales. Los palacios tenían llenas sus despensas para sostener el cerco del hambre, el tiempo que durase; y las calles de sus alrededores estaban llenas de hombres de armas para guardar y defender aquel depósito. Las campanas sonaron, al principio para la oración del pueblo en las iglesias; pero, luego, en seguida, por los muertos y, un poco más adelante ya

no había quien las tocara. La ciudad estaba desierta, y sólo se oía de vez en cuando una esquililla que precedía al carro de los muertos, o pasaba alguna procesión de encapuchados, clamando piedad a una imagen que llevaban despaciosamente en unas andas. Y en el conventillo, también habían muerto tres frailes, y todos habían padecido flojera y acedía como reliquias del catarro. Menos fray Juan, que era tan poquita cosa y ni los catarros tendrían de donde asirle, de manera que se tuvo que hacer administrador y enfermero, y no sólo del conventillo, sino de otras muchas casas en las que los enfermos no tenían quien les acercarse un caldo o les diera un jarabe, ni un ánimo. Y así también tuvo que hacerse cocinero e inventor de masajes y emplastos.

Una vez hizo unas patatas muy buenas, con las mondas de éstas, que le habían dado en una casa grande, y unas hierbas y recortaduras; y tuvo que alargar mucho el caldo porque el olorcillo del guiso comenzó a extenderse por el barrio, y las gentes comenzaron a juntarse ante la puerta del convento, gritando:

—¡Estos comen manjares! ¡Matémoslos!

Y ya iban a asaltar el edificio cuando aparecieron

allí a la puerta grandísimas calderas de aquella menestra, y hubo para todos tanto ese día como los siguientes, mientras duró el aprieto. Y otro día fue un noble o una dama los que, noticiosos del hecho, pidieron que fray Juan hiciera su cocina para ellos, y se lo ordenaron a éste por obediencia, de manera que fue a aquel palacio o mansión. Pero entonces, se encontró con una estancia muy grande abastecida de toda clase de alimentos y aliños, y no sabía qué hacer con tanta diversidad de carnes y pescados, frutas y verduras, sales y especias, quesos y ensaladas, que le mareaba sólo ver tanta riqueza y barahúnda de cosas; y, aunque él se puso con todo afán y ahínco a hacer plato sabroso, como tenía tanto acopio y disposición de todo, no le resultaba ninguna ejecución. Pero, como ya llegaba la hora de la comida, se determinó, por fin, a decir que quitasen de allí toda aquella batería de manjares.

—Ni eso.

—Ni eso.

—Ni eso.

—Ni esto.

—Ni esto.

—Ni esto.

Y cuando ya no le quedaba casi nada para hacer el plato sino unas pocas patatas y unas coles y unas hierbas, hizo aquel servicio que tanto le alabaron los señores, y se dieron a las pobres gentes todos los otros alimentos; aunque todos querían igualmente la receta, y se la pedían. Y era nada, que no había receta.

—Sino amor de guisar —dijo fray Juan.

Y luego ya, cuando aquellos días de rigor y desdicha estaban pasando, y la vida volvía a aparecer, fue cuando llegó aquel correo de Castilla que traía una esquela para él.

—Madre ha muerto y la hemos enterrado. ¡Dios la tenga en su gloria!

Que alguien le había escrito a Francisco la esquela, y él la daba vueltas y vueltas, y vueltas y vueltas en su mano, mientras echaba a andar por Fontiveros de la mano de su madre Catalina, que llevaba a la cadera una canasta de ropa blanca de señores recién lavada, añilada y seca para ir a darla hierro y entregarla. Y Catalina, su madre, le decía:

—¡Mira qué blancor!

Así que, de repente, se percató de que Catalina había muerto de verdad, porque él la miró a los ojos

cuando ella le señalaba el blancor de la ropa, y no se los hallaba.

Y ella decía:

—¡Hijo, hijo!

Y entonces, poniéndose a un rincón de su celda, lloró.

El genealogista

Me acuerdo yo bien, luego, de más tarde: de estos otros años cuando yo andaba en pesquisas y apuntamientos de la niñez y mocedad de Juan, después que me habían secuestrado mis papeles primeros, de lo que pasó con el genealogista.

El genealogista había vivido casi tres meses a cuerpo de rey en casa de los señores y en el convento de Segovia, porque un genealogista tiene que trabajar muy duro. Tiene que revolver papeles y libros en anaqueles y bujetas, en desvanes y trasteros, en iglesias y concejos; pedir informaciones secretas y públicas, pagar correos, verederos, propios, escribanos, recibir en su casa de tapado, y acudir embozado a la ajena, leer las letras antiguas de las tumbas y los jeroglíficos de los escudos. Y servir a muchos señores diferentes.

Algunos de éstos le encargan que les compre apellidos nuevos, otros que les inscriba en el árbol de ilustres apellidos, otros que les oculte los suyos, haga desaparecer legajos, haga olvidar historias,

descuelgue sambenitos de las iglesias y conventos, y haga señoras de lavanderas y lavanderas de señoras o traiga ascendencia rústica a pobres judigüelos aterrorizados. Y esto es trabajo arduo que necesita tiempo y sustentación y, como el genealogista es fuente de honras porque en una escritura de su mano o en una palabra de su boca consisten esas honras, él es más que nadie honrado y se le recibe y atiende siempre con expresiones y complacencias: buena carrera es para licenciados o bachilleres en leyes y Decretales, que a sus pies tendrá siempre a condestables y arzobispos. Así que, cuando el genealogista fue llamado a alambicar y pulir el nombre y la honra de fray Juan de Yepes, todos fueron parabienes y regalos de conventos de frailes, dulces de monjas, honras de concejos, dineros y presentes de señores; y cuando acabó de trazar aquella ilustre ascendencia del frailecillo, no hubo con dos carros llenos de maletas y envueltos para acomodar allí obsequios y dineros cumplidos, y una muía nueva para él, y otra para el secretario. Y ceremonia de despedida en la Fuencisla: el obispo, el corregidor, los nobles, los hidalgos, las damas, la gente de armas, los alguaciles, el gentío. Las muías

estaban enjaezadas con riqueza en los arreos y la montura, y le ofrecían una silla de manos con portadores por si su merced, el licenciado Amescua, quería hacer en ella parte del camino hasta Andalucía, adonde ahora se dirigía, descansando.

Pero era buen jinete y cabalgador y, como fuese muía pacífica de clérigo la que montaba, prefería cabalgar que ir tendido como un moro, dijo a su secretario.

—¿No os habéis olvidado la bujeta de cuero rojo en la posada? —preguntó a éste.

—No.

—Porque en ella está el árbol verdadero, que consignado lo tengo.

Y entonces, le instruyó al secretario de que los padres de Gonzalo de Yepes, el marido de la Catalina Álvarez...

—¡Hum!

—¡Date! ¡Date! —contestó el secretario.

Y que otros Yepes, que ¡hum!, que peor:

—No ya reconciliados, relapsos.

—¡Dios nos acoja! —dijo el secretario.

—¡Y nos asista en un trance así! —añadió el genealogista.

Pero que él había revuelto todo y echado nube y tinta como el calamar, y ningún inquisidor podría meter ahí sus antiparras jamás de los jamases. Y se rieron.

Iban de venta en venta ya muchos días, adelantándose siempre a los carros para hallar hospedaje seguro, y allí en aquella venta de Toledo descansaron con mayor esparcimiento, por ser más o menos la mitad del camino.

—Catalina, hija, pon servicio de mesa al señor licenciado —oyó él que decía la posadera.

Y entonces, apareció allí una muchachita muy delgada y el pelo muy negro, los ojos muy negros, y el rostro muy moreno pero cuyas mejillas se encendieron como brasas, cuando el genealogista la habló:

—¿De dónde sois, señora?

La muchachita tardó en contestar a la pregunta porque había quedado azorada al oír que la llamaban «señora», y el genealogista tuvo que repetirla. Y la muchacha, toda avergonzada dijo:

—No soy tanto como eso, sino una pobre criadita.

Y luego añadió:

—Una morisquilla de una aldea de aquí cerca.

Las lágrimas la asomaron a los ojos, y apenas acertaba a poner allí sobre la mesa el mantel de lino, tan blanco, y una hogaza de pan. Y cuando la muchacha se fue por el resto del servicio, dijo el genealogista al secretario:

—Señoras principales conozco yo, que merecen serlo menos que ésta.

Y mientras la muchacha afanaba allí con platos y vasos en un aparador, el genealogista la miraba a hurtadillas y decía:

—¡Catalina, Catalina!

—No; la posadera ha dicho: Constancica —le corrigió el secretario.

—¡Constancica, hija! —repetía entonces la posadera.

Y el genealogista dijo:

—¡Ah!

Pero, cuando la muchacha volvió con el servicio, preguntó el genealogista.

—¿Y cuántos años tenéis, Catalina, hija?

—Dieciséis —contestó ella, bajando la cabeza.

—Se llama Constancia —volvió a corregir el secretario.

Y entonces, ella dijo muy bajito:

—Pero mi madre, que gloria haya, Catalina me puso en el bautismo.

Y se le nublaron ahora un poco los ojos al genealogista, mientras decía:

—¡Date, date con Toledo!

Porque se acordaba de su madre Catalina, criadita de mesón y morisca. Aunque de esto ni el secretario sabía nada, sino que el genealogista era un Amescua de Velasco Maldonado y Guevara.

Me acuerdo yo bien de la escena, porque era en aquel entonces, cuando yo me veía muy a diario en aquella venta con un mi amigo pobre y melancólico, que había estado en cárcel y aquí curaba, con los recuerdos y la vista del verdor del río, sus desesperanzas y melancolías.

Los hombres negros

Estaban en una gran estancia sentados a una gran mesa de roble, en sillones fraileros, bajo una gran lámpara de plata. Sobre la mesa había algunos velones, libros grandes de cánones y teologías encuadernados en pergamino, en vitela, en terciopelo, en seda. Vestían ropas negras, con golas y puños blanquísimos; sus barbas eran canosas, los cabellos plateados, los rostros descoloridos, las manos pálidas, con dedos muy finos; ojos mortecinos casi todos, vivarachos algunos; bocas silenciosas.

Las paredes de la estancia estaban adornadas con tapices, y en el testero había una cruz verde. Hablaban en voz baja y, a poco, llegaron dos frailes de hábito blanco y negra cogulla, y tomaron asiento a uno y otro lado del sillón presidencial, después de haber depositado sobre la mesa sus gordos cartapacios. Bromearon un poco con los presentes y, cuando comenzó a sonar un reloj que daba las tres de la tarde, se abrió la doble puerta de entrada a la estancia, de par en par, y entró Su Eminencia, con su

traje rojo, solo, alto, seco, con la cabeza descubierta y un bastón de empuñadura de plata en las manos; cojeaba levemente, pero andaba erguido y rápido. Todos se levantaron, apenas traspasó los umbrales de la puerta y hasta que llegó al sillón presidencial, y entonces, les pidió con una sonrisa que se sentasen.

Tenía un rostro anguloso, pero delicado; el pelo castaño, los ojos garzos, los labios finísimos, exangües. Pidió a uno de los frailes unos pliegos, y comenzó a leer despacio:

—Vuestras Mercedes saben... —dijo.

Y comenzó a desgranar el rosario de las herejías y protervias de los tiempos antiguos, que perduraban todavía, y las de la presente edad, seguidas por multitudes si no se pusiera coto y remedio: la de los que se llamaban iluminados o alumbrados especialmente, los que cerraban los ojos al alzar la hostia el celebrante, los que tenían oración que llamaban interior y de los adentros, los que leían libros entredichos, los que no se sujetan a los doctores, los que se juntan a leer a San Pablo, los sectarios luteranos, los ilusos y engañados por el diablo, los que andaban revolviendo al pueblo con sus doctrinas, los que decían cosas de amores.

Entonces hizo una pausa y prosiguió, luego, refiriéndose a procederes innombrables de apetitos y ayuntamientos carnales. Y los que le oían bajaron la cabeza, ponían sus manos entrelazadas sobre la mesa, se removían en sus asientos, y él, el Inquisidor, hizo otro silencio, y luego dijo:

—Vuestras Mercedes harán que se cumpla.

Dejó el pliego que tenía entre las manos, tomó otro, y comenzó ahora a leer una lista de nombres, con su condición, su delito, y la sentencia que les había correspondido: azotes, cárcel, destierro, vela de cera negra, reconciliación, de levi, de gravi, de vehementi, relapso, hoguera, en efigie. Y cuando acabó, pidió a aquella asamblea que jurase; y uno por uno, aquellos nobles e hidalgos juraron por su honor y sobre el libro. Luego fueron saliendo despaciosamente con las piernas entumecidas por la inmovilidad y el frío, con una mano sobre el pecho, con la cabeza humillada, en silencio; y algunos fueron a ofrecerse a Su Eminencia: los de más alto título entre ellos.

Pasaron por otras muchas estancias, subieron escaleras, atravesaron patios, volvieron a atravesar estancias y a discurrir por pasillos, y al final se

paraban ante la puerta del palacio. Un criado se ponía a la vera de cada uno, un paso detrás, mientras bajaban las escaleras del pórtico, un coche o carroza se acercaba, otro criado les abría la puerta, y subían. Pero no sin antes inclinarse los unos ante los otros con el sombrero quitado; y el último en salir fue Su Eminencia, solo, seguido a bastante distancia por los dos frailes; montó en una berlina pintada de color verde y tirada por dos caballos negros, y desapareció.

Uno tras otro desaparecieron aquellos carruajes, mientras alguaciles y corchetes mantenían al pueblo junto a los edificios de la plaza; y fray Juan y su compañero, que andaban pidiendo por Dios su sustento, creyeron que aquel desfile y ceremonia era un entierro de persona principal y se quitaron el sombrero: ¡tanta tristeza llevaban en sus ademanes aquellos caballeros!

—¡Pobrecillos! —dijo fray Juan.

Pero el otro fraile, poniéndose un dedo en los labios, le pidió que callase; mientras las gentes iban desapareciendo poco a poco, antes de que acabasen de desfilar las carrozas, así que casi quedaban ellos solos, y entonces, silenciosos, temblando, se

acurrucaron allí en un rincón, mientras pasaba aquel ejército negro.

El visitador

Más tarde, le hicieron autoridad en su Orden a fray Juan, y andaba de visita por allí por los conventos, y tenía que ir entonces en muía como los clérigos y los doctores, y acompañado de ayudantes y secretarios porque tenía que inquirir y dictar, y anotar inquisiciones y determinaciones, y darse a respetar como eminencia que era, constituido así para pedir cuentas: si cumplían la regla, si tenían posibles, si no los tenían, se tenían ajuar y orden y concierto suficiente en los conventillos, si tenían un huerto, si tenían agua, si tenían coles, si tenían hábitos, si tenían sastres, si tenían cristal o pañizuelo en las ventanas, si tenían limpieza, si tenían fríos o pasaban calores, si teman cantarera, platos, toallas, pañizuelos de mesa, vasos transparentes, preocupación, melancolía, desasimiento, silencio, libros, negociaciones, abandono, paz, umbría, sol, pájaros, brocal; si andaban buscadores o perdidizos, desasosegados, lentos, precipitados, enfermos, sanos, imaginativos, pacíficos; si había montaña, río,

manantial, espliego, mejorana, cantueso, yerbabuena, adobes, piedras, ladrillos, vidrio, noche, amor, contemplación, fuego, sillas, mesas, escritorios, papeles, arenilla, cacerolas, leña, vasarcillos, candiles, candelas, plumas, senderos, vigas, graneros, albahaca, geranio, almirez, misericordia, vendas, sal, almohadas, compasión, sueño, vigilia, canciones, tamboril, estampas, campanita, adoración, espinas, cruz.

Porque él tenía que levantar el inventario, escribir, hablar, asentir, negar, animar, reformar, corregir, poner cautelas, dictar, hacer oración, guardar silencio, preguntar, callar, responder, sonreír, apaciguar, sacar agua, encender lumbre, despabilar candelas, consolar, dormir. Y luego en los caminos, saludar, hacer un alto, huir posada, buscar sombra, guarecerse, aligerar, ir al paso, compadecer a la muía, regalarla, conversar, callarse, ver las encinas y la jara, las rocas y los sotos, los granados, los robles, los manzanos, los almendros, los membrillos, el regato, la nieve, las violetas, las rosas, los lirios, azucenas y amapolas, asnos, carros, corderos, cabras, muías, zagales y las muchachas con un cántaro en la fuente. Y también tenía que no ver lo que veía, y

andar por sus caminos del ánima, lejano como si no hubiera mundo. Pero la muía, en que iban fray Juan, el visitador, y su compañero, se paró en seco entonces, como si hubiera visto a un ángel, como la asnilla de Balaam.

Allí, delante de ellos, con las bridas de la caballería en la mano, estaba el hombre encapuchado con un arma de fuego en la mano con que les apuntó.

—¡Los dineros! —dijo.

Pero ellos no llevaban dinero, sólo una bolsa con papeles, y otro envuelto en las alforjas con unos rebojillos de pan y unas nueces.

Rebuscó el embozado en los papeles y eran cosas de frailes, pero, de repente, dio con unos versos y soltó una carcajada:

—¡Con que poetas!, ¿eh? —dijo.

Y se guardó los versos en sus bolsillos; luego apartó la muía y les hizo quitarse los hábitos y entregárselos. Así que fray Juan y su compañero tuvieron que andar toda la noche con los juboncillos que tenían bajo los hábitos, muy ligeros para el relente que hacía, hasta que poco después del amanecer llegaron al conventillo adonde iban, que el hermano portero no quería abrirles y les dijo que les

socorrería con un caldo caliente, que era lo único que tenían en el convento, pero que se fueran porque los andaban buscando y los alguaciles ya habían puesto el día anterior el convento patas arriba buscándolos. Y no valía que el otro fraile que iba con fray Juan dijera que abriese, que eran el Padre Visitador y él, su secretario, que venían de este modo porque unos ladrones les habían desvalijado por el camino. Pero lo tuvo que repetir muchas veces hasta que el portero reconoció en la voz a fray Juan, cuando éste comenzó a contar que la muía se había parado en seco en un desfiladero y la mano de Dios les había desposeído de todo.

—¡Alabado sea Dios! —dijo el portero.

Y les abrió por fin; y luego llegaron los frailes y se deshacían en excusas, poniéndose de rodillas ante el Visitador, que lo que más tenía era posesión de frío; pero estaba muy contento del orden que había en la casa y de lo bien que el hermano portero acogió a su prójimo, porque les había confundido con herejes huidos y les había tratado con dulzura. De manera que ya estaba hecha la visita, ¿no?

Pero le tenían que hacer un hábito pequeño al Padre Visitador, porque el que le dejaron le sobraba por todas partes, y tuvieron que llamar a un sastre del pueblo donde estaba el convento, que era un aprendiz de sastre un poco nuevo y no le salían los trajes, ni los hábitos sino después de muchas pruebas.

—No vale —decía el sastrecillo.

—Pues acorte, hermano —decía fray Juan.

—No vale —decía al otro día el aprendiz.

—Pues acorte.

Que había que ver lo que daba de sí el paño con este fraile, decía también el sastre, y así muchos días. De manera que el Visitador tuvo que quedarse allí en aquel convento hasta que se terminó el hábito, y los frailes le preguntaban y le pedían que les explicase cómo había sido lo del expolio y el desvalijamiento que les habían hecho los ladrones, y dónde y de qué manera.

—Era un hombre mozo envuelto en un capote

verde —dijo el otro fraile.

Y añadió:

—Y con antifaz.

—Y no había nada —dijo Juan.

¿Ni encinas, ni robles, ni jara, ni piedras? —preguntaban los frailes.

—Nada.

—¿Y más adelante?

—Nada.

Pero cuando ya subían por el monte arriba —dijo también el fraile compañero de fray Juan— parecía que había allí al otro lado rosas y pájaros, sotos y azucenas; pero fray Juan dijo:

—Nada.

Hasta que habían llegado arriba.

—¿Y arriba?

—Arriba, en el monte, nada.

Y el otro frailecillo callaba, aunque de vez en cuando decía que sí que había, que se acordase; pero entonces fray Juan tomó un pliego para hacer un plano del lugar del desvalijamiento, y pintó un sendero estrecho que iba subiendo, subiendo y, en vez de árboles y jara o retamas, amapolas, violetas, rosas o azucenas pintadas, ponía allí fray Juan:

—Nada, nada, nada, nada, nada, nada.

A un lado y a otro del sendero, iba poniendo las «nadas» como si fueran la vegetación. Y luego ya, pintó el monte y puso allí:

—Y en el Monte, nada.

—Pues, ¡ya es raro! —dijeron los frailes, y se preguntaban extrañados por dónde habrían andado el Visitador y su secretario, por dónde se habrían perdido y quién les habría desvalijado. Pero que ni por conocimiento del terreno, ni por las señales, ni por ciencia, ni por nada se podía saber en qué tierra o ínsula habían estado.

—Pues, ¡ya es raro! —dijeron.

—Pues es así, y ese es el camino —contestó fray Juan. —Pues, ¡ya es raro!

Pero que había que dejarle a fray Juan, que había que dejarle, que algo sería, cuando él lo decía.

La Alhambra

Se levantaba antes que el sol y, cuando éste comenzaba a poner de color rojo las cosas del mundo, ya le encontraba azacaneando en la huerta. La sombra era todavía húmeda, y el agua estaba fría en la alberca. Olía a arrayanes y a tierra mojada y, como se empecinaba tanto con la tierra y el riego, le decían a fray Juan si es que iba a hacer aquí otra Alhambra. Y él contestaba:

—Sólo son unos judigüelos.

Estaba el conventillo vecino al palacio moro, y él le había visto algunas veces y, cuando le preguntaban por lo que le parecía, contestaba:

—¡Está bien!

—¿Y aquella fuente de leones, aquellos mármoles, aquellos azulejos, estucos, columnas, arcos, estancias y miradores apacibles?

—¿Cuáles? —preguntaba fray Juan.

—¡Aquéllos! Los de la Alhambra.

—¡Bien! —contestaba.

Pero seguía abriendo sus eses, y se quedaba

ensimismado con el agua según entraba tan decidida en ellas a consolar la tierra, y según era recibida, con tanta ansia. Tomaba en sus manos un terroncillo todavía sediento, y lo desmenuzaba. No podía ser menos que fuera hijo de labrador este fray Juan, según la tierra le tiraba. Pero él decía:

—No soy tanto como eso, sólo hijo de un pobre tejedor.

—¿Y es que no le gusta la fuente de los leones de la Alhambra? —le seguían preguntando.

Y volvía a decir:

—¡Bien!

Hasta que un día añadió, mientras miraba allí en la huerta a un regatillo:

—Mas yo sé bien de otra fuente que mana y corre.

—¿Dónde?

Pero él callaba siempre su secreto, y entonces se ponía a escribir, como nunca había escrito en su vida tanto tiempo, acarreando libros a su celda desde la librería del conventillo, y andando silencioso. Y vuelta a escribir, tachando y enmendando, y rompiendo.

Luego, venía un amanuense de doña Ana de Peñolosa y Mercado, que era una dama de mundo

pero bien desengañada de éste, y fray Juan le dictaba; pero no de agua y manantiales, sino de llama y fuego, y heridas de alma enamorada, que no entendía bien el propio amanuense muchas veces, y fray Juan tenía que revisar los pliegos. Y también el amanuense le preguntaba que qué le parecía la fuente de los leones de la Alhambra, o dónde estaba la otra maravillosa fuente que él sabía:

—¿Dónde?

—¿Y qué figura tiene?

—Nada —contestaba fray Juan.

—¿Nada?

—Nada: sólo mana y corre.

Así que todos decían, enseguida:

—¡Dejarle! ¡Si él lo dice!

El bautizo

Por la primavera de otro año, que ya estaban bien crecidos los sembrados, aunque como temerosos todavía de algún cierzo, escarcha o hielo tardíos, hubo un bautizo en Fontiveros de una niña que iba a llamarse María y era hija de nuestros hermanos de Granada, que habían desterrado de allí y los habían traído aquí, a Castilla, y muchos de ellos a este pueblo, y también a Arévalo, que bien contento que se hubiera puesto el señor Ahmed si viviera.

Y vino entonces al bautizo de Fontiveros, un morisquillo de Baeza, que hacía ahora venta de aceite y velas, y canela y azafrán de pobre, y hablando, hablando en el convite del bautizo para que diera noticia de aquellos lugares de Andalucía adonde él podía ir, e iba y venía porque era ya- cristiano muchos años y también su padre lo había sido, cayó la conversación sobre Baeza, que muchos de los moriscos de Fontiveros eran de allí, dijo el vendedor de velas que lo que había sido era que hasta hacía poco había habido allí en Baeza un fraile de aquí, de

Fontiveros, que ahora estaba en Granada según decían, y que él había tenido un punto de amistad con él,

—¿Y quién será? ¿De qué familia será? —se preguntaban los otros moriscos.

Porque éstos no eran de Fontiveros, pero ya se conocían a todo el pueblo, según los años que llevaban, pero no caían en quién podía ser, ni tampoco otras gentes, cristianos viejos a los que preguntaron.

—¿Yepes, Yepes, Yepes? —decían.

Y se quedaban así un rato, buscando en su memoria, pero no daban con nada.

—¡Pues no caigo en quién pueda ser! —decían.

—Sí, que su madre se llamaba Catalina.

—¡Pues no sé, así de pronto...! —decían otros.

Hasta que preguntaron a un maestro de chicos, ya muy viejo y que se acordaba muy bien de las cosas de muchos años atrás, y dijo:

—Así que es fraile ¿eh? ¡Quién lo iba a decir!

—Pues escribe libros y poesías —dijo el vendedor.

Que se lo había oído decir a unas monjas, cuando había ido por allí, y un día se le había encontrado en el locutorio de ellas, leyendo y apuntando.

—¡Así que hace libros y poesías! ¡No tiene mal alma! —decía el maestro.

Y luego, el vendedor dijo que era pequeño de su cuerpo.

—¡Pues ése es! Parece que le estoy viendo.

—¿Y la señora Catalina, su madre?

—Eso no sé, yo no la he conocido.

—¡Qué sé yo si vivirá ya!

Porque había pasado mucho tiempo, y en Fontiveros ya no quedaban los que los habían tratado sino él.

—Y aquí tiene enterrados a su padre y a un hermano pequeño. Hace ya muchos años —dijo.

Y luego, todavía como si dudase un poco:

—¿Es muy moreno como si fuese moro, si no le molesta la pregunta? —le dijo al morisquillo.

—¡Sí, sí! —contestó éste.

—¡Pues el mismo! ¡No tiene mal alma! ¡Escribiendo ahora poesías y libros!

Luego hizo un silencio y, al final, le dijo al vendedor que no se olvidase llevarle recuerdos, si le veía otra vez, del maestro de niños, Pero Sánchez.

—Sí señor.

—¡A lo mejor se acuerda! ¡Qué sé yo!

Y se fue un poco triste el maestro viejo por si él ya no se acordaba, que no se acordaría. ¿Cómo se iba a acordar después de tanto tiempo?

El Acueducto

Como era muy pobre por dentro y por fuera, tardó muy poco en hacerse el ajuar o equipaje para irse a Castilla, pero le hacían merced y le daban la vida con enviarle a la tierra llana de su infancia. Y prefirió ir en muía lentamente, desechando un ofrecimiento de carroza, de modo que cuando llevaban algunos días de viaje los otros frailes acompañantes estaban ya muy cansados de un camino tan lento, y fray Juan les animaba diciendo:

—Para venir a lo que no eres, has de ir por donde no eres.

Así que decían ellos por señas o a medias palabras:

—¡Dejarle! ¡Dejarle!

Pero que así no llegarían nunca; y como ninguno de los compañeros de fray Juan había estado en Castilla, preguntaban de vez en cuando, en cuanto veían que ya no había olivos:

—¿Y ésta ya es Castilla?

—No —decía él.

—¿Y ésta ya es Segovia?

—No.

Hasta que, por fin un día, ya se veía a lo lejos Segovia y fray Juan se alegró mucho. Pero hacía mucho frío en esta tierra, neviscaba, y luego una neblina no dejaba ver nada a dos pasos.

—¿Es ésta Castilla?

—Sí —dijo fray Juan.

E iban avanzando despacio, que desde que se vio la catedral o el Alcázar antes de caer la niebla parecía que no iban a llegar nunca, o que se habían perdido; pero poco a poco entró ya de lleno la mañana, y relumbró el sol, y allí estaba el puente del Acueducto, como maravillosas ventanas sin cristales, y ojos para cien ríos,

—¡Qué bonito! —dijeron los frailes.

Y querían apearse de las muías para contemplarlo mejor.

—¡A ver! ¡A ver! ¡A ver! —decían maravillados.

Y fray Juan lo comprendía, que estuvieran ya tan contentos con el final de viaje y con el Acueducto sobre todo, pero dijo:

—Hermanos, nosotros no andamos por ver, sino por no ver.

Así que se fueron a buscar el conventillo en la Fuencisla, que estaba entre árboles y junto al río, y le preguntaban todavía los frailes ateridos de frío:

—¿Es ésta Castilla?

—Sí —dijo él.

Como si le hubieran quitado años de encima, y llevaba el capote de viaje del brazo, mientras los demás iban casi embozados, los andaluces. Y no se dieron cuenta de que pasaban debajo del Alcázar, o a lo mejor no se atrevieron a preguntar a fray Juan que qué era, porque ellos no andaban por ver, sino por no ver. Así que disimularon.

El sombrero

—Pues, ¿quién se creía que era? —decían un oidor, un alcalde, un corregidor, un canónigo, un hidalgo, un noble; gente de sombrero y bonete toda ella que estaba quejosa de que fray Juan no se descubría al saludo, ni tampoco en su presencia.

—Pues, ¿quién se creía que era sino un frailecillo de nada? —repetían.

Y se lo comunicaban a los provinciales y a los priores, y a los definidores, y al italiano, Micer Nicolás Doria.

—Que corrigiese a este frailecillo —decían.

Subían desde la Fuencisla murmurando, cabeceando, echando fuego por los ojos, hablando de sacar la espada para hacer escarmiento si no hubiese excomunión por ser fraile. No lo podían sufrir.

—¡Vaya Vuestra Paternidad con Dios! —le saludaban; y él contestaba:

—¡Sea Dios con Vuestras Mercedes!

Y hacía un saludo, pero nunca humillaba la cabeza, ni se quitaba el sombrero.

—Es de gente vil —argumentó un día un noble bajo los soportales de la plaza.

Y otros añadieron:

—De gente del común.

—De casta baja.

—Y algunos dicen que dicen si no vendrá de judíos o sarracenos.

—Eso dicen.

—Dicen.

—O dicen que dicen.

—Y cuando dicen, dicen.

—Y dicen que hace versos —apuntó un canónigo.

Así que respiraron, porque honor de poeta y amor de monja aire son y se van como se vienen. Pero ¿por qué no se quitaba el sombrero?

—Ni se lo quitaría ante el Rey —les había dicho otro fraile, cuando le preguntaron.

Quedaron horrorizados y alzaron sus sombreros, cuando el fraile dijo:

—El Rey.

—¡El Rey Nuestro señor!

—¡El Rey!

Y cuando le cercaron todavía más al fraile, a preguntas sobre lo que decía o dejaba de decir aquel

frailecillo de nada, respondió que decía:

—Un solo pensamiento de un hombre vale más que el mundo.

—¿Quería decir más que el Rey?

—¿Más que el Rey, Nuestro Señor?

—¿Más?

Y el fraile, compañero de fray Juan contestó:

—Sí.

Y se alborotaban aquellos hidalgos y nobles, imprecando, rechinando los dientes, hundidas las cabezas de consternación, salidos de ira los ojos. Y entonces vieron a fray Juan, también bajo los soportales de la plaza, que estaba hablando a un aguador y, al despedirse, vieron cómo se alzaba el sombrero.

—Como si fuera el Rey.

—¡Su Majestad!

—Habrá que escribir al italiano.

—Presentar pliegos.

—Acudir.

No veían en su irritación, y fue el frailecillo el que les despertó de ella, porque pasó a su lado y, alzándose el sombrero, dijo:

—¡Dios guarde a Vuesas Mercedes!

No supieron qué contestar, y estuvieron andando en silencio largo tiempo, a esa hora prima de la tarde, después de la siesta, bajo lo canícula de agosto, mientras el aguador dejaba escuchar su anuncio lento de vendedor de agua fresca del manantial de la sierra; y sintieron una sed atroz en sus gargantas, sacaron dineros y le compraron agua, y mientras la bebían se quitaban los sombreros, como para agradecer aquel viático, pasándose un pañuelo de seda por sus frentes.

El dómine

Y allí, en los mismos soportales, entre un mesón y una botillería, en un piso alto sobre ellos, estaba un pupilaje de estudiantes de un dómine, alto y cenceño, del que había fama que estrujaba el hambre de sus pupilos para ensanchar la bolsa de sus dineros; aunque él, que era clérigo cosmógrafo y entendido en los secretos de la naturaleza, explicaba siempre con razones de Aristóteles y de Galeno o Plinio que los hijos de caballeros e hidalgos, que él gobernaba en su pupilaje, le habían sido entregados por sus padres y ayos para que el tiempo de su juventud tuviera tino y rienda particularmente en la oficina de la mesa y el comer, puesto que nada más acomodado a aguzar la potencia del entendimiento que la moderación en los yantares y aun el ayuno, y esta aplicación a la latinidad y la filosofía que era el deber de estos mozos y su oficio en el pupilaje sólo con esa continencia tendría éxito. Y tenía tan suaves maneras de trato el dómine y una sonrisa tan entrenada para la zalamería, que a nadie podían

convencer los estudiantes sino de que eran viciosos y glotones; así que ni desde sus casas, ni entre sus amistades en Segovia podían esperar socorro.

Bajaban entonces algunas veces dos o tres de esos estudiantes más hambridillos hasta el convento de fray Juan, en la Fuencisla, y pedían de comer aunque no fuera más que las sobras.

—¡Huy sobras! ¡Huy sobras! —decía el hermano portero.

—Pero aquí hay gato —contestaban los estudiantes.

El hermano portero les convencía, a seguido, de lo equivocados que estaban, porque si aquí había gato era por la contienda y conversación que tenía con los ratones para alejarlos de los libros de la biblioteca, pero que ayunaba como los frailes y tenía regla de la orden a este particular.

—¿Es que no hay gato en vuestro pupilaje?

—Ni por pienso, ni figuración; que, como no se alimentase del olor de la olla, otra cosa no comería.

—Luego coméis olla —dijo también el portero.

De modo que le contestaron que sí, pero que era un resumen de todas las fuentes de Segovia, y serviría de espejo para peinarse una doncella. Y que

en el agua, con una breve noticia de tocino porque el dómine era cristiano viejo, menudeaban algunos garbanzos; pero tan escasos, que el que podía atrapar tres o cuatro se daba por tener privilegio.

—¡Date! ¡Que no parece sino que vuestro dómine es de nuestra Orden!

Y les contó que una vez fray Juan, como no tenían que comer los frailes sino unos rebojos de pan, les hizo ir al refectorio a mesa puesta y allí les hizo una plática, con lo que se les pasó el hambre. Y que días de cazar tres garbanzos en el caldo de los de repicar en gordo eran, con lo que los estudiantes quedaron muy decaídos de ánimo de haber venido de Herodes a Pilatos, y ya se iban a ir. Pero, como el hermano portero les vio llenos de tanto abatimiento, les invitó a pasar a la cocina donde ya estaban cocidas las coles para la comida.

Echaron a andar por un pasillo y el olor de las coles les trastornaba la cabeza. La cocina era grande y tenía mucha proporción de vasares y vasijas, pero no había nada comestible a la vista, ni tampoco lo vieron en la despensa, cuando se les mostró: una estancia también provista de anaqueles y ganchos, aparadores y cuchillos, y bancos de cortar carne, y

casi junto al techo tres ventanas en forma de ojo de buey que el hermano portero les señaló, diciéndoles:

—Por ahí entra el frío de la sierra, y se curan los jamones.

—¿Qué jamones? —preguntaron los estudiantes.

—¡Si los tuviéramos! —contestó el portero.

—¡Ah!

Pero luego, como si la sopa de berzas les supiera a jamón y a todas las viandas del mundo; porque fray Juan entendía mucho en aguas y hortalizas y siempre hacía tan imaginativas comidas, fue la razón que les dio el portero mientras decía:

—¡Coman vuesas mercedes, que están en edad de comer y de estudiar!

Y dieron los estudiantes cuenta entera de la comida de los frailes, y éstos se quedaron aquel día sin ella; de modo que fray Juan también tuvo que hacer una plática, pero los frailes miraban algo de reojo al hermano portero, que en el mundo había sido filósofo y maestro de ello en un colegio, y un fraile antiguo le dijo a fray Juan:

—Perdone Su Reverencia, pero la filosofía del hermano portero es vanidad.

—¡Cisterna rota! —dijo fray Juan.

Y ya todos tuvieron que reírse.

El milagro

A lo mejor fue entonces cuando se les metió a los frailes y a otras gentes en la cabeza que fray Juan tenía que ser un santo; y siempre había sido este hombre fácil de pisar y apartar, olvidar y cargar, pero ahora era como si hubieran decidido hacer con él una parva y trillarle. Y también tenían que ir levantando las escenas y capítulos de su historia, como sabe muy bien, de testigo, el escritor privado que esto escribe porque ha visto sus legajos y composiciones en los que decían que fray Juan esto y lo otro y lo de más allá. Y así, por ejemplo, que había sido muy tentado de mujeres hermosas como san Antonio en el desierto, y que tenía visiones y manifestaciones, como si fray Juan no hubiera protestado siempre de estas aprensiones imaginativas y soberbias de los hombres; pero que entonces que qué provecho se sacaría de las azucenas y los sotos, si se quitaba que no podía hacer milagros.

De manera que tenía que hacer alguno, y todos

estaban el acecho para buscarle la ocasión de que lo hiciera, que fue aquella tarde de junio en que se vio venir sobre la Fuencisla una nube negra y cargada de granizo, y todos los frailes estaban temiendo que descargase sobre la huerta y, si descargaba, se perderían las hortalizas, de manera que, entonces, sacaron a fray Juan allí a la huerta por obediencia y lo estuvieron paseando por allí hasta que la nube se corrió un poco y fue a vomitar su destrucción sobre Zamarramala, que era un pueblo de allí cerca, y en menos que canta un gallo dejó allí sin panes a los labradores; lo cual era el milagro de fray Juan, dijeron, y trajeron un escribano y un notario para certificarlo, y lo certificaron. Y luego, se publicó por toda Segovia y decían los de Zamarramala que a ver dónde estaba el milagro y que si cogieran a fray Juan se las pagaría, porque estaban muy enfurecidos y desacomodados con él. Así que cuando él se enteró de ello, una mañana se salió del convento y se fue a Zamarramala e iba diciendo desde la primera casa del pueblo:

—Yo soy fray Juan, el del milagro.

La gente salía llena de ira de sus casas y a empujones le llevaron al frailecillo hasta la plaza del

pueblo, y le querían matar. Pero entonces, dijo un bachiller en leyes que allí había y que salió a la plaza con el cura al oír la algarabía:

—¡Dejarle que hable y que se justifique!

Y entonces le hicieron el interrogatorio, y le decían:

—¡A ver dónde está el milagro que dicen los frailes!

Pero él callaba a todo, salvo que dijo que él no hacía milagros, y que los frailes tendrían que mantener a los de Zamarramala. Pero ni esto, ni los obsequios que hicieron a fray Juan lo apuntaron en sus historias los que las escribieron, ni tampoco llamaron a notarios y escribanos para testificarlo. Aunque fue el bachiller el que dijo a todos:

—Este hombre es un santo.

Y fray Juan se rió mucho. Como no se había reído en su vida de la ocurrencia de un hombre tan chistoso. Y luego rieron todos, porque lo de la nube había sido más el ruido que las nueces, que parecía un milagro verdaderamente.

El italiano

Así que el italiano, Micer Doria, que era el que mandaba en la Orden, tenía la mesa de su estancia llena de papeles contra el frailecillo, que decían:

—Que no se quitaba el sombrero, ni a lo mejor se lo quitaría ni ante el Rey, ni ante el Papa.

—Que un solo pensamiento de hombre valía más que el mundo entero, y otras cosas que eran de la secta antigua de los filósofos helénicos.

—Que estaba leyendo un día versos a unas monjas, y se decían amores en los versos.

—Que a veces no hablaba, ni quería hablar.

—Que tenía que haber pocas leyes y buenas en la Orden, como había dicho la monja.

—Que los frailes no tenían por qué tener gobernación, ni mando en las monjas.

—Que tenía escritas cosas de despojamiento y más despojamiento y desnudez.

—Que era rebelde y obstinado, aunque mandible y obediente.

—Que esto y lo otro, y lo de más allá.

—Que escribía versos y sabía cosas de versos.

—Que le gustaba más andar en compañía de piedras y soledades que de hombres semejantes y racionales.

—Que era muy moreno y de barba recia, y muy pobrecillo, y así se sospechaba que no tendría tres dedos de enjundia de cristiano viejo.

—Que no le conformaba nada en este mundo, y que decía: «ni esto, ni esto, ni esto, ni nada».

—Y que acababa diciendo: «y en el Monte nada»; y que qué monte sería ése entonces.

—Que siempre era como una lima sorda, pero que serraba, serraba.

—Y que qué se creería que era sino un frailecillo de nada.

Así que el italiano tomaba uno de estos pliegues de encima de la mesa de su estancia, lo leía, lo dejaba de nuevo sobre la mesa, lo volvía a tomar y a leer, y comenzaba luego a dar grandes zancadas con el papel en la mano, o vueltas y vueltas a la mesa como asno atado al varal de la noria. Luego, tomaba la pluma, otras veces, y escribía algo; o se sentaba en su sillón y se ponía a tamborilear la mesa con sus dedos, diciendo:

—¡Date, date, con el frailecillo!

Y entonces, pensando y pensando, se le ocurrió al italiano una idea, y dijo en voz alta:

—¡Este fraile va a viajar!

El secretario lo oyó y en seguida se corrió la noticia por toda Segovia:

—¡Que fray Juan se va a las Indias!

—¡Que lo echan de la Orden!

—¡Que estos italianos son muy astutos!

Hasta que la cosa llegó hasta los oídos de fray Juan, porque una monja le preguntó que adónde iría.

—¡Qué sé yo! —contestó el.

Que adonde le mandaran, porque era así de mandible y siempre lo había sido y, cuando al final le dijeron que iba a ir a un desierto que se llamaba La Peñuela, estaba bien contento porque allí no había nada, y habría silencio.

—¡Ya está! —dijo entonces el italiano a su secretario, cuando acabó de firmar un papel grande.

—¡Ya está!

Y le entregó al secretario el pliego. Luego se quedó pensativo en su asiento, apoyando la cabeza en una mano, melancólico; y, como tenía allí, sobre la mesa, entre los papeles, una calavera y un reloj de arena,

un candelabro y unos libros, parecía un san Jerónimo. Porque, además, toda la estancia estaba llena de libros en sus vasares, y había una ventana cristalera, y una chimenea, y un perro dormía sobre una alfombra.

Pidió al secretario otros papeles de fray Juan, que eran versos, y le ordenó que le dejara solo para leerlos. E iba muy despacio leyéndolos; pero, de repente, dijo removiéndose en su sillón:

—¡Bellísimo! ¡Proprio Petrarca!

Pero tuvo que dejarlos de leer, porque le gustaban mucho.

La carta

Vestía de azul muy oscuro, con cuello y puños de blonda. Llevaba un complicado peinado de trenzas, y un pequeño sombrero negro. Los chapines tenían botonadura de plata, y los guantes estaban suavemente perfumados.

Se hacía servir según su rango, que no era muy alto pero sí noble, y gustaba de hacer saber a los nobles que no iba a llevarles la cola de su orgullo, porque el mundo necesita estas lecciones según leía en sus libros del Maestro Luis de Granada o la Imitación de Cristo. Aunque hacía mucho que ya sólo leía los escritos de fray Juan, y andaba algunas veces despavorida con su lectura, en tanto que otras veces se sentía llena de una alegría tan intensa, que la hacía olvidarse de sus años, y de su estado y ceremonias, como cuando era niña, y podía burlar a la etiqueta y a sus ayas, y ser libre, reír alto y dejarse llevar por la alegría, perdiendo el continente que le decían aquellas. Y como ahora lo perdía un poco siempre, cuando llegaba carta de fray Juan y la

doncella se la ofrecía en una bandeja de plata como si fuese el mensaje de un príncipe, o del emperador del mundo. Porque eso era lo que decían las dueñas y criadas de las dos o tres veces que a esta casa vino fray Juan y fue recibido por doña Ana y su hermano, el oidor; que no parecía sino que vendrían el Rey o el Nuncio, de los días que estuvieron limpiando la plata, planchando manteles y pañizuelos de mesa, encerando pisos, preparando candelabros, poniendo reposteros nuevos, eligiendo la vajilla y el cristal. Así que, cuando vieron aparecer a aquel frailecillo, todos los criados sintieron desconcierto: que era como un juglarcillo y venía sonriéndose por el corredor hasta que llegó donde estaba doña Aña y su hermano, y éstos también se sonrieron. Así que aquel fraile ni por pienso era Nuncio, ni Arzobispo, porque éstos son bien acuerpados y absolutos, grandes y llenos de sus vestiduras e insignias.

—Pues era moreno este fraile, decían también, y que a las dos criaditas moriscas que había en la casa que les parecía como si fuera de los suyos, de lo humildito que era.

—Que además luego, que qué conversación había tenido con los señores en la mesa que de ninguna

negociación de cosas de mundo había sido.

—Que nada de nada y desasimiento, decían en la conversación, y que persona eclesiástica o principal de mucho mundo no podía ser el frailecillo, porque no comía apenas; aunque dijo muchas veces bien de los espárragos que le sirvieron.

Luego tuvieron plática los tres en el gabinete, y presentó doña Ana, al final, a fray Juan a toda la servidumbre para que hablasen también con él, y más tarde se acordaban de las cosas de espíritu que él hablaba y que, al final, las dos o tres veces que estuvo, pidió un vaso de agua, y se lo sirvieron en esta misma bandeja en que ahora llegaba la carta de él para doña Ana, que la tomó en sus manos y fue a leerla a su estancia delante de la chimenea. Y cuando la leyó, alzó los ojos hacia la criadita morisquilla que siempre llevaba con ella y se llamaba Olalla; y eran tan suplicantes los ojos de la señora, que la criadita tuvo que bajar los suyos, y se hizo un silencio en el que sólo se oía un poco el ruido de la llama en la chimenea porque los maderos que en ella ardían estaban algo húmedos. Y con los ojos ahora puestos en ellos, dijo doña Ana a la criadita:

—Por allá está fray Juan en aquellos desiertos, y

tiene unas calenturas que le han dado.

—Sí, señora —contestó la morisquilla también un poco triste. Y todavía con la bandeja de plata vacía en las manos, como ofreciendo algo.

La partida

Andaba mucho por aquellos desiertos fray Juan y se conocía muy bien el territorio de los nidos, los manantiales, los lirios silvestres, los olivos viejos, las hierbas; el lugar de cita de las avutardas, las garzas, los tordos; las lagunas y las chozas de los pastores en las majadas. Y a veces, también salía algunas noches a mirar a lo oscuro y porque le gustaba el relente y vaho que se levantaba de los prados, cuando se ensombrecían, y era azul o como una gasa blanca y transparente. Y así un día, a lo mejor fue esa humedad o qué sé yo, o que se hiriese con algo al dar un mal paso o qué sé yo, lo que pasó fue que vino cojeando al conventillo y luego, al otro día, ya se le comenzó a hinchar el empeine del pie derecho, y estuvo ya cojeando también los días siguientes.

Le pusieron un emplasto de hierbas y mejoró mucho, pero no le bajaba la hinchazón; comenzó a sentir escalofríos y los ojos se le encandilaron con la fiebre; así que se estaba tan quietecito, sentado en el suelo con las piernas cruzadas, mirando allí por el

ventanuco de la celda. Y como si viera más con la fiebre, según las cosas que decía sobre que los árboles y los animalejos fueran de cristal reluciente o qué sé yo, y que él mismo que le parecía que no era, ni tenía ser. De manera que los otros frailes estaban muy preocupados con esa calentura de fray Juan, porque además estaba desambridillo y nada comedor, y sólo sentía alivio con el agua o con su nombre. Y entonces, tenía que ir a curarse fuera de allí, porque por allí por aquellos desiertos no había médicos como en Baeza o en Úbeda, que estuvieron dando vueltas los frailes y el prior con que si el doctor tal o el doctor cual, o si Úbeda o si Baeza y, como parecía que él deseaba ir a Úbeda, y allí se determinó enviarle, y pidieron allí un machejo para el viaje.

—¡Que tiene que ir a Úbeda a curarse! —le dijeron.

—¡Bueno! —contestó él.

Le prepararon una silla bien mullida y, aunque todavía era otoñada de buen sol, le dieron un buen capote para que se abrigase, por los escalofríos que tenía, le pusieron un sombrero ancho, y que se cuidara del relente, le dijeron; y al mozo que le

acompañaba y que era un poco inocente le aconsejaron cien veces de lo que tenía que hacer, porque fray Juan estaba muy enfermo, y que como si llevase allí en la caballería a un hombre de vidrio, y que comiese. Y le entregaron una fiambrera aparte para fray Juan con una tortilla pequeña, y en otro cacharrillo una pechuga de pollo con un poco de salsa algo salada para que le pasase y no se le hiciese bola en la boca, que este guiso era la invención del propio fray Juan, cuando estaba de enfermero Con los desambridillos e inapetentes, y siempre había dado resultado; pero que le obligase un poco. Y que luego, en lugares apacibles donde hubiese árboles y un pradillo y agua, y donde hubiese cantar de pájaros o arrullos de tórtolas, al atardecer sobre todo, que hiciese alto y campamento, que fray Juan quedaría muy consolado. Y que le hablase.

—Sí señor —decía el mozo.

Y entonces fray Juan, cuando ya supo que al día siguiente tenía que madrugar para ir a Úbeda, pidió pliego y pluma y tinta, y escribió a la doña Aña de Peñalosa una carta, diciéndola lo de las calenturas que se iba a ir a curar a Úbeda para volver aquí otra vez en seguida.

—¡Qué sé yo! —dijo el prior, luego, cuando el mozo subió a fray Juan al machejo y vio que pesaba lo que un gorrioncillo y que sólo tenía ojos.

Menos mal que el mozo comenzó luego a hablar recio a la caballería para que arrancase, y así no se oían los adioses.

Pero el mozo que conducía la muía, como era medio inocente, hizo en seguida muy buenas migas con fray Juan. Le miraba a éste con unos ojos muy grandes y simples, muy azules y tranquilos, y luego le sonreía con una sonrisa silenciosa.

Era un mozancón como un castillo, y subía y bajaba a fray Juan del machejo como si fray Juan fuese un niño pequeño: en volandas, y como si fuese de vidrio, que no se olvidaba lo que le habían dicho. Y cuando llegaban a un lugar descansadero, con yerba y árboles, y agua y pájaros, tampoco olvidaba bajar a fray Juan un rato, y entonces hablaban más a gusto porque el frailecillo se sentía más fresco y despejado, y le preguntó al mozo que cómo se llamaba.

—Luis —contestó éste.

Y que era de Úbeda, pero pronunciaba muy entrabadamente Úbeda porque era un poco tartamudo de las «úes», y fray Juan le dijo que él también había tenido un hermanillo que se llamaba

Luis, y el mozo se puso muy contento, así que fray Juan no se atrevió a decirle que se había muerto por no entristecerle. Y luego hablaron de la madre del mozo, que era ya muy vieja y estaba ciega, y se llamaba Catalina, y entonces fray Juan dijo que su madre de él también se llamaba Catalina, y el mozo Luis se alegró otra vez tanto, que fray Juan tampoco se atrevió a decirle que también estaba muerta, por no entristecerle. De manera que pasaron a hablar de los oficios, que el mozo había sido adobero y vio fray Juan que entendía mucho de la paja que había que mezclar con el barro y de la calidad de éste, o del otro barro de hacer tejas y del punto que había que dar cuando se cocían, y luego golpearlas con el dedo hasta que sonaban como el cristal o una campana. Y ya le preguntó fray Juan que si tenía amores, y él contestó que no con la cabeza y se puso algo triste y, al final, dijo que, como era inocente nunca ya tendría amores, a lo mejor.

Y fray Juan se calló hasta que él comenzó a sonreír de nuevo, y luego le dijo unos versos fray Juan al mozo que le gustaron mucho a éste, y fray Juan, por contentarle, pedía die la tortilla y la pechuga, mientras el mozo comía de lo suyo para estómagos

más fuertes; pero a fray Juan se le hacía una bola, una bola, la comida en la boca, y no podía tragarla. Y de repente dijo:

—¡Si hubiese unos espárragos! ¡Si los hubiese como los de Fontiveros en primavera!

Pero ¿cómo iba a haberlos? Sólo que el mozo entonces dejó de comer y fue deprisa hacia unas piedras de cerca del río, junto al puente a cuya vera estaban, y volvió tan contento con espárragos.

—¡Aquí están los espárragos! —dijo.

Así que ya echaron a andar hacia Úbeda que ya estaba cerca, y los frailes no querían creer luego que lo que llevaba fray Juan entre las manos fueran espárragos. Estaba muy contento y apenas si tenía fiebre del refrigerio que le habían dado los espárragos.

Dio fray Juan unos pocos al mozo y se despidieron; pero el mozo se fue muy triste porque fray Juan, que no pesaba lo que un pájaro en La Peñuela, ahora, al bajarle del machejo, le había pesado como un mundo: como si la tierra ya tirase de aquel cuerpo hacia ella.

La rosa

Llegaba una niña a la portería del convento de Úbeda, tiraba de la campanilla y, cuando salía el hermano portero, decía:

—Que ha dicho mi madre que qué tal está fray Juan, y que he ahí tres huevos para que le hagan una tortilla.

Y entonces, el hermano portero, para no entristecer a la niña, no podía decir que fray Juan estaba muriéndose y que no comía nada; así que decía:

—¡Dile a tu madre que está mejor y que muchas gracias!

Y luego llegaban allí otra niña u otro niño, o personas mayores, a preguntar y con presentes, que era como un jubileo el cancel del convento; y entonces el prior le trasladó a fray Juan a una celda de muy adentro para que no oyese nada, y porque ningún niño, ni niña preguntaban por él que era la autoridad y el prior del convento. Y la celda era muy mala y sin acomodo alguno, y entonces fue también

cuando sin ton ni son le dio al prior el pronto frailuno que tienen algunos frailes, y comenzó a reñir a fray Juan por cualquier cosa. Por si se quejaba o no se quejaba, por si venía gente a preguntar o no venía, por si había luz u oscuridad, porque era un poco absoluto aquel prior. Sólo que fray Juan decía siempre:

—Sí.

Y que le perdonase, y le mandase. O lo que le mandase el médico de cortar, sajar y cercenar en su pierna, destruir, sacar pus, estrujar, limpiar y dar cauterio. Y todo se puso a hacerlo aquel cirujano con tijeras, lancetas, cuchillas, sujetadores de la carne viva, sierras, y hierro al rojo vivo sobre la llaga abierta y purulenta; que le dijo el cirujano que cerrase los ojos y fuese valiente, como Catalina, su madre, le decía, cuando el niño se había clavado una agujuela, o tenía sabañones abiertos en las manos y ella le daba vinagre en ellos.

—¡Tú, valiente!

Y se le saltaban las lágrimas al niño, pero se aguantaba porque Nuestro Señor más había padecido en su pasión, aunque se le saltasen las lágrimas; que ahora ni se le saltaban siquiera, aunque

los frailes y el mismo médico-cirujano tenían que volver la cabeza de vez en cuando de aquella carne ya muerta. La llaga le llegaba a la espalda, y tenía todo el cuerpo encentado; y ni se podía mover, que, para que pudiera cambiar de postura, le tuvieron que poner una soga colgada del techo de la celda a la que agarrarse, como hacían en el hospital de la bubas de Medina con los ya impedidos de moverse. Y cuando un cuerpo ya no se puede mover, es que la tierra tira de él; y algunos frailes lloraban, aunque el prior citaba a Aristóteles y decía que era un catarro mal curado.

—¡Es el fin! —le dijo el médico.

De manera que le entraron entonces al prior remordimientos y pesares, y quería traer médicos de Baeza y Salamanca o de Lisboa, y llenó de alcatifas y almohadas la celda de fray Juan, hacía cocinar pescados y verduras, y hacer golosinas, y ordenó que trajesen músicos para aliviar al enfermo, y tanto y tanto que fray Juan tuvo que decirle que no tuviese amargor, ni hiciese gasto, que él estaba contento. Y quiso sonreírle, pero sólo pudo ofrecer media sonrisa, porque tuvo que decir un ¡ay! de un mordisco del dolor.

—¡Me voy de este mundo! —dijo fray Juan luego.

Y entonces fue, cuando sacó unos papeles y cartas de debajo de la almohada y, pidiendo un plato de hierro, los puso allí y, con una candela, los quemó. Y no quedó nada. Y todo estaba en silencio; de modo que se oían los cantos de los pájaros y al hermano portero hablando con una niña en el cancel.

—Que ha dicho mi madre que esta rosa es para que la vea fray Juan que no se ha helado.

Y el hermano portero corrió con ella hacia la celda para que fray Juan la viese, y todavía debió de verla un poco porque se sonrió.

Y la pusieron luego sobre las cenizas del plato de hierro.

—Que es una rosa de invierno —le dijeron.

—Sí —contestó fray Juan.

Pero con un hilillo de voz, y qué sé yo si ya oiría que era para él la rosa, qué sé yo.

Las piedras preciosas

Le dijo Catalina, su madre:

—Pero no vengas tarde, hijo; no me tengas intranquila.

Y el niño se fue a jugar y se encontró con un pájaro que estaba solitario en un tejado del pueblo, en el caballete, en lo más alto, y con el pico vuelto hacia donde venía el aire muy fresco en el atardecer; y estaba sólo, allí en medio de los chillidos y planeamientos de las golondrinas y los vencejos, y también de los gorriones y los tordos; y el niño no sabía qué pájaro era porque no tenía un color seguro que se pudiera decir que era de éste o del otro color, como un jilguero, un verderón, un petirrojo o las golondrinas mismas con su mancha roja.

Pero entonces, el pájaro que estaba allí solo y solitario ,en el tejado, como veía que venían junto a él otros pájaros, se fue a otro tejado y, como los otros pájaros se ponían también allí, se bajó del tejado y se puso delante del niño, y éste iba detrás de él como embebido por sus saltos pequeños y el camino tan

seguro que llevaba hacia algún sitio; de manera que, aunque los otros chicos le llamaban para jugar como otros días, el niño no oía nada y seguía yendo detrás del pájaro, que cantaba también un poco suavemente y con mucha alegría. Y así salieron del pueblo por un camino muy estrecho pero con acianos y amapolas en sus lindes muy verdes, que desembocaba luego en una explanada de rastrojos ya muy secos y devastados, y le pareció al niño que ahora el pájaro cantaba como alondra pero muy tristemente y lleno de melancolía, hasta que dejó de cantar del todo e iba en silencio el pájaro por un alcorcillo lleno de piedras calizas y algún cardo y dos o tres árboles secos. Era una explanada muy grande y silenciosa y, cuando el pájaro y el niño la recorrieron, vio éste que allá abajo había como un jardín maravilloso con un río y dos o tres caballos abrevando agua en un remanso; y entonces fue cuando el niño perdió pie y cayó allá abajo, pero como en unos brazos, que serían los de Catalina, su madre. Pero no eran, porque hacía mucho que había anochecido, y ella le había dicho que no tardara, y el niño no volvía y ya no podía estar tranquila. Así que salió a buscarle por todo el pueblo, preguntando a quienes se encontraba, o en

las casas:

—¿Le habéis visto?

Y luego, a la ronda de los alguaciles.

—¿Adonde estará este hijo? ¡Y si se hubiera caído a un pozo!

Y entonces, fray Juan a quien estaban leyendo la recomendación del alma y cosas de la muerte, abrió los ojos y, sonriendo ante el jardín y las piedras preciosas y el cántico del pájaro, dijo que le dejasen y que le leyesen del Cantar de los cantares.

—¡Qué preciosas margaritas!

Y la compasión de Dios entró en aquella estancia.

El pitajuelo

Y cuando ya murió fray Juan le dejaron solo un rato como a todos los muertos, que entonces es como si una ballena se les tragase y descendiesen con ella a lo profundo del abismo del mar donde están las aguas originales y las raíces de las montañas, y la tierra tiene su asentamiento y cerrojos. Y el chirriar de éstos, al cerrarse en silencio, les da a los vivos despavorición, y a los muertos mismos cambia el color de su rostro. De modo que el rostro de fray Juan se puso blanco como las azucenas, que no podía decirse entonces que había sido en vida como el de un mudejarillo.

Pero luego ya, todos se repusieron un poco, y empezaron a amortajar a aquel cuerpo, que ahora sí que no pesaba nada de nada, como si fuese una nada, y el hermano enfermero decía:

—¡Cuidado, que se quiebra!

Como si fuera de cristal y, en cuanto se dieron cuenta de ello, comenzaron a chascar el vidrio de aquel cuerpo para tener una reliquia para sus

negocios; y todos querían tener de él amuleto de curaciones y contra tempestades, o pestes y alferecía o pedrisco; de manera que luego le enterraron y le desenterraron para cortar su carne, sajarla, circuncidarla, lacerarla, disecarla, conservarla, adobarla, ponerla en vasos de Cristal y porcelanas cori incrustaciones de plata, regalarla como presente, Cambiarla, venderla, prestarla, perfumarla de incienso, mirarla y remirarla, cocerla, guisarla con ungüentos, repartirla, robársela al sepulcro y al polvo. Y así fue todo allí en la estancia, un cuarto de carnicero o cocina, y luego de despachadores y mercaderes de aquel cuerpo que apenas si era cuerpo, y no veían bastante cuerpo, o el cuerpo que necesitarían para sus ansias de cuerpo.

Tenían allí los despojos de aquel cuerpo sobre una mesa y allí había frailes, y doctores, y señores e hidalgos, vestidos de negro con sus golas blancas, y los médicos y cirujanos y mozos partidores con sus mandiles y tenían lancetas y cuchillos en las manos, y jofainas y vasos a su alcance, para cortar los miembros y depositarlos, y los criados no se daban abasto en llevar y traer, en limpiar y preparar, y en alumbrar con velones y candiles, hachas y faroles; y

los secretarios escribían pliegos y papeles, y hacían auténticas las vísceras y reliquias. Y las sábanas, luego, y las vendas, blanquísimas. Y tenían los rostros enrojecidos por el afán y las luminarias. Aunque algunos no lo soportaban, y estaban apartados, llorando o diciendo preces y rebuscando en su memoria. O en su celda, como el hermano enfermero a quien fray Juan había dejado herencia suya en un papel, que era el único que no había quemado, cuando quemó todos en el plato de hierro: los que tenía bajo la almohada.

Y el papel pequeño era como un dibujo jeroglífico o figura de castro, o limbo, o pitajuelo a que juegan los muchachos, con palabras escritas, que fray Juan le había dejado por memoria y por agradecimiento al consuelo de sus palabras y sus manos. Y era así:

Nada
No Esto
Esto No
No Esto
Esto No
No
No

Como carta de navegar para andar por el mundo.

Amargado estaba yo entonces, como escritor privado, de esta destrucción de papeles de fray Juan que habían hecho en cuanto expiró, pero sobre todo de la carnicería sobre aquel cuerpo y de las otras que luego hicieron; y más amargo al fin con la invención que tuvieron los de Segovia de secuestrar aquel cadáver en Úbeda y de sacarle a la chiticalla y a cencerros tapados por la noche, que luego, por las vestimentas de encamisados que tuvieron que ponerse para andar en lo oscuro a la luz de las antorchas y los capuchones, muías y equipaje, y el ir apartados de todo pueblo por veredas y entre árboles, no parecía sino que celebraban algún aquelarre.

Así que, pasando por Toledo y estando a manteles con un mi amigo que era hombre melancólico y pobre para descargar nuestros pesares el uno en el otro, o en algún poeta antiguo que citábamos a la mesa, cayó la conversación sobre la aventura y desventura de este frailecillo de fray Juan y la

maravillosa paz de sus versos. Porque mi amigo andaba a vueltas con escribir un libro o novela sobre un hombre inocente que había conocido y que quería dejar el mundo limpio de injusticia y bellaquerías con el esfuerzo de su brazo; pero lo que le pasaba era que, aunque mi amigo tenía ya escrito algo y hasta mucho del libro del inocente, sobre todo cuando había estado en la cárcel por entretenimiento de sus sinsabores, siempre rompía la historia y volvía a comenzarla y a romperla porque la compasión de lo que le pasaba al inocente de su historia y las vejas e irrisiones que el mundo le hacía le partían a él el corazón, y no podía hacer nada por consolarle y confortarle sino contar todo como era y había sido verdaderamente, porque así es esta pesadumbre de escritor que le ponía tristeza hasta en el rostro a veces. Y entonces, la muchacha o doncella que nos servía a la mesa allí, en el mesón, y conocía ya las soledades de mi amigo de otros días y noches, le dijo:

—¡Ánimo, señor Miguel! ¡Ya vendrán tiempos mejores!

—¿Y si no vienen, Constancica? —preguntó mi amigo.

—¿Y cómo no van a venir, señor Miguel?

De manera que entonces, le enseñé a mi amigo este cartapacio de papeles de fray Juan, y los versos de la noche y de la esposa, hasta que la alegría nació en nuestros corazones y en las palabras más sueltas que decíamos y, a la postre, en los recuerdos; que fue cuando yo le conté a mi amigo aquel traslado del cuerpo de fray Juan como aventura de Merlín y enmascarados. Y se quedó parado un poco, y luego soltó una carcajada grande y dijo:

—¡Ya está!

Y que él arreglaría las cuentas a esos mentecatos. Así que la muchacha que nos seguía sirviendo, dijo muy contenta:

—¿Lo ve, señor Miguel? ¿Lo ve cómo llegan siempre otros tiempos?

—Sí —contestó él.

Y la dejamos luego a ella, una buena propina para su ajuar, si se casara o se fuera a un convento, que posada, ni mesón no eran para ella, dijo mi amigo.

—¡Dios lo sabe! —respondió la Constancica, bajando los ojos.

Y luego ya, pasó mucho tiempo sin que yo viese a mi amigo hasta que un día compré en Valladolid su libro, y lo leí en Arévalo en unos días de verano, en

la posada, una noche de agosto, que fue cuando iba yo leyendo y me encontré con la historia del cuerpo muerto que allí se contaba en el libro del inocente, y yo también entonces solté la carcajada en medio de la noche. Y fue entonces cuando al poco tiempo entraron en mi estancia los alguaciles del Santo Oficio y me secuestraron. Y secuestraron el libro de mi amigo, pero no mis papeles porque yo los tenía bien escondidos en casa de una principal señora en su palacio.

Dos meses estuve en la Casa Grande, donde toda melancolía tiene su asiento y dominación, porque las horas pasan muertas en cada celda, y no se oye otra cosa que el retintín de los adentros de uno mismo con los edificios y laberintos de su vida, mientras día y noche se busca un portillo o una escala para huir. Pero cuando se aleja esta desazón o desespero y viene al fin el sueño, entonces abren los alguaciles de repente la puerta de tu carcelilla, y te dicen:

—¡Ea, arriba! ¡A la audiencia con el señor inquisidor!

Y este inquisidor de Arévalo era un hombre viejo y dulce en sus maneras, alto como un varal, delgado como un junco, con un pelo como plata y unos ojos grandes y misericordiosos, que eran algo tiernos y tenían un borde- cilio rojo y compasivo, porque, además eran de color añil muy claro, y tenía que abajar la pantalla del velón para que no le diese de lleno la luz en ellos. Y se sentaba en su sillón no como para juzgar, sino como para escribir, o leer, o

escuchar alguna historia, poniendo sus manos blancas extendidas sobre una carpeta de cuero rojo.

—¡Vamos a ver, hijo! —me dijo ya el primer día en que me llamó, en cuanto el alguacil me dejó allí con él a solas.

Y luego, comenzó a preguntarme:

—Que cómo era que yo andaba escribiendo estas memorias.

—Que porque soy escritor, aunque privado y no público —dije yo.

—Que cómo era que había averiguado tantos informes de conversaciones y hasta de pensamientos.

—Que porque soy escritor, aunque privado que no público —le repetí.

—Que qué era lo que tenía este fray Juan, un frailecillo de nada para que me ocupara de él en mis carpetas.

—Que ¡velay! —dije yo.

Y entonces el inquisidor chasqueó un poco la lengua, y se levantó a cerrar bien la puerta con una aldaba, en aquella audiencia de la hora de la siesta, que todo estaba en sosiego, y las baldosas rojas de la estancia del señor inquisidor estaban recién regadas y las ventanas entornadas, y hacía un frescor muy

apacible, y sentándose de nuevo me hizo la declaración de que él era un inquisidor postizo y puesto ahí a la fuerza, y andaba muy melancólico por ello, aunque muchos salían de aquí por su oficio; porque él era de Fontiveros, y la señora Catalina, la madre de fray Juan, había sido ama de leche de su madre, de manera que algo y mucho le tocaba de aquella sangre de él, y sabía muchas noticias.

Entonces abrió un cajón de su mesa de escribanía o bujeta y sacó de allí papeles pequeñitos con apuntaciones, y dijo que me los entregaría la señora doña Isabel que era quien guardaba los míos, cuando me soltaran de la prisión aquel atardecer al *Angelus*; y que estuviese preparado.

Pero que nunca fuese escritor público, que tampoco fray Juan lo había sido, sino un mudejarillo solamente.

